

ORGANIZACIÓN DE AGUSTINOS DE LATINOAMERICA

EJERCICIOS ESPIRITUALES AGUSTINIANOS

Equipo de Animación Continental



2017

NUEVO ITINERARIO DE COMUNIÓN Y SERVICIO - SEGUNDA ETAPA



INDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
--------------------------	----------

TEMA 1:

EL SEGUIMIENTO DE CRISTO EN COMUNIDAD:

Caminar siempre hacia delante, juntos como discípulos, en compañía del Señor, como los discípulos de Emaús.....	7
---	---

TEMA 2:

NO TE DETENGAS NUNCA EN EL CAMINO:

Antropología Agustiniana: El ser humano como un ser en perfección, en constante crecimiento.....	14
--	----

TEMA 3:

MADUREZ DE LA PERSONA PARA VIVIR EN COMUNIDAD:

Crecimiento en la entrega y consagración a Dios en la Comunidad. El pecado nos estanca y nos hace retroceder en el camino.....	21
--	----

TEMA 4:

CRECER EN LA VIDA COMÚN:

El ideal de vida en la Regla de San Agustín: relaciones personales fraternas, perdón y olvido de las ofensas, interés por las cosas comunes. Homologación entre el plan personal de vida y el plan de vida de la Comunidad.....	32
---	----

TEMA 5:

CRECER EN LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

Tiempo para la oración personal y comunitaria. Práctica de la Interioridad, piedad y oración personal, oración en coro del Oficio Divino, práctica de la Lectio Divina Comunitaria.....	41
---	----

TEMA 6:

CRECER EN LA FORMACIÓN PERSONAL:

Comprometidos, personal y comunitariamente, con la formación permanente. Ser capaces de releer lo que se ha caminado y en lo que se ha reflexionado, con perspectivas de futuro.....	55
--	----

TEMA 7:

CRECER EN EL ESPÍRITU AGUSTINIANO:

Crecer en la internalización y vivencia práctica de la Espiritualidad Agustiniana, tanto en nuestra propia vida consagrada, como en la impronta (en el sello específico) de nuestras propias Obras y Servicios..... 64

TEMA 8:

CRECER EN EL CELO APOSTÓLICO:

¿Las Obras Pastorales como las llevamos responden a nuestro Carisma y Espiritualidad Agustinianas; y a las necesidades del mundo actual? Crecer en el compromiso personal con el trabajo pastoral, realizado comunitariamente, en Equipo, según el espíritu e impronta de San Agustín..... 75

TEMA 9:

CRECER EN EL AMOR A LA IGLESIA:

Crecer como Agustinos, desde nuestro Carisma, en la Comunión con la Iglesia. Inserción en la Pastoral de Conjunto. Asistencia a las reuniones programadas por la Diócesis y a las Conferencias de Religiosos Locales. Participación en las estructuras Eclesiales..... 88

TEMA 10:

CRECER EN EL COMPROMISO SOCIAL:

Crecer como Agustinos, desde nuestro Carisma, en el compromiso con las necesidades de la Sociedad y del Mundo actual. El compromiso con el sufrimiento del ser humano que vive en las periferias existenciales. El compromiso con el cuidado del medio ambiente, con la Justicia y la paz..... 97

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN..... 107

INTRODUCCIÓN

Estimados Hermanos:

Este año 2017, con la ayuda de Dios, entramos de lleno todas las Circunscripciones de América latina y El Caribe, en la segunda etapa del Proceso del “Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio de OALA”, la ETAPA DEL JUZGAR que tiene como objetivo:

“Motivar a la Circunscripción a revisar la vida comunitaria y el servicio que hace a la Iglesia; y discernir si ese servicio se corresponde con nuestro carisma – ideales – y con los signos de los tiempos (lo que nos pide la Iglesia hoy), para elaborar un plan comunitario de vida y de acción pastoral según criterios agustinianos”.

Nada mejor, por lo tanto, que, en el año de inicio de la segunda etapa, para mejor realizar el trabajo de juzgar la realidad a partir del ideal, reflexionemos en nuestros ejercicios espirituales del año 2017, sobre la temática del “Crecimiento Personal y Comunitario”. Para ello tendremos como textos bases:

- La Palabra de Dios.
- Los escritos de nuestro Padre San Agustín.
- El Magisterio de la Iglesia Universal y Latinoamericana: Concilio Vaticano II, Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida.
- Las Cartas y Exhortaciones apostólicas del Papa Francisco.
- Nuestra Regla y Constituciones.

Además de estos textos base, los temas a reflexionar, han sido actualizados, complementados y enriquecidos, por cada uno de los hermanos que los trabajó, con el aporte de otros autores actuales, según lo haya requerido la elaboración de cada uno de estos valiosos temas.

Agradecemos a todos los hermanos que colaboraron en la confección de cada uno de los temas de los Ejercicios Espirituales 2017: Al P. Rafael Baltasar Torres, al P. Francisco Galende, al P. Miguel Pastor, al P. José Ignacio Busta, al P. Juan Carlos Ayala, al P. Paulo López, al P. Edinson Farfán, al P. John Lydon; al P. Miguel Ángel Keller y al P. Javier Pinto.

Estos diez temas son para una semana de retiro, comenzando (como ya es costumbre en muchas de nuestras Circunscripciones de América Latina y El Caribe) el día Lunes al medio día y terminando el viernes también por el medio día. Para la mañana del viernes se recomienda revisar las tareas del Proceso de Renovación de la Orden en América Latina para este año 2017, y confeccionar el programa donde se especifique cuándo y cómo la circunscripción realizará estas tareas. Si el Retiro se realiza a medio año del 2017, igualmente se evalúa y se reprograma si es necesario.

Los temas, por lo tanto, se pueden distribuir de la siguiente manera:

- Lunes: Por la tarde: Tema 1.
- Martes: Por la mañana: Temas 2 y 3. Por la tarde: Tema 4.
- Miércoles: Por la mañana: Tema 5 y 6. Por la tarde: Tema 7.
- Jueves: Por la mañana: Temas 8 y 9. Por la tarde tema 10.
- Viernes: Por la mañana: Revisión de las tareas del Proceso “Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio” para este año 2017 y elaboración de la programación para realizarlas.

Se recomienda también, rezar todos los días la oración por la revitalización de Nuestra Orden en América Latina y El Caribe. Esta ha sido presentada por estrofas para que pueda ser rezada, en común, a dos coros. De aquí deriva su extensión: fue creada para ser rezada en comunidad.

Esperamos que la reflexión de este conjunto de temas que titulamos EN CAMINO DE CRECIMIENTO PERSONAL Y COMUNITARIO, para los Ejercicios Espirituales 2017, sean un impulso para comenzar la Segunda Etapa del Proceso de Revitalización de nuestra Orden en América Latina. Reflexionando estos temas sobre el Crecimiento personal y comunitario tendremos más elementos para juzgar cómo se encarnan los 6 niveles de vida y de acción de la Comunidad Agustiniiana (el ideal) en cada una de nuestras comunidades concretas (la realidad). Este es el trabajo que el Proceso nos pide para el año 2017.

Deseándoles que el Señor acompañe con su Espíritu Santo a cada una de las Circunscripciones de Nuestra Orden de San Agustín presentes en los diferentes países de América Latina y El Caribe, les entregamos estos Ejercicios Espirituales 2017 como un aporte que nos ayude a mirar y a revisar, tanto nuestra propia identidad de Consagrados, como nuestra vida comunitaria y nuestra acción pastoral.

Que Nuestra Señora Madre del Buen Consejo, Nuestro Padre San Agustín y Nuestra Madre Santa Mónica, intercedan delante de Dios Padre, en nombre de Jesús, por todos y cada uno de nosotros.

EQUIPO DE ANIMACIÓN CONTINENTAL (EAC).

TEMA 1:

EL SEGUIMIENTO DE CRISTO EN COMUNIDAD:

Caminar siempre hacia delante, juntos como discípulos, en compañía del Señor, como los discípulos de Emaús.

OBJETIVO: Por exigencias exclusivamente Eclesiales nació la Vida Religiosa, continuadora del Monacato Cristiano y respuesta siempre actual para todos los hombres llamados a la *Santidad*. El único y verdadero camino para experimentarla nos lo ofrece una persona que tiene el nombre de Jesús, quien *“al ver que le seguían, les dice: ¿Qué buscan? respondieron Ellos: ¿dónde vives? Él les respondió: vengan y lo verán”* (Jn. 1, 38 – 39). Cristo invita a todos a vivir en comunidad con Él, como la decisión más segura de santidad y felicidad.

El Concilio Vaticano II en su Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las Religiones no Cristianas, considera: *“Todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen y... mediante las diversas religiones, los hombres buscan una respuesta a los profundos enigmas de la vida humana que, tanto ayer como hoy, afligen íntimamente a los espíritus de los hombres, como son: ¿Qué es el hombre?; ¿Cuál es el sentido y fin de nuestra vida?; ¿Qué es el bien y qué es el pecado?; ¿Cuál es el origen de los sufrimientos y cuál es su finalidad?; ¿Cuál es el camino para obtener la verdadera felicidad?; ¿Qué es la muerte, el juicio y, finalmente qué es aquél supremo e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del que procedemos y hacia el que nos encaminamos? (Nostra Aetate, n.1)*

Plantearse semejantes cuestiones, abrirse a la respuesta, aceptarla y vivir desde ella es vivir religiosamente, pues, son cuestiones que revelan ya en sí mismas el carácter indefectiblemente religioso del hombre. Religión, viene del verbo latino *Religo* y esta necesidad *“Re-ligante”* del ser humano es una misma para todos los hombres. Es el íntimo y profundo sentimiento del ser humano que no puede quedarse encerrado en su interior, sino que tiene que expresarse exteriormente. Como viva exigencia de esta necesidad *“re-ligante”* del hombre, nació el Ascetismo, praxis que ha consistido, esencialmente, en imponerse sacrificios y privaciones voluntarias que pueden tener como finalidad una expiación religiosa o una simple educación moral.

La Ascesis no puede ni debe ser monopolio de ninguna religión, porque es una virtud antropológica a través de la cual se intenta integrar y unificar al mismo ser humano. El Ascetismo, en el Cristianismo, además de ese sentido de tipo antropológico, tendrá otra función que dimana del dogma del “Pecado Original” y de la necesidad que el mismo hombre creyente tiene de superar su pecaminosidad, íntimamente relacionada con su integración y unificación para reencontrarse y ubicarse ante Dios, como hijo; ante sus semejantes, como hermano y; ante las cosas, como señor.

Algunos *“teólogos”* afirman que la Vida Religiosa no es más que un modo de vivir en el Cristianismo la Vocación Universal a la Santidad a la que todos estamos llamados, al

lado de otros modos de subsistencia espiritual que tienen como meta llegar a la misma Santidad. Al respecto y al no exponerse mayores reflexiones por parte de dichos “teólogos”, si partimos, como ellos lo afirman, de que el fin de la espiritualidad es conducir al hombre hasta su propia perfección, sin más; resultaría que ese tipo de espiritualidad ajena y hasta contraria al Cristianismo, fomentaría un hermético aislamiento y por lo tanto un refinado egoísmo. Tal planteamiento daría como resultado un indeseado *espiritualismo* que basado en el gnosticismo y otras filosofías, traería como consecuencia negar la unidad indestructible de la persona humana (espíritu y materia, naturaleza y gracia), postura que además de ser extraña al Cristianismo, lo estaría desplazando de su *esencia comunitaria* que de Dios ha recibido como exclusivísimo don: “Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gen. 1, 26)

Actualmente, todos los cristianos admitimos que al margen de nuestra Iglesia Institución existen conocimientos, más o menos perfectos, de la Verdad Revelada, es decir, que en las religiones no cristianas hay vestigios de ella (Santo Tomás, *Summa Theol.* III, q.8, a.3 ad 1; Eusebio de Cesarea, *Praeparatio evangelica*, 1.1: PH 2, 28 AB; L.G. 16) donde quiera que se viva el verdadero amor, se busque la comunión fraterna con los demás, se junten las manos y se doblen las rodillas para adorar al Dios Verdadero, escondido bajo muchos nombres. Es por lo que San Agustín, afirma: *la gracia redentora de Cristo alcanza, en algún modo, a todo hombre* (*De Doctr. Christ.* 30, 13), pues, “lo que se llama Religión Cristiana existía ya desde los comienzos de la raza humana hasta que Cristo se hizo Carne” (*De V. Rel.* 2, 10)

Resultaría abundantísimo seguir con estas reflexiones, sin embargo, un dato queda claro tras lo expuesto: el Monacato, no es monopolio de ninguna religión, sino más bien patrimonio común de todas las religiones; no surgió con el Cristianismo, sino que éste lo encontró ya establecido y estructurado. El Cristianismo sólo le dio una forma específica. De principio, bien podemos afirmar que el Cristianismo no es más que la culminación de la larga historia de la salvación; es el punto de llegada y Cristo es ese punto luminoso que divide la historia de la humanidad, en dos: antes de Cristo, tendiendo hacia Él y después de Cristo, partiendo de Él.

Con lo hasta aquí expuesto y como cristianos que somos, brevemente acentúo lo que bien sabemos y conviene recordar: el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios Trino y Uno, es una persona que en su más profunda definición significa *comunicación*, precepto que le permite convertirse en una gran personalidad en la medida que más y mejor logre comunicar lo que nuclearmente, ya es: el depositario de todos los valores y también de Dios, como agustinianamente lo sabemos. Para lo cual, Dios mismo nos recuerda: “Antes de haberte formado Yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí” (Jer 1, 5). “Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jer 31, 33; Heb 8,10). “Sed Santos, porque Yo soy Santo”. (1 Pe 1, 16). Jesucristo nos recuerda este irrevocable imperativo y nos ordena aspirar a la santidad, diciéndonos: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48)

San Pablo, enraizado en el judaísmo, escribía a la primitiva comunidad cristiana de Corinto: *“El templo de Dios es santo y vosotros sois ese templo”* (1 Cor 3,16). Esta advertencia de San Pablo es eternamente válida para los cristianos de todos los tiempos; pues, santificados nuestros cuerpos por los Sacramentos del Bautismo y la Confirmación, quedan para siempre constituidos en templos vivos, habitados por el Espíritu Santo. Todos tenemos como meta la santidad de nuestro Dios y Padre y hacia ella avanzamos por diversos estados de vida eclesial.

Consabida esta determinación divina y examinando la estructura actual de la Iglesia de Cristo, uno de los hechos más llamativos es, sin duda, su multiforme variedad de Institutos Religiosos; por lo cual, nos preguntamos: ¿Por qué hay en la Iglesia tantos Institutos Religiosos si en los 3 primeros siglos de su historia no había nada que se les pareciese? Además, ¿Porqué hasta el Concilio Vaticano II se afirmó solemne y categóricamente que la *Vida Consagrada pertenecen de manera indiscutible a la Vida y Santidad de la Iglesia?* (LG, 44)

Para responder a estos y otros interrogantes, debemos tener en cuenta la organización de la Primitiva Comunidad Cristiana de Jerusalén, pues a lo largo de la historia de la Vida Religiosa, no hay un solo fundador que no haya vuelto los ojos a ella, proponiéndosela como modelo de vida de lo que cada uno de ellos ha querido llevar adelante. Esto es muy importante a la hora de definir lo específico de la Vida Religiosa y de todos y cada uno de los Institutos de Vida Consagrada, en particular. Conviene, por lo tanto, matizar lo más significativo de la Primitiva Comunidad Cristiana de Jerusalén que se propuso seguir a Cristo en comunidad y entre los elementos que más caracterizan la vivencia de los primeros cristianos, bien podemos enumerar los que San Lucas pone de relieve. Vayamos, pues, al libro de los *Hechos de los Apóstoles*:

Entre los seguidores de Jesús no hay diferencia de clases, todos son y se sienten *hermanos* y así precisamente se llamaban entre ellos (*Hch 1, 15-16*). La Eucaristía, puede decirse, es causa y signo de la vida de fraternidad. Entre los cristianos reina la más completa solidaridad de corazón y de mente: *“Tenían un solo corazón y una sola alma”* (*Hch 4, 32*). La fracción del Pan, será el centro en torno al cual gira toda la vida de la Comunidad (*Hch 2, 42*) Asiduamente oraban tanto en el templo para que se vea la fidelidad a lo que es representativo de lo judaico (*Hch 2, 46*), como en las casas particulares, y, esta sería una modalidad específica de los cristianos (*Hch 1,14; 12,12*). La Comunidad Cristiana tenía como esencial y distintivo la obediencia, pero se trataba de una obediencia al servicio de los objetivos sobre todo misionales y, por supuesto, se trataba también de una obediencia a la doctrina y predicación impartida por los XII Apóstoles y por sus sucesores (*Hch 6, 1-6; 8, 14*). El trabajo no era excluido de la Comunidad de Jerusalén para procurarse el propio sustento, cuanto más que esta comunidad se fundó con los hombres más pobres y en los estratos más ínfimos. La Comunidad de bienes no es más que una consecuencia lógica de la comunión de espíritus, en el fondo está la realidad: Un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios.

Cuando un fundador o fundadora apela a la vida descrita en los *Hechos de los Apóstoles*, lo hacen no porque ahí se describe el modo o la identidad específica de la Vida Religiosa, sino porque allí se encuentra el perfil de ser cristiano que ha de ser común e idéntico para todos los creyentes y con la única finalidad definida por la *Lumen Gentium* n. 43: “*La Vida Religiosa es un carisma para el servicio del Pueblo de Dios*”.

Así pues, si en un determinado momento de la vida de la Iglesia el Carisma de la Vida Consagrada no existe, es porque su presencia no era necesaria en esos momentos. La Vida Monástica, como tal, surgiría hasta el siglo IV, como una reacción contra la *vida acomodada* de la mayoría de los cristianos. La Vida Monástica o Vida Religiosa nacería como un vivo deseo de volver al fervor de la Primitiva Comunidad Cristiana. Fue, por lo tanto, en este contexto de mediocridad eclesial y por exigencias meramente Eclesiales, como la Vida Monástica Cristiana aparece como una reacción y protesta contra la degeneración del Ideal Cristiano. Ante tal decadencia, la Vida Monástica brotaría como una imperiosa contestación en forma masiva, no con discursos contestatarios, sino con un comportamiento real y existencial, con un determinado modo de vivir por el cual y desde el cual se protesta.

Con esta forma y manera de actuar, los monjes rechazaban a una Iglesia que se había tornado demasiado instalada, farisaica, leguleya, materialista y poderosa a partir del siglo IV. Y aun cuando el modo de vivir de estos nuevos monjes tenía una serie de elementos diferenciadores del común de los cristianos, su mejor y mayor protesta fue desfilar masivamente hacia los desiertos, y de tal manera lo hacían, que los Emperadores y Obispos tuvieron que intervenir para frenar, con normas, dicho éxodo hacia lo despoblado.

Ante realidad tan escandalosa como confortablemente instalada de la Iglesia, el Monacato Cristiano, no nació fuera ni contrapuesto a la Iglesia, sino dentro de ella, en su seno. Nació como un nuevo movimiento que estaba llamado a mantener siempre vivo y actuante en la Iglesia el ideal de la Vida Cristiana de los 3 primeros siglos. El Monacato Cristiano aparece como una poderosa fuerza por hacer realidad plena el Evangelio de Cristo; nace como una conciencia viva, enérgica y siempre propositiva de lo mejor.

Los primeros monjes que se apartaron físicamente de la comunidad, no se consideraban sectarios, al margen o en contraposición a la Iglesia; sino más bien, se propusieron formar pequeñas células eclesiales, aunque en algunas ocasiones tuvieran ciertos recelos contra la Jerarquía eclesiástica y viceversa. No obstante, había una estrecha conexión entre Sacerdocio Ministerial y Profetismo, entre Iglesia Jerárquica e Iglesia Carismática. Y si bien es cierto que los Monjes huyen del mundo, también es cierto que la comunidad cristiana acude a ellos, buscando auxilio y dirección espiritual. Ya desde ese entonces se comprendía que la espiritualidad, sin dejar de preocuparse del buen entendimiento del alma con Dios a solas y del buen funcionamiento de las relaciones interpersonales según los postulados y las exigencias de la caridad, jamás perdió de vista que la persona humana es un ser social

que no debe marginarse de la sociedad por el hecho de entregarse generosamente a cultivar la vida espiritual, donde quiera que esta se encuentre.

La espiritualidad cristiana no tiene, ni puede tener más origen, ni más fundamento que la persona de Cristo y su existencia concreta; y la forma más radical de recuperar lo concreto y hacer de ello el origen y fundamento de toda comunidad cristiana aparece en el Evangelio, y aparece, como explícita invitación de Cristo mismo a su seguimiento. El seguimiento de Cristo es más que tener noticia de lo que históricamente fue su vida, su misión y destino. Se trata, además de eso, de representarlo dignamente a lo largo de toda la historia a sabiendas de lo dicho por San Pablo: *“con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2, 19-20). Sólo así, el seguimiento de Cristo se convierte en el paradigma sustancial y preciso que viene a ser más que una filosofía, más que una teología y mucho más que una religión.

La vida cristiana compartida en comunidad es una calidad de vida a la que estamos llamados por Aquél que con apremiante imperativo, nos dice: *¡Sígueme!* (Mc 2, 14) *“No me habéis elegido vosotros a Mí. Soy yo quien os he elegido a vosotros”* (Jn 15, 16). Sin duda que aún nos preguntamos: ¿Para qué nos llama Cristo? *Para vivir con Él*, responde San Marcos (3,13-14) y para vivir como Él: *en unidad de Espíritu*, como nos lo confirma el discípulo amado, San Juan (Cfr. 17, 11), porque seguir a Cristo no es opción por Cristo, sino opción de Cristo, pues la iniciativa es suya, exclusivamente suya, *“Llamó a los que Él quiso”* (Mc 3, 13). La gran seguridad no está en nuestra palabra, sino en la suya, porque su palabra es eterna y no pasa; y si nosotros podemos pronunciar palabras definitivas, lo hacemos apoyados en la lealtad inalterable de Cristo.

Nuestra consagración religiosa y por lo tanto nuestro seguimiento de Cristo debe existir como signo escatológico de los bienes eternos en este mundo; signo escatológico visible y operante de la dignidad humana y al mismo tiempo protesta contra cualquier forma de profanación y apostasía. Es aquí donde debemos aterrizar: ¿Qué es lo que Dios y nuestra Iglesia esperan de quienes seguimos a Cristo personal y comunitariamente?

No esperemos que sean otros quienes nos lo digan, somos nosotros quienes debemos adquirir un mayor y serio compromiso de seguir a Cristo en este nuestro mundo tan convulsionado, de cambios drásticos y acelerados que unos *“tragan”* indiscriminadamente sin digerir y otros intentan resistir en hermetismo conservador. ¿Cómo seguir a Cristo en este mundo de vigorosas confrontaciones en todas las áreas del vivir: en lo personal y familiar, en lo social, político y económico, en lo intelectual y laboral y no menos en lo religiosos? ¿Cómo seguirlo a Cristo en este mundo donde sobreabundan las frustraciones y los desencantos, los temores profundos, las apatías y desconfianzas sistemáticas? ¿Cómo seguirlo en este mundo donde al lado de una innegable bondad, belleza y gracia de toda la creación, tropezamos con una incuestionable maldad, discordia y perversidad que estigmatiza a las personas y las estremece? La violencia, el crimen organizado y el sufrimiento nos escandalizan; el

afán de dominar jamás se satisface y el instinto de destrucción nunca se agota. Hay venas abiertas por todas partes y la sangre corre sin precio y gratuitamente. El número de los sacrificados jamás es suficiente. Cataclismos y convulsiones naturales de dimensiones cósmicas amenazan todos los posibles equilibrios. Por todas partes se yerguen ídolos que reclaman adoración y tratan de sustituir al único Dios vivo y verdadero.

En este mundo que nos resulta muy conocido y en el que titubeantes creemos avanzar hacia “*Emaús*” como discípulos de Cristo resucitado, al no sentir su presencia como frecuentemente se lo exigimos imponiéndole nuestra voluntad, nos llenamos de desaliento, temor y tristeza; aunque por otra parte, bien sabemos que vivir con Cristo y como Cristo reclama fiarnos de Él sin otra garantía que no sea Él mismo. ¿Cómo lograrlo?: dejándonos enseñar y querer aprender de Él, conllevando, como sus discípulos, su Misión Evangelizadora, sus riesgos y sus mismas esperanzas. Creyendo en su amor y en su poder hasta el punto de comprometer todo lo que es vida. Renunciando a todas las autocomplacencias, a todas las seguridades y a todo aquello que en la riqueza nos aparta de Él. El seguimiento de Cristo nos exige configurarnos con Él hasta el punto de ser “*Como otra Humanidad Suya*” para patentizar en el mundo su estilo de vida y actualizar de igual manera el misterio de su anonadamiento y total sacrificio.

Nuestra consagración a Dios debe ser la vivencia más grandiosa que se nos haya confiado como definido Estado de Vida Eclesial y conciencia plena de haber sido llamados por el mismo Cristo para convivir fraternalmente en comunión de vida y comunidad de bienes con aquellos por Él, igualmente llamados: ¡La vida en Comunidad es el triunfo de la voluntad de Cristo!

Por eso, no dudemos que seguir a Cristo en comunidad, predetermina todo aquello que acontecer y se establece en un ámbito de relaciones sinceras y edificantes, de diálogo vital e interpersonal con el Misterio Sagrado y con los hombres entre sí; esto es, en ese doble ámbito donde sobreviene el movimiento que dimana del Misterio de Dios y transforma en respuesta la existencia del hombre. Acción divina mediante la cual se va transformando el consagrado tanto en su *ser* como en su *hacer*, en sentido teológico, en cuanto que convencido, experimenta felizmente haber consagrado su vida no al culto de Dios, ni al servicio, ni a la gloria de Dios, sino a Dios mismo.

La historia de Jesús es la historia del Hijo de Dios y la historia del Hijo de Dios se encuentra inserta en nuestra historia humana, prodigio que hace posible hablar también de la historia del seguimiento de Cristo en comunidad, porque todo aquello que toca Dios queda orientado hacia el hombre y hacia todo el universo. No hay consagración cristiana que nos saque de este mundo (Jn 17, 15) donde podemos atestiguar la salvación que en él está depositada y actuando como una semilla, como una levadura, como un tesoro escondido.

PREGUNTAS:

1. ¿En base a qué experiencias profundamente personales tienes la certeza de seguir fielmente a Cristo?
2. ¿Qué es lo que está facilitando o por el contrario impidiendo a tu comunidad conventual el serio y delicado compromiso de seguir a Cristo?
3. ¿Qué es lo que pudiéramos hacer y aun no lo hayamos hecho con el único fin de no defraudar a Cristo, ni a todos aquellos que esperan lo mejor de nosotros, como religiosos?

ESCRITOS CONSULTADOS:

LOPE CILLERUELO, *El Monacato de San Agustín*, Archivo Teológico Agustiniiano, Valladolid, 1966.

VARIOS AUTORES, *La Adaptación y la Renovación de la Vida Religiosa*, VATICANO II, Ediciones Studium, Madrid, 1969.

ANDRÉS MANRIQUE, *La Vida Monástica en S. Agustín*, El Escorial, 1969.

SEVERINO MARIA ALONSO, *La vida Consagrada*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Madrid, 1975.

LUCAS GUTIERREZ VEGA, *Teología Sistemática de la Vida Religiosa*, Instituto de Vida Religiosa, Madrid, 1976.

JESÚS ALVARES, *Historia de la Vida Religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1989.

TARSICIO J. VAN BAVEL, *CARISMA: COMUNIDAD. La Comunidad como lugar para el Señor*, Ediciones Religión y Cultura, Madrid, 2004.

JOSÉ MARIA CASTILLO, *El Seguimiento de Jesús*, 8ª. Edición, Ediciones Sígueme, Madrid 2005.

TEMA 2:

NO TE DETENGAS NUNCA EN EL CAMINO:

Antropología Agustíniana: El ser humano como un ser en perfección, en constante crecimiento.

OBJETIVO: Reanimar en nosotros el espíritu inquieto, con tal de no estancarnos en nuestro desarrollo personal, sino que ir en constante movimiento hacia lo que estamos llamados a ser en relación con los demás.

La reflexión de estos Ejercicios Espirituales giran en torno a un UNICO TEMA céntrico, definido en el principio: "SOMOS CAMINANTES", que San Agustín define diciendo;

• **"Somos caminantes, peregrinos en ruta. Hemos de sentirnos insatisfechos con lo que somos, si queremos llegar a lo que esperamos. Si nos complace lo que somos, dejaremos de avanzar. Si nos convencemos de que es suficiente, no volveremos a dar un paso. No tratemos de detenernos en el camino, o de volvernos atrás"** (Serm 169, 15,18).

En estos Ejercicios, abordamos este tema céntrico en su diversidad de aspectos e implicaciones; tan relacionados entre sí que sus redactores y expositores, al menor descuido, nos pisamos mutuamente. En este segundo tema abordamos la tendencia humana generalizada a la INSTALACIÓN, traicionando la AVANZADA mantenida.

I.- CAMINANDO CON JESUCRISTO

Jesucristo fue enviado a este mundo para encarnarse en nuestra propia carne, y enseñarnos, con su Testimonio y Mensaje, el Camino que nos conduce a la plenitud de vida y a la Felicidad que todos anhelamos. Para ello, desenmascara la falsedad de las **Coordenadas inmediatistas**, por las que se rigen gran mayoría de seres humanos, y son **tentación** para todos:

- Vengo del polvo de la tierra (o de mi padre y madre);
- Estoy en esta vida para disfrutarla al máximo en los breves años de mi existencia;
- Y mi Destino es la muerte, que me reducirá al polvo del que salí.

Estas Coordenadas son las que nos impulsan a la INSTALACIÓN en los placeres de este mundo, encontrando en ellos el secreto de nuestra Felicidad.

San Agustín declara que *"No existe, ni ha existido y ni existirá jamás un solo ser humano que no ansíe ser Feliz"* (-Ser- 53,1.). Pero muchos instalan esa Felicidad en los placeres de esta tierra; en la Riqueza, el Poder y la Fama. Y el apego a estos valores es la tentación incluso de creyentes religiosos. Jesús, por ello, nos apremia a dar el salto de estas coordenadas inmediatistas a las **Coordenadas Trascendentes**:

• Vengo de un Dios Creador con Amor de Padre, que me engendró a su imagen y semejanza:

=**Con una Inteligencia-Conciencia luminosa**, que me capacita para discernir el bien y el mal;

- =Con **una Creatividad servidora y transformadora** de la propia vida;
- =**Con una capacidad de Amor**, que me humaniza y eleva a la altura de Dios.
- **Estoy en este Mundo** para cumplir un Misión Servidora desde el amor fraterno.
- **Y mi Destino es la Vida Plena en Dios mismo**, mi verdadero y Definitivo Hogar.

Y San Agustín concluye: *“Tenéis padre, tenéis patria, tenéis patrimonio. ¿Quién es este padre? Carísimos, ¡somos hijos de Dios! (In ps. 84, 9). “Todos estamos hermanados por la común paternidad. Dios es Padre y Madre, al mismo tiempo: “Padre porque crea, llama, manda y gobierna; Madre porque abriga, alimenta, amamanta y conserva” (Com.Ps. 26,II,18). “Dios es tu todo: si tienes hambre, es tu pan; si tienes sed es tu agua; si estás en la oscuridad es tu luz” (Com. Ev S. Juan, 13, 5).*

Jesucristo declara: *“Yo he venido al Mundo para hacer la Voluntad de mi Padre” (Jn 5,30). Y “Para dar testimonio de la Verdad” (Jn 18,37).* He aquí nuestra misión como seguidores de Jesucristo. Una misión que implicará el sacrificio de los apetitos y tendencias de nuestra carne, para ajustarnos el Proyecto y Objetivos del Dios Creador. En Getsemaní, Jesús vive, en su oración al Padre, esa contradicción entre “lo que quiero” y “lo que Tú quieres”; y concluye: *“Pero no se haga mi voluntad sino la Tuya” (Mc14,36).*

El Dios Creador y Padre, y su Proyecto Creador, es por ello el FARO al que ha de orientarse nuestro Caminar en esta vida, sin instalaciones ni desvíos.

Sin embargo, esas coordenadas inmediateistas se imponen a la generalidad de los seres humanos. Muchos las declaran abierta y conscientemente diciendo: Todas los bienes y bellezas que necesitamos para vivir felizmente esta vida, tales como los grandes y bellos edificios, los autos y aviones, las grandes carreteras, el Internet, los medicamentos, los alimentos de que disponemos, etc., tienen su origen en la sabiduría y creatividad humanas; Y todo aquello que supera esa creatividad, como es la unidad y armonía de los astros; el Sol que nos alumbra de día, y se oscurece por la noche; el aire que respiramos 24 horas al día, los grandes Océanos que nos garantizan las lluvias, manantiales y ríos de agua que necesitamos; la gran diversidad de plantas y animales, tienen su origen en el AZAR.

También los Creyentes, que discrepamos de tal visión de cosas, sufrimos la tentación de adaptar nuestra vida a ese inmediateismo, centrando nuestro interés e intereses en las satisfacciones de esta vida, con una creencia en el Dios Creador simplemente cerebral, pero no práctica.

II.- CAMINANDO CON SAN AGUSTIN

Recordamos a San Agustín como el PECADOR QUE LLEGÓ A SER SANTO. En efecto, Agustín vivió hasta sus 32 años, alejado de Dios y centrando sus aspiraciones en el placer, la riqueza y la fama. vivió su adolescencia y juventud a ras de tierra, como las mayorías de su entorno, empujado por los vientos que más soplan, hasta remontar un día el vuelo, y convertirse en el “Águila de Hipona”, título que le ha otorgado la Historia. ¿Cuál fue su secreto?

EL PECADOR

Nació de un padre pagano y de una madre cristiana, -Patricio y Mónica-, de quienes recibe, de niño, una doble “siembra”: De su madre mama la fe y el conocimiento de Jesús. De su padre hereda la ambición de poder, placer, posición y prestigio. Y por mucho tiempo parece triunfar decididamente el impacto del padre, sin desaparecer por completo el hormigueo de lo aprendido de la madre.

Pero, ¿cuáles fueron los pecados de Agustín? El mismo nos los cuenta, amplia y detalladamente, en el libro de sus Confesiones:

- = Ya de niño, se apasiona por los juegos y espectáculos, mientras es reacio y perezoso en los estudios. Y patatea por los azotes y castigos que le propinan los mayores.
- = Roba cosas de la despensa casera, sea por gula, o para conseguir juegos a cambio, con sus compañeros.
- = Trama cantidad de mentiras tanto ante los profesores como ante los propios padres.
- = Llegado a su adolescencia, se enrola en la pandilla y se deja arrastrar por ella en aventuras sexuales; en bravuconadas machistas, y aun en robos de la fruta del vecino.
- = Prosigue sus estudios en la ciudad más importante de la zona (Cartago), en la que destaca una juventud libertina, entregada a los amores y placeres impuros y apasionados por el teatro, que incentiva sus pasiones. Y en ella se enrola Agustín sin restricciones: “Buscaba, con pasión un objeto de amor, deseoso como estaba de amar”.
- = Su fe cristiana inicial ha ido quedando marginada de su vida. Un día, junto a un amigo enfermo, se rió burlona y despectivamente, de que le hubieran administrado el bautismo al creerlo en peligro de muerte.
- = Se amanceba, a sus 17 años, con una mujer, de la que tendrá un hijo, y con ella convivirá durante 14 años.

Agustín fue un pecador, como tantos y tantos que en el mundo son y han sido. Pero un día se convertirá en uno de los grandes santos de la fe cristiana. ¿Por qué? ¿Cómo lo logró? Si él consiguió dar ese gran salto, ¿Por qué tantos y tantos, tan pecadores o menos que él, nunca logran –o logramos- salir de una vida mediocre, insustancial y trivial? ¿Cuál fue su secreto?

EL HOMBRE INQUIETO Y EN CONSTANTE BÚSQUEDA

Agustín fue muy pronto consciente de que lo que más anhelaba, en el fondo de su ser, era SER FELIZ. Para conseguirlo, buscó apasionadamente placeres, dinero y prestigio. Pero no soslayó el hecho de que tal rumbo de vida acababa, por sistema, en frustración: Tales cosas no lograban llenar el vacío que llevaba por dentro y, más bien que feliz, le dejaban insatisfecho. Entendía, por ello, que ¡estaba errando el camino! Se había afincado en la convicción de que “Amar y ser amado era la cosa más dulce para mi, sobre todo si podía gozar del cuerpo del amante” (Conf. III, 1,1). Pero “Al fin fui amado, y llegué secretamente al vínculo del placer, y me dejé atar, alegre, con ligaduras trabajosas, para ser luego azotado con las varas candentes de hierro de los celos, sospechas, temores, iras y contiendas”(Conf. III, 1,1). ¡Algo estaba fallando!

Un día, mientras Agustín preparaba un discurso para honrar y ensalzar al Emperador, en el que sabía que diría muchas mentiras, con tal de agradarle, se encontró en la calle con un mendigo que vivía de limosnas y, no obstante, danzaba, cantaba y reía como el más feliz de los mortales. Avergonzado de sí mismo, Agustín comentó con sus amigos “los muchos dolores que nos acarrean nuestras locuras, porque con todos nuestros empeños, cuáles eran los que entonces me afligían, no hacía más que arrastrar la carga de mi infelicidad, aguijoneado por mis apetitos, aumentarla al arrastrarla, para al fin no conseguir otra cosa que una pasajera alegría, en la que ya nos había adelantado aquel mendigo y a la que tal vez no llegaríamos nosotros. Porque lo que éste había conseguido con unas cuantas monedillas de limosna era exactamente a lo que aspiraba yo por tan trabajosos caminos y rodeos” (Conf.VI, 6,9). Agustín descubre que está equivocando el rumbo. Y se pone en búsqueda.

EN BÚSQUEDA INCESANTE - CAMINOS DE LUZ

Agustín, frustrado por los rumbos en que ha buscado una vida plena y feliz, inicia ya búsqueda seria y coherente.

- Un primer impacto, que reorientó totalmente sus aspiraciones, fue la lectura del “Hortensio”, de Cicerón. Este libro eleva su mirada hacia valores más altos: el anhelo de verdad, de sabiduría y de belleza. “De golpe, todas mis expectativas de frivolidad perdieron valor, y con increíble ardor ansiaba la inmortalidad de la sabiduría” (Conf. III, 4, 7).
- Sigue buscando, acercándose a la Sagrada Escritura; pero le decepciona, porque le pareció que “no tenía categoría suficiente para confrontarse con la majestad de los escritos de Cicerón” (Ibid. 9).
- Se acerca entonces a la Secta de los Maniqueos, y se hace maniqueo, pero terminará también decepcionado (Ibid. 10ss.; y V, 7, 12).
- Se deja arrastrar después, y por un período de nueve años (de los 19 a los 28 de su edad) por la superstición y la astrología (Conf. IV, 1,1; 3, 4). Y termina escéptico de todo, decidiendo no creer en nada, para evitarse complicaciones.

Al fin será el gran Obispo Ambrosio de Milán, a cuyos sermones acudió inicialmente por su fama de excelente orador, el que le abre convincentes caminos de luz, le aclara el verdadero significado de la Palabra Revelada, y le impulsa a hacerse catecúmeno como preparación para el bautismo cristiano. Tras de algunos titubeos, Agustín se hace cristiano de convicción. Pero no está todo logrado: Los cambios de vida, de rumbos de conducta y de costumbres, las renunciaciones que su nueva fe implica, provocan en él resistencias e indecisiones. Y sus entrañas se estremecen con dolores de parto: “En cuanto a mi vida temporal, todo eran vacilaciones. Se hacía necesario limpiar mi corazón de la levadura vieja. El camino, que es el Salvador en persona, me agradaba; pero sentía pereza en aventurarme a recorrer su angosto trazado” (Conf. VIII, 1,1).

Pero Agustín ya no es el mismo. En realidad ha quedado captado por la verdad y la belleza de la fe cristiana y se hace incapaz de marginarla de su vida. Por ello, se entrega con avidez a la lectura de la Sagrada Escritura, y especialmente de las cartas de San Pablo, el convertido apasionado por Cristo, que le revela la grandeza del

Maestro de los maestros, y sus enseñanzas y ejemplo le contagia su pasión por Él. Pero, golpeado reiteradamente, por diversos modelos de vida cristiana que va conociendo, da el paso decidido a una conversión sincera y cordial a la fe, al cumplir sus 32 años de edad. En largo retiro con los suyos, se prepara para el bautismo, que recibirá medio año después de manos del obispo Ambrosio.

EL HOMBRE SIEMPRE EN CAMINO

Agustín se convence muy pronto que con su conversión a la Fe, no está todo logrado. Hay metas aún no logradas y condicionamientos, hábitos y tendencias del pasado, que no ha logrado superar y es necesario seguir caminando: “¡Todavía voy en pos de la meta, aún avanzo, aún camino, todavía estoy en ruta, todavía estoy en tensión, aún no he llegado!” (Serm. 169,18). Unos 14 años después de convertido, decide hacer una especie de Ejercicios Espirituales personales, en diálogo abierto con Dios, para conocerse realmente a sí mismo; desenmascarar contradicciones y falsedades en su interior; descubrir capacidades latentes y limpiar su vida de las huellas oscuras de su pasado: “Incitado a regresar a mí mismo, entré en mi interior, guiado por Ti. Y pude hacerlo porque Tú te hiciste mi ayuda” (Conf. VII, 10,16). Es el método que hoy llamamos “de la interioridad”, o de “la mirada a sí mismo”. Y lo hace escribiendo. Dejó así un precioso legado para la historia, en su obra inmortal “Las Confesiones”, modelo de honestidad consigo mismo.

Tras de tantos años de búsqueda en “exterioridades”, Agustín descubre el “Camino Interior”, que transformará radicalmente su vida y actitudes. Y en su interior descubre la Presencia discreta y actuante de Dios mismo, que nunca estuvo ausente de su vida: “Yo andaba por fuera y por fuera te buscaba... Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo...” (Conf. X, 28,38).

EL SANTO

San Agustín inició así la escalada a la santidad: La cabal identificación de su “espíritu” (ese espíritu que Dios infundió en el hombre al crearlo a su imagen) con Dios mismo. Y se convirtió en un enamorado de Dios: “¡Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera. Brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por Ti. Gusté de Ti, y siento hambre y sed de Ti. Me tocaste, y me abrasé en tu paz!” (Conf. X,28,38).

III.- EN CAMINO HACIA DIOS EN LA DIMENSIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

Cada persona humana puede convertirse en una célula, sana o enfermiza, tanto de la Comunidad como de la Humanidad global en la que vive. Para comprenderlo, San Pablo asemeja esta relación a la que estamos llamados al Cuerpo Humano: En su gran diversidad de órganos y células, cada uno de ellos hace su aporte a la Unidad y armonía del Cuerpo. Si uno de ellos se corrompe, o enferma, afecta a la salud de todo el cuerpo.

La Salud de toda Comunidad Religiosa depende del aporte saludable de cada uno de sus miembros. Lo mismo ocurre con la HUMANIDAD global; su salud y humanismo dependen del aporte de todo ser humano, y se deshumaniza y degrada con la deshumanización de muchos de sus integrantes.

El humanista de nuestro tiempo, Abraham Maslow clasifica por ello a la Sociedad Humana en dos categorías: Los que se conforman con ser como las mayorías, que definen la “normalidad”; y los que siguen el ejemplo de la “minoría superior”: Aquellos que han escalado las más altas cimas de humanismo y fraternidad. Todos sufrimos la tentación de Ser como los que nos rodean, instalándonos en la mediocridad, y sin avanzar los más altos ideales.

La instalación, en lugar del Avance mantenido, tiene muchas modalidades. En nuestra formación hemos acumulado notables conocimientos filosóficos, teológicos y bíblicos. Pero con frecuencia esos conocimientos se instalan en nuestra cabeza y nuestra lengua, pero no llegan al corazón y a la vivencia. Hablamos de Dios, pero apenas hablamos con Dios. Rezamos, pero muchas veces por simple rutina y normativa. Tenemos y Predicamos amplios conocimientos sobre Dios, pero no vivimos una “ESPIRITUALIDAD”, que nos une con Dios. Hablamos sobre Dios, pero no somos “TESTIGOS” de su Realidad.

Jesucristo nos advirtió: *“Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos”* (Mt 18,3).

1.-EL NIÑO EN EFECTO:

- Es débil y vulnerable.
- Comete tropiezos, caídas y travesuras;
- Emprende rumbos peligrosos;
- Grita, llora y patalea ante lo que le desagrada; y no entiende cómo su mamá le lleva a una enfermera, para que le pinche y haga sangrar.
- Se aísla con sus compañeros de juego, cuando le incomodan.
- Lloriquea y protesta cuando le niegan lo que más le apetece.

PERO EL NIÑO SABE QUE SU SEGURIDAD Y ALEGRÍA DE VIVIR ESTÁ EN UN AMOR: SU PROPIA MAMÁ.

- En sus brazos encuentra la paz y la alegría, tras las contrariedades, la soledad, oposiciones y flaquezas.
- En sus brazos reposa plácidamente cuando le lleva a una Misa o Celebración de más de una hora, que él no entiende.
- Lloro y grita cuando la mamá le exige cosas que no le agradan; pero momento después se abraza cordialmente a ella.
- Si su mamá se aleja y la pierde de vista, llora angustiosamente, en su inseguridad sin ella.

En Síntesis:

El niño es débil, travieso, desviado y con defectos; pero sabe dónde encuentra su seguridad, felicidad y alegría de vivir: conoce un AMOR en el que encuentra su felicidad y su esperanza: ¡Su propia mamá!

Con la edad aumentan notablemente las deficiencias de niño; pero, muy generalizadamente, sin un AMOR de referencia, en el que encontrar seguridad y esperanza, como el niño encuentra en su madre. No convertimos de Niños en "NIÑACOS": Las debilidades, flaquezas, tropiezos y desvíos del niño se quedan chiquitos ante las maldades de adultos.

- La debilidad del niño en el adulto se convierte en esclavitud de los propios instintos y apetencias.
- El Amor se convierte en EGOISMO, que pasa a ser el centro y referencia de la propia vida.
- Las torpezas infantiles se convierten en graves corrupciones;
- Sus pataleos en resentimientos y venganza;
- Sus caprichos y apetencias contrariados, en odios, desprecios y aun violencias;
- Y ese AMOR MATERNO, en el que vivió el niño encontró su seguridad y esperanza, y el que el adulto habría de en el AMOR-PATERNAL de Dios-Padre, lo sustituimos por el EGO, que busca la satisfacción de las propias apetencias a costa de lo que sea y de quien sea. Lo que nos lleva, al fin, a la frustración.

IV.- EL CAMINO HACIA DIOS EN DIMENSION SOCIAL

Como Religiosos y Sacerdotes tenemos la Misión de irradiar nuestra Fe en el Mundo en que vivimos. Para ello necesitamos "ENCARNAR" la Fe Trascendente en el Mundo concreto en que vivimos, como Cristo se encarnó en nuestra realidad humana, para elevarla hacia Dios. Estamos llamados a ser "FERMENTO" de transformación y humanización de los rumbos humanos, como el fermento que transforma la masa. Para ello necesitamos responder adecuadamente nuestra Fe a los Desafíos concretos que nos plantea cada etapa histórica.

Fue la pretensión fundamental del Concilio Vaticano II.

Robert Sarah (nacido el 15 de junio de 1945 en Guinea-Conakri) es un cardenal de la Iglesia católica, prefecto electo de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, y actual presidente del Pontificio Consejo "Cor Unum" desde su nombramiento por el papa Benedicto XVI el 7 de octubre de 2010. Ha mantenido una estrecha relación con los Papas, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II, y Benedicto XVI, y he aquí nos comenta:

- "Si bien en la apertura del Concilio la crisis religiosa de Occidente era menos visible que hoy, muchos Padres sentían la urgente necesidad de acercar a sus fieles a Dios, convertido para ellos en una realidad cada vez más lejana... Juan XXIII percibió de un modo especial el alejamiento de Dios que vivían las Sociedades... Para combatir esa crisis, el Papa Roncalli quiso regresar a lo esencial situando la relación entre Dios y los hombres en el Centro de los trabajos conciliares... El gran mensaje del Concilio consiste en afirmar de un modo nuevo que Dios habita en nosotros".

- El Problema fundamental, abordado ya por el Vaticano II, ha sido la Iglesia. En su discurso de apertura del Concilio decía: "Es motivo de dolor considerar que la mayor parte del Género Humano, a pesar de que todos los hombres han sido redimidos por

la Sangre de Cristo, no participa aún de esa fuente de gracias divinas que se hallan en la Iglesia Católica”.

- Incluso en la misma Iglesia, sus creyentes viven desconectados con Dios: “Mi reflexión puede parecer rigurosa, pero conozco muchos ejemplos de sacerdotes que dan la impresión de haber olvidado que el centro de nuestra vida está únicamente en Dios. No le dedican más que un poco de tiempo al día, porque están inmersos en lo que yo llamaría la “herejía del activismo”. Con frecuencia, hablamos mucho de Dios, pero muy poco con Dios”. Nuestra relación con El es muy deficiente.

- “La Iglesia es como la Luna: No brilla con luz propia, sino que refleja la luz de Cristo. A la Iglesia, si se la separa de Cristo, verdadero Dios y hombre verdadero, le ocurre como a la luna sin el sol: Es oscura, opaca e invisible. La Eclesiología depende de la Cristología, y está ligada a ella”.

- Si se borra el vínculo entre Dios y los Cristianos, la Iglesia se convierte en una simple estructura humana, en una Sociedad más. Entonces la Iglesia se banaliza, se mundaniza y se corrompe hasta perder su naturaleza original. De hecho, sin Dios creamos una Iglesia a nuestra imagen y en función de nuestras pequeñas necesidades, nuestros caprichos o nuestras aversiones. La moda se apodera de la Iglesia y la visión de lo sagrado se vuelve perecedera, una especie de medicina caducada”. (Cfr. DIOS O NADA.- ENTREVISTA SOBRE LA FE.- Cardenal Robert Sarah, con Nicolás Diat. 2015).

V.- SIEMPRE CON LA VELA ENCENDIDA

En síntesis, necesitamos permanecer, personal, comunitaria y eclesialmente en vela, en constante autorrevisión, para no instalarnos y dejar de avanzar hacia las grandes Metas a las que apuntó Jesucristo: la conexión con el Dios Creador y la Fraternidad Universal sin discriminaciones, confrontaciones y violencias.

La Iglesia misma marcó un proceso de avanzada, desde el anatema, condenación (Inquisición) y aun guerras religiosas, contra los que disienten, hasta el Movimiento Ecuménico, centrado en la Fraternidad Universal, por encima de las diferencias. Jesús nos amonesta: *“Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas, como que aguardan que su señor vuelva de la boda para abrirle apenas llegue y llame”* (Lc 12, 32).

PREGUNTAS:

- 1.- ¿En qué actitudes, rutinas y comportamientos nos instalamos más frecuentemente, en nuestra vida personal?
- 2.- ¿Cuáles son las deficiencias en las que fácilmente nos estancamos, en el dinamismo Comunitario?
- 3.- ¿Cuáles son las deficiencias más frecuentes en las que nos instalamos, en nuestra misión evangelizadora del mundo en que vivimos?

TEMA 3:

MADUREZ DE LA PERSONA PARA VIVIR EN COMUNIDAD:

Crecimiento en la entrega y consagración a Dios en la Comunidad. El pecado nos estanca y nos hace retroceder en el camino.

OBJETIVO: Tomar conciencia que crecer en el desarrollo de la propia madurez hace crecer la calidad de la vida común.

Introducción

- El tema que se nos ha encomendado es importante y que puede, si no lo centramos bien, ser agobiante personal y comunitariamente. Se trata de iluminar y centrar la madurez de la persona (realidad antropológica) desde la dimensión de “especial consagración” (realidad teológica) en una comunidad específica dentro de la Iglesia (realidad eclesial) para el mundo (realidad misionera).
- Les propongo la siguiente reflexión. La realidad que nos ha tocado vivir, ¿Es una realidad peligrosa de la que tenemos que defendernos o, más bien, es un **“Kairos”**, un reto fascinante para nuestra fidelidad personal e institucional para bien de la Iglesia, de la Orden y del mundo? Piénsalo bien.
- A todos invito a tener en cuenta la ley del péndulo: buscar el justo equilibrio y situarnos con objetividad actual, fe humilde y esperanzada, escucha agradecida, comunicación honrada y participativa y corazón en permanente búsqueda de Dios en comunidad y como comunidad.

I. Punto de partida

La Vida religiosa en general no ha mejorado excesivamente en el cambio de fondo exigido por la Iglesia y dialogado en tantas ocasiones y oportunidades: cursillos, encuestas, revisiones de vida religiosa, etc. Aunque haya mejorado, y para bien, en muchos aspectos, en su seno hay todavía cuestionamientos serios y hasta cualitativamente esenciales que da miedo tocar pero que es necesario afrontar con dignidad, optimismo evangélico, fidelidad carismática y visión escatológica. Por ejemplo la insatisfacción reinante, la visión teológica de nuestro especial seguimiento de Jesús, la identidad personal, la pertenencia eclesial e institucional, el abandono incondicional en la voluntad de Dios, y sus mediaciones concretas. Por supuesto que también ha mejorado, y para bien, en muchos otros aspectos.

II. ¿Qué es eso de madurez?

Al ser un concepto complejo y ambiguo necesitamos definirlo para saber de qué se trata. Son muchas las definiciones que se han dado de la madurez. En nuestro caso he preferido dos que son a mi juicio las que responden más y mejor al cometido que se nos ha encomendado. La madurez humana consiste en: a) la armonía de la persona y b) la coherencia entre lo que se es y lo que se profesa. En ambas definiciones la fidelidad y responsabilidad en el cumplimiento de los compromisos adquiridos son criterios básicos de autenticidad personal. En este sentido, más que una cualidad

aislada la entenderemos como un proceso dinámico que integra muchas y muy diversas modalidades. Cuando nos refiramos a las diversas clases de madurez (física, psicológica, profesional, religiosa, etc.) las englobaremos en el término de madurez integral. Así mismo distinguiremos en la personalidad humana diversos ámbitos: la madurez humana, la madurez espiritual y la madurez religiosa. Estas incidencias inevitablemente forman la madurez deseada para nuestros hermanos consagrados, para el hombre en general y para nosotros mismos en armonía y concordia, en proceso permanente y progresivo de superación. Así se afianzara la propia personalidad y todos saldremos beneficiados. Hecha la opción fundamental por Dios en el especial seguimiento de Jesús y especial consagración a Dios para el Reino en una Orden determinada (carisma) es necesaria la plataforma de la coherencia y madurez personal. De lo contrario, el edificio de la fidelidad y santidad se resquebraja con facilidad y se cae inevitablemente.

III. Madurez humana

Siguiendo al Concilio Vaticano II es pensamiento común entre los ideólogos católicos el describir las cualidades de la madurez humana de la siguiente manera:

- Estabilidad de espíritu.
- Capacidad para obrar libremente, tomar prudentes decisiones y opciones definitivas.
- Dominio de un dócil y habitual control emotivo con la integración de las fuerzas emotivas bajo el dominio de la razón.
- Autonomía de la propia conciencia personal, es decir, según los dictados de una conciencia rectamente formada.
- Actitud de donación y de apertura, de servicio y entrega a los demás.
- Rechazo de todo tipo de egoísmo, encerramiento con sí mismo, de particularismo y de individualismo. La verdadera madurez cristiana es la capacidad de salir de nosotros mismos y ver por las necesidades de los demás.

Donde haya un ser humano maduro habrá un hombre autentico. La autenticidad de la vida es el fruto de la madurez en permanente crecimiento. La vida misma es un continuo dinamismo y desarrollo.

IV. Algunas prioridades a tener en cuenta para la madurez personal y comunitaria

La vida misma es un permanente dinamismo y desarrollo. Partiendo de este supuesto y no pudiendo abarcar toda la realidad, me centro en algunos aspectos que me parecen dignos de seguimiento y de profundización prioritarios en el contexto social y cultural de nuestro hoy.

- **El mundo de los afectos y de las relaciones fraternas interpersonales.** No somos islas egoístas, autosuficientes y satisfechas. Nosotros somos relación y capacitados para crecer en relación. El descubrimiento de la propia vida abre las puertas al "aprendizaje autobiográfico" le llena de sentido dentro del plan salvífico de Dios: "mi propia vida es vida de Dios en mí y en los otros". A menudo la incapacidad de tal aprendizaje desde la vida y para la vida genera las crisis que se derivan del

descubrimiento de las partes inexploradas de sí mismo y que, por ignoradas no son asumidas y menos integradas en la historia personal. Esta situación “disfuncional” provoca desorientación, desidentificación y desamor personales. No en vano, el sentirse desconocido, es una “experiencia desagradable”. Soy un desconocido hasta por mí y camino por la vida sin saber quién y quiénes son los que viven conmigo lo que provoca recelos, desconfianzas en sí mismo y en los otros “apatía”. También provocan miedos a ser conocidos por los otros lo que produce hermetismos como falsa autodefensa, solitariedad (soledad no habitada) y otros...Estas sensaciones dificultan el relacionarse en autenticidad con los otros y cuestionan seriamente cualquier iniciativa de discernimiento y compartir comunitarios. Así se genera la crisis de “no pertenencia comunitaria”. Si ésta no se corrige a tiempo y se le da la importancia que tiene, el religioso “despertencido” está expuesto a cualquier decisión. Y llegara a sentirse “en casa ajena”. La crisis derivara en crisis de perseverancia vocacional. Y si ésta tampoco se atiende con seriedad, tino, cercanía y apoyo desembocara lamentablemente en el abandono vocacional. Estas situaciones son en nuestras comunidades más frecuentes de los que a primera a vista aparece. Cuando creemos que no pasa nada es que está pasando casi lo peor. La comunidad debe ser sensible y consciente de estas duras realidades. Debe discernir con urgencia su identidad como comunidad cristiana y consagrada siendo más de Dios cuya experiencia la constituye (experiencia de Dios) y más humana ganando en una relación más comprensiva, más compasiva y más misericordiosa entendiendo las pruebas y desafecciones desde Dios y su plan salvífico. Así seremos más legibles, más creíbles y más auténticos. Se respira al Dios de Jesús de Nazaret si nos queremos como somos. Huimos de ese Dios si nos desconocemos en lo que somos, sufrimos y amamos. En cualquier caso, debemos pedir a Dios un corazón nuevo y de carne, una sensibilidad nueva con capacidad de con-sufrimiento fraterno. Cuando la afectividad no es sana y con-sufriente hace ya mucho tiempo que Dios no está en casa. La salud afectiva y relacional es indiscutible para la salud comunitaria. La ruptura emocional y vital provoca heridas muy serias en la armonía y estabilidad de la persona: baja estima, baja aceptación de sí y de los otros, incomunicación o comunicación periférica e insustancial, prejuicios nocivos y desequilibrios dolorosos y enfermizos. La pregunta desafiante es la siguiente ¿arrimados o hermanos? Hay que elegir y optar sin términos medios. Escúchate en tu interior y escucha la palabra de Dios y del clamor fraterno.

- **Superación del hombre “light”.** Esta fuera de discusión el hecho de que estamos inmersos en una sociedad light en la que se lleva el “todo es light”: Pensamientos light, voluntad light, comportamiento light, pedagogía light y hasta religiosidad light. Incluso hasta los alimentos y bebidas muchos de ellos, también son light. El “qué más da”, y ¿“esto para qué”?, el “todo vale” “esto mola” etc., y es que cuando todo vale, nada vale. Así de esta manera ni se puede ser en autenticidad ni se puede funcionar con dignidad. El ser humano light tiene cuatro características que le definen: hedonismo, consumismo, permi-sivismo, relativismo. Estas cuatro fieras son capaces de tragar todo y a todos. La persona light, además, padece un exceso de cosas y una escasez cuestionante de valores. Harto y aburrido de la vida, busca una felicidad a la carta. Su pensamiento es débil, frágil, inconsistente y sus convicciones son tambaleantes y poco firmes. Se incapacita para vivir con integralidad, la claridad necesaria, la firmeza y

entrega del ser en comunión de almas y corazones hacia Dios. El permisivismo es un asidero habitual que le entretiene pero que le deja vacío. Esta vaciedad, si no se detecta a tiempo, contamina el ambiente, le enrarece y le hace invivible. Hace mucho daño, sobre todo, si se cobija bajo el manto de la falsa caridad, de la “compensación facilona” y sensible y el aguante mortificante. Se alimenta de incoherencia, incomunicación e irresponsabilidad. Tendremos que volver a valorar la dignidad, la vida profunda, la razón humilde, el esfuerzo generoso, la coherencia sin límites y la voluntad de servicio. En estas situaciones es preferible objetivar comportamientos, aclarar motivos, activar medios, favorecer el discernimiento oportuno y el leal y coherente compromiso responsable. En nuestro caso también de fe humilde, inquieta y abierta a la ayuda fraterna. Todo esto vivido con limitaciones, pruebas, sacrificios y entrega. En cualquier circunstancia son valores irrenunciables.

- **Acercamiento al hombre “sólido”.** Éste se esfuerza y se compromete. Es consistente, profundo y naturalmente auténtico. Se sobrepone al escepticismo, al cinismo grosero reinante, a las superficialidades de las nuevas técnicas de comunicación y de socialización. Vive la vida y su vida con amor y sacrificio. En consecuencia el hombre sólido es maduro, reflexivo y sabe lo que busca y cómo lo busca, lo mantiene y acrecienta. Es una persona madura en permanente proceso de crecimiento y superación. Sus acciones encajan dentro de la normalidad de su existencia. La madurez es sólida. Se alimenta de coherencia y comunicación. También de fe sencilla, inquieta y abierta a la ayuda fraterna. Donde hay un ser humano sólido hay también un hombre auténtico. La autenticidad de vida y de acción es fruto de la persona convencida, madura y por tanto, alegre y esperanzada. La falta de madurez, y en la medida que se dé, es el cementerio de los buenos proyectos y causa de inestabilidad permanente y progresiva.

Les presento este cuadro significativo por si les puede servir para el discernimiento personal y comunitario.

Persona Inmadura	Persona Madura
Superficialidad	Profundidad
Impulsividad	Reflexión
Inestabilidad	Constancia
Sentimentalismo	Carácter
Satisfacción	Capacidad de sacrificio
Autoestima exagerado	Humildad
Subjetivismo	Objetividad
Extremismo	Equilibrio
Egoísmo	Apertura
Dependencia	Autonomía

- **Estimular el hábito al trabajo honrado, constante y creativo.** Sea cual sea la edad y cónsono con ella. La persona se expresa a sí misma en la obra de sus manos, de su inteligencia y voluntad. Esta actitud de laboriosidad le permite permanecer con los

pies en la tierra, conocer sus propios límites, afrontar y superar dificultades e imprevistos, educar el sentido de responsabilidad y de participación en el trabajo con los otros. Se deben evitar los extremos que por definición son nocivos. El exceso de trabajo instrumentaliza la vida y sus manifestaciones. Vivir solo para trabajar enfría el alma y los ideales altruistas de la vocación. También se dejan a un segundo plano los valores esenciales que nos definen y explican. No hay tiempo para los afectos, para la comunicación fraterna, para la alegría festiva, para el descanso reconstituyente. La vida se institucionaliza mientras la persona abandonada a su suerte, no valorara ni la oración tranquila, cercana, frecuente, liberadora de ataduras y provocadora del sentido vital y transcendente. Tampoco la vida de fraternidad con sus defectos, pruebas, diferencias, etc. Pero guiada por la fuerza de Dios que nos hace hermanos viviendo en comunidad la comunión de vida. La vida se legitima por el trabajo y se vive para trabajar. Como generalmente se trabaja bien y es reconocido, crea adhesiones y dependencias diversas. Al principio no se es consciente de esta realidad. Pero poco a poco los afectos se enredan, confunde y desorientan la jerarquía de valores. Esta confusión produce ambigüedad, vacío existencial de consecuencias imprevisibles. La droga del trabajo droga la vida entera. Aparece la dicotomía perjudicial y lamentable, se va perdiendo la alegría de vivir la vida por lo que es en fidelidad creativa, sacrificada y necesaria. Se pasa a no saber estar sin hacer nada. Se pierde la dimensión profunda del vivir tranquilo y sereno gozando de la belleza personal y comunitaria. Se pierde el gozo contemplativo mirando, no sólo viendo, la belleza personal y comunitaria. Por ejemplo: yo soy bello por que Dios me ha hecho así los demás, también lo son porque Dios los hizo así y todos también somos bellos porque son regalo de Dios para mí. Y los necesito para ser yo. Esta actitud valora la autoestima y la heteroestima. Nos permite relacionarnos viendo lo positivo de cada cual y a contar ellos como aceptación de Dios en la prueba pero sobre todo en la alegría, en el entusiasmo, en la búsqueda, en la complementariedad y subsidiariedad hasta los defectos nos unen más como personas por que también los árboles se unen por sus heridas. Hasta ennoblece la dura cruz que nos toque vivir. Y Jesús ¿Qué hizo y a que nos invita? El cargó con nuestros dolores y pecados y así nos hizo hijos. Pensemos. También hay que temer a los que no tienen tiempo más que para hacer casi nada y lo hacen sin pudor y sin vergüenza. Esta actitud favorece el vacío vocacional, el cotilleo de pasillo, los juicios y prejuicios atrevidos y el acostumbrarse a vivir irreverentemente del trabajo de los demás. Quizá nuestros itinerarios formativos (formación inicial y permanente) no siempre tienen suficientemente en cuenta estas dimensiones. No es honesto el no trabajar pudiendo hacerlo y siempre teniendo en cuenta la edad, la capacitación, la salud, etc... tampoco lo es el que dice que no trabaja pero que sí trabaja hasta la extenuación; o la de aquel que dice que sí trabaja y no trabaja lo suficiente aludiendo diversas excusas. Hay que ser honrado y educar para el trabajo es básico en el concepto cristiano de la vida, en la realización personal y en el gozo profundo de servir entregando la vida por los otros sea quien fuere.

- **El manejo adecuado de las pruebas frustraciones y hasta de los conflictos.** Las pruebas, las frustraciones y hasta los conflictos son una realidad con la que tenemos que contar y nos acompañarán durante el resto de la vida. Son normales: nacen de nuestro ser creatural. Son buenas: oportunidades de crecimiento y son necesarias

porque sólo se crece en la crisis y en la prueba. Lo desafiante es saber cómo manejarlas para que sean oportunidades de crecimiento. Desde la infancia, la vida reserva a cada uno experiencias límite que nos ponen en cuestionamiento posterior, dañan la imagen personal y social que tenemos de nosotros mismos e impiden tener todo lo que queremos y cómo lo queremos. Si éstas no son reconocidas, llamadas por su nombre, se transformarán en un verdadero y propio veneno que no permite a la persona afrontarlas en los distintos ciclos de la vida. La experiencia de frustraciones acontece también en comunidades. Basta pensar en el ámbito de la vida fraterna en comunidad y de los distintos ministerios. Una atención y elaboración insuficiente o inexistente de las mismas está sin duda y, quizá, en la base de muchas crisis y abandonos sobre todo, durante los diez primeros años de actividad apostólica. Esto ha sucedido siempre. Y lo normal es que seguirá sucediendo. Antes, cuando esto pasaba, se recurría sólo a los medios espirituales como tener más fe, oración, aguante, etc...Ahora, se recurre a los recursos psicológicos, pedagógicos, técnicos y profesionales. Es decir, a lo místico y ascético se suma también lo científico y lo profesional. En este contexto la formación (inicial y también permanente debe ser seria, exigente, programada, discernida y evaluada de tal forma que haya una progresiva integración entre la exigencia evangélica de la radicalidad y el respeto a la libertad original de la persona. Debe ser también “experencial”, es decir, que logre traducir en vida lo que se aprenda, en clima de libertad y responsabilidad. Ni la formación de internado ni la complacencia arreglará algo, más bien lo confundirá bastante más. Por supuesto que si se trata de pruebas patológicas debe consultarse a los profesionales especialistas, los cuadros psicóticos deben tratarse con dignidad, valentía y esperanza.

V. Núcleo de la madurez cristiana.

La resumiré en los siguientes puntos que considero de vital importancia:

- **La centralidad de la fe.** Entendida como encuentro personal con el Señor y de viva amistad con Él. Es esencial para la vida consagrada. Es un aspecto que nunca debe ser ignorado y menos darse por supuesto. Necesitamos un crecimiento más orgánico de la vida de fe especialmente en relación con la dimensión eclesial.
- **La experiencia de fe.** Es sostenida por los siguientes pilares que considero fundamentales: la escucha orante y obediente de la Palabra de Dios contenida en la Escritura, en la vida y en los otros; la vida sacramental especialmente la Eucaristía, celebrada, adorada y vivida y la Reconciliación, como caricia y ternura de Dios y como instrumento privilegiado para el encuentro amistoso, compasivo y misericordioso con el Dios Trino, con uno mismo y con la fraternidad.
- **Amor a la Iglesia y a la Comunidad.** Es urgente recordar que esta experiencia integral de fe vivida en el contexto de la Iglesia y en comunión afectiva y efectiva con ella, en comunión fraterna de vida y en vida de comunidad, alimenta, enriquece y testifica la maternidad eclesial de la Iglesia. La Iglesia es el lugar en el que la fe es recibida, en ella madura, crece y desde ella es anunciada y testificada.
- **Potenciar la interioridad.** No podemos negar que la escasa interioridad de una auténtica experiencia de fe, especialmente en clave personal, influye con fuerza, y creo que decisivamente, en la infidelidad vocacional. No olvidemos que la fe esperanzada y expresada en caridad es la que sostiene y motiva a permanecer fieles a la respuesta

dada ante la llamada divina permitiendo a nuestra dimensión humana florecer mejor según el deseo y el proyecto de Dios inscrito en nuestra historia personal, eclesial y fraternal al servicio del hombre de hoy.

- **Actualizar nuestra vocación misionera** para evitar el riesgo de una vida consagrada demasiado limitada por las necesidades del propio yo. Esta dimensión no puede ser desvalorizada o reducida a “experimentos”. La dimensión misionera nos ayudará a tener un vigilante sentido crítico y de confiada atención (V.C 98; 1996) a los problemas del mundo contemporáneo y ser interlocutores idóneos de la cultura actual y capacitación para un dialogo fecundo con ella.
- **Urgir una formación intelectual adecuada** para dar razón de la propia opción vocacional y a poner el Evangelio en el corazón de la cultura y de las culturas de hoy.

VI. Madurez Vocacional

Con anterioridad recalcamos la necesidad de cultivar una visión dinámica de la identidad- identificación personal, comunitaria y carismática de la Vida consagrada para sostener una fidelidad creativa. En este contexto me referiré a tres puntos:

- **Educación para la estabilidad y para el cambio**, aunque parezca una contradicción, viviendo en tiempos de cambios rápidos y continuos y asumiendo una visión dinámica de la persona en las distintas estaciones de su vida. Creo que debemos seguir insistiendo en la permanencia de ser sólidos y firmemente estables en lo esencial mientras que, al mismo tiempo, se está en continuo cambio de desarrollo y de crecimiento. La madurez vocacional no es un estado fijo sino un equilibrio dinámico de todos los componentes de la persona que la mantiene sana psíquicamente y moralmente, y creativa en sus opciones. Sostener un camino como éste, nos ayudará a todos a afrontar las crisis de estabilidad y las fases de cambio de manera más creativa. El documento “*Potissimum Institutionis*”, 1990 lo recordaba con claridad: “La formación continua ayuda al religioso a integrar la creatividad en la fidelidad, porque la vocación cristiana y religiosa requiere un crecimiento dinámico y una fidelidad en las circunstancias concretas de la existencia, lo cual exige una formación espiritual interiormente unificante, pero flexible y atenta a los acontecimientos de la vida personal y de la vida del mundo.” (Nº 67).
- **Dar perspectivas de futuro y alimentar la esperanza.** La Vida religiosa no puede transmitir un sentido pesimista del llamado vocacional y de cansancio fruto de la desmotivación, del despiste o del estado de desánimo. (Cfr. CdC, 12). Hacer esta lectura nos llevaría inevitablemente a todos a perder el sentido del futuro posible y de la esperanza cristiana como desafío providente y como ideal por el cual merece la pena dar la vida y también resistir en la prueba. Aún cuando no sepamos el cómo y el cuándo, sabemos que el Espíritu Santo es el que nos empuja hacia el futuro (V.C. 110) y que por ello hay motivos para seguir mirando hacia adelante, y para seguir remando mar adentro.
- **Alimentarse de una espiritualidad encarnada en el mundo y en la historia.** La Vida consagrada debe permanecer dentro de la historia y del mundo. De esta manera su propuesta se transforma en algo más evangélicamente atrayente siendo también más sólida la motivación para permanecer. La Vida consagrada hoy no puede vivirse

en paralelo a los grandes cuestionamientos de la historia, cultura, realidad del hombre de hoy. Debe estar interesada por lo que es humano pero marcado por la diferencia evangélica de la cruz en relación con la mundanidad precisamente a través del compartir, de la compasión y misericordia. Solo una apertura así hace que la vida religiosa sea creíble, legible y salvadora. ¡Qué gran noticia!

VII. Somos amor de Dios en vasos de barro.

Ya hemos reflexionado sobre la necesidad de la madurez personal y alguna de sus repercusiones en la comunión de vida y vida de comunidad. La realización personal, la realización fraterna cordial y amorosa en tensión permanente hacia la felicidad posible necesita también de la dimensión trascendente, principio y fin de nuestro ser y discurrir como personas y personas consagradas. N.P.S. Agustín “No hay felicidad donde no hay amor.”. Esta felicidad se logra y consume en el amor. Algunas consideraciones sobre la vida consagrada desde el amor de Dios:

- **Dios es amor.** Amor infinito, pleno, definitivo, eterno, compasivo y misericordioso, capaz de satisfacer todas las aspiraciones nobles del ser humano.
- **La Iglesia es Amor.** Amor compartido y en permanente relación de amor. La Iglesia es misterio de amor salvífico, penetrada por la divina presencia (acontecimiento fontal); misterio de comunión (unión común expresada en fraternidad) para la misión salvadora (anuncio del Reino). La misión encierra un significado trinitario y Teologal. Nace de la caridad del Padre, actualiza en cada momento de la historia, la misión del hijo y la conciencia misionera de la Iglesia y se hace posible por el Espíritu Santo. Es, además, don del Espíritu Santo y tarea histórica contextualizada como “diaconía” de la caridad, diálogo interreligioso, intercultural y compromiso humanitario y samaritano. Es, por tanto, ministerial, carismática. Es pueblo de Dios (desde el Padre), Cuerpo de Cristo (desde el hijo), templo del Espíritu (desde el Espíritu).
- **La vida religiosa es amor.** Amor de Dios que elige, seduce y llama al hombre a su seguimiento y consagración especial de por vida, íntimamente unido a Él. Pero también es respuesta humana de amor al AMOR, que debe ser discernido y experimentado, probado y sufrido, gozado y exaltado, armónico y plenificador. Para ser fiel se necesita una madurez adulta, de esperanza, caridad ardiente. La vida consagrada es además escuela de madurez integral y de experiencia profunda de fe. No se entiende un amor verdadero a Dios si no es humano haciendo hermanos como tampoco se entiende la fraternidad sin un amor verdadero a Dios.
- **El seguimiento especial de Jesús es amor y comunitario.** “Dejándolo todo le siguieron.”. El fundamento evangélico de la Vida consagrada se debe buscar en la especial relación que Jesús, en su vida terrena estableció con algunos de sus discípulos invitándoles a acoger el reino de Dios en la propia vida, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su forma de vida. Tal existencia cristiforme es posible sólo desde una especial vocación y es un don del Espíritu. Este “especial seguimiento” tiene una connotación esencialmente cristológica y pneumatológica, manifestando así de modo particular y vivo el carácter trinitario de la vida cristiana, de la que anticipa, de alguna manera, la realización escatológica a la que tiende la Iglesia (V.C. 14)

- **La consagración religiosa es también amor.** Es la realidad que mejor expresa el ser y el contenido de la vida consagrada. Es una donación de amor de Dios a la persona y de la persona a Dios. Esta donación mutua debe ser total, absoluta, exclusiva e inmediata. Sólo el amor explica la mutua donación. La consagración religiosa se explica desde Cristo, primer consagrado en su humanidad y único que consagra a la humanidad en sí mismo al Padre en el Espíritu. La consagración se realiza en la Iglesia y para la Iglesia. Ésta es el ámbito querido por Dios de nuestra inserción en Cristo.

- **Nosotros somos también amor.** El religioso es un:

- **Hombre normal**, con sus alternancias características normales debida a su personalidad y que debe atender con criterio de normalidad para favorecer su integridad y expresividad física, psicológica, emotiva, intelectual, religiosa. etc.

- **Creyente cristiano**, seguidor y discípulo de Jesús al que constituye como centro y razón de su vida y se compromete a ser consecuente con obras y palabras para que el Reino fructifique en él. Frecuenta la palabra de Dios, recibe los Sacramentos, y es sensible a las necesidades del hombre y su entorno.

- **Consagrado a Dios, por Cristo, en el Espíritu**, que perfecciona y completa la consagración inicial del Bautismo y que ha decidido seguir a Cristo en mayor libertad y más de cerca (P.C.1). Lo que significa un cambio radical que lo podríamos sintetizar de la siguiente manera:

- **Adhesión total** a la persona, a la comunidad de Jesús, a su mensaje y a su destino.

- **Consagrándose totalmente a Él** haciendo de sí mismo un don absoluto e irrevocable.

- **Comparte su vida**, misión y destino redentor con Cristo.

- Toma como norma viviente de la propia existencia a Cristo pobre, virgen y obediente. Cristo es criterio inmediato, motivación radical, norma viva y realista de su vida y comportamientos.

- **Se convierte en donación total de sí mismo** en medio de la comunidad cristiana como signo vivo presencializando entre los hombres su mismo proyecto de vida.

- **En la Iglesia y para la Iglesia** como misterio de comunión, donde y desde donde se nos comunican los dones particulares de la gracia. Los consejos evangélicos son don divino que la Iglesia recibió de su Señor (L. 6,43)

Aun siendo indudable que “lo importante es amar”, es preciso subrayar que “no hay amor cristiano sin fe cristiana y sin esperanza cristiana.”. “Este es mi mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo y que nos amemos unos a otros según el mandamiento que nos dio.” (1 Jn. 3,23)

VIII. Para el discernimiento personal y/o comunitario les presento las siguientes convicciones:

- ¿Qué necesita la Vida consagrada hoy para ser más consecuente con la fidelidad creativa en tiempos de cambio como los nuestros tanto personal como institucionalmente? Sean concretos por favor.

- La Vida consagrada debe estar abierta al Espíritu y a la fraternidad desde el Espíritu y necesita ser sensible a un clima de responsabilidad y de libertad, de familiaridad en el que sea posible y normal una comunicación profunda a nivel de

actividades de pensamientos de sentimientos y de fe. ¿Qué sentimientos despierta en ti esta realidad? ¿En qué se debe cambiar y en qué se debe fortalecer?

- Es una obligación de amor el propiciar la pasión por Cristo y por el hombre lo que exige personal y comunitariamente una actitud humilde, solidaria, integral, progresiva, y providente. ¿Te suena a utopía o a compromiso? Comparte fraternalmente para contribuir así a un crecimiento más auténtico, real y evangélico de nuestras comunidades.
- “Sé en quien tengo puesta mi confianza” (II Timoteo 1,2). ¿Cómo es tu experiencia de amor con Cristo, con la comunidad, con la vida que nos ha tocada vivir? Sería bueno compartir estas experiencia tan “tuya” para que sea “tan nuestra “y tan “de Dios”. Prueba desde el amor humilde y sacrificado. QUIERES, PUEDES, DEBES. Escucha al Espíritu. Te dirá cosas nuevas que renovarán tu personalidad.

PARA LA REFLEXIÓN EN COMÚN: Dialogar las respuestas dadas a las 4 preguntas anteriores.

TEMA 4:

CRECER EN LA VIDA COMÚN:

El ideal de vida en la Regla de San Agustín: relaciones personales fraternas, perdón y olvido de las ofensas, interés por las cosas comunes. Homologación entre el plan personal de vida y el plan de vida de la Comunidad.

OBJETIVO: Valorar la Comunidad como un proyecto común y desafiante, en que realidades claves como autoridad y obediencia aparecen como facetas de la Caridad, único motor de la vida comunitaria.

Si los temas anteriores han tenido sentido en nuestra reflexión espiritual, y que a estas alturas nos hallaremos muy de acuerdo con su contenido, demos un paso adelante y preguntémonos ¿Cuál es el camino ideal para vivir la vida común desde San Agustín? Sabemos que las buenas intenciones no bastan, que los proyectos comunitarios en que no hay reglas porque no se consideran “necesarias”, tarde o temprano zozobran, y en último tiempo, sabemos bien que somos seres de carne y hueso, anclados a nuestra realidad, tiempo, espacio y circunstancias. Por ende, necesitamos de una guía clara que ilumine objetivamente nuestro ser completo, carne, hueso, realidad, tiempo, espacio y circunstancias.

Durante el siglo IV de nuestra Era, una vez que el Cristianismo tomó carta de ciudadanía en el Imperio Romano, desde el Edicto de Milán que la reconoce como religión lícita (año 313) hasta el Edicto de Tesalónica que el 380 lo instituye como religión oficial, surge una reflexión en el seno de la Iglesia, una vez afligida en medio de las persecuciones, y cuyo modelo perfecto de seguimiento de Jesucristo lo constituía la figura del mártir, testigo de Jesucristo que, no importando la edad ni su condición, no sólo era un modelo de seguimiento del Señor durante su vida, sino -y sobre todo- con su muerte. Esta *espiritualidad martirial* es claramente manifiesta en la estructura del relato del martirio de Esteban, en Hc 6,8 – 8,3, cuyo proceso, discurso, muerte y sus últimas palabras hacen eco al proceso, crucifixión y muerte del Señor en los relatos de la Pasión.

La pregunta que engloba la reflexión eclesial de aquel tiempo puede formularse de este modo: ¿Cómo seguir a Cristo de modo perfecto, en las nuevas circunstancias que nos toca vivir? Se trata de una pregunta que evoca otra, presente en el Evangelio: *Maestro bueno, ¿Qué debo hacer para tener en herencia vida eterna?*¹ Dos respuestas surgen, casi de forma paralela, en la comunidad cristiana: la primera hacía énfasis en la figura del *Obispo*, pastor de la Iglesia, protagonista de las luchas por garantizar la pureza del mensaje de Jesucristo en el seno del Cristianismo, frente a las herejías que presentaban un mensaje sesgado y contaminado por doctrinas ajenas al Evangelio. Los primeros concilios, que se desarrollan en esta época, son la mejor muestra de la solicitud de los obispos con la vehemencia en la defensa del Evangelio y la precisión

1 Mc 10,17.

teológica para definir, utilizando a menudo categorías nuevas, tomadas de la filosofía, el depósito de la fe cristiana. Su solicitud en el ámbito doctrinal estuvo siempre acompañada por la solicitud pastoral, llegando a ser iconos vivos de Jesús Buen Pastor en medio de las comunidades en que servían. Nuestro Padre San Agustín es un ejemplo de esta realidad que encarnaron muchos otros grandes hombres que protagonizaron la época patrística durante los primeros siglos de la vida de la Iglesia.

La segunda respuesta será el objeto de nuestra reflexión: surge, en la época que estamos describiendo, una sed de seguimiento radical que llevó a muchos a la soledad del desierto, primero en forma individual y luego, algunos iniciaron una experiencia de vida común en que todo bien material formaba parte del patrimonio común. En las últimas décadas, en que nuestra mirada hacia el mundo en que vivimos está lejos de ser dualista y la reflexión de la Iglesia ha iniciado un camino para reconocer los signos de los tiempos en medio de nuestro mundo, la opción radical de los cristianos que iban al desierto puede parecernos extraña: el concepto de *fuga mundi* podría ser evaluado por nosotros como falta de compromiso con las realidades temporales, dualismo espiritualista u otros términos similares. El motivo de la fuga, sin embargo, es otro. Nos lo explica un Padre de la Iglesia, San Atanasio de Alejandría, contemporáneo de Nuestro Padre San Agustín, quien describe en su difundida *Vida de San Antonio* las palabras de los demonios mientras San Antonio se adentraba en la soledad: *¡Ándate de nuestro dominio! ¿Qué tienes que hacer en el desierto? Tú no puedes soportar nuestra persecución.*

La certeza de que el Imperio se había hecho cristiano impulsó a muchos a buscar nuevos territorios de lucha. El solitario (*mónachos*, en griego, de donde deriva nuestra palabra *monje*) es, ante todo, un soldado de Cristo que desea imitar al Señor y vencer las tinieblas dentro de sí. Para ello, se adentra en la guerra espiritual como garantía de radicalidad de su seguimiento, sin buscar consolaciones, sino el sacrificio y la lucha. En griego lo llamamos *ascesis*.

***Los que así hablan, claramente dan a entender que van en busca de una patria, pues, si pensaban en la que habían abandonado, podían volver a ella. Por el contrario, aspiraban a una mejor, a la celestial.*²**

Puede ser que, a estas alturas de nuestro tema, hayamos perdido el interés por él a fuerza de haber insertado una historia que no nos habla mayormente. Todos esos relatos de demonios, desiertos y sacrificios, ¿qué pueden decir a nuestro tiempo, a nuestras categorías, a nuestro modo de vivir el carisma agustiniano en un mundo al cual dirigimos positivamente nuestra mirada de fe? ¿No parecen ser fábulas extemporáneas?

Para respondernos a esto, debemos discernir interiormente: Conceptos como la vida espiritual, ascesis y la coherencia a la propia vocación, ¿qué peso tienen en nuestra vida actual? Naturalmente, si esta pregunta viene formulada en un salón lleno de religiosos, todos admitiríamos al unísono que estos conceptos revisten una

2 Hb 11,14.

importancia singular en nuestra vida. Sin embargo, en el sagrario de nuestra conciencia, ¿realmente es así?

En otro sentido, estas ideas se podrían refutar diciendo: *las prácticas de penitencia forman parte de una forma arcaica de vida religiosa, de corte intimista. Nosotros, para quienes la comunidad es el pilar de nuestra vida religiosa, estimamos que nuestro grado de entrega al otro constituye la verdadera ascesis, y no esas cosas del pasado.* Quienes se esfuerzan por vivir la conversión a través de una rica vida interior, no podrían estar del todo de acuerdo con esta afirmación: no se trata de oponer el individuo a la comunidad, sino que el individuo enriquezca con su santidad personal a todo el conjunto de quienes se han congregado, justamente para vivir la plenitud de la santidad, que es el amor, como lo manifiesta claramente el preámbulo de la Regla. No hay, o no debiera, existir una separación entre mi vida espiritual y mi amor oblativo al prójimo por amor a Dios. Sin amor, o al menos sin un proyecto de vivir el amor como consigna fundamental de la vida cristiana, es imposible vivir el Evangelio al modo agustiniano, como los primeros monjes, movidos por el amor a Jesucristo, decidieron seguirlo hasta las últimas consecuencias en la soledad y el silencio, para encontrarse con Él y dejar que la luz de su presencia les transformara todo su ser.

***Si pertenecemos a Cristo Jesús, ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen eficacia, sino la fe, que actúa por la caridad*³**

La ascesis, para que sea verdadera, no se basa en sí misma, porque no puede ser un fin en sí mismo. La ascesis, y todo tipo de sacrificio en nuestra tradición cristiana, es únicamente la posibilidad de purificar el corazón y la vida para la meta fundamental de nuestra vida, cristiana y religiosa: *ver a Dios*. Fue el ideal que impulsó a los primeros discípulos, que murieron martirizados por su fe y, como decíamos, fue lo que impulsó a los monjes, *atletas de Dios*, que dieron el buen combate conservando la fe y mereciendo la corona que no se marchita. Incluso en la soledad del desierto, una vocación aparentemente tan alejada del resto de los hombres, el monje desarrollaba un apostolado de paternidad espiritual a todos quienes acudían a pedirle un consejo. Testigo de este verdadero ministerio pastoral es la rica colección de *Apotegmas de los Padres del Desierto* que, desde el siglo IV en adelante, reúne las sentencias de sabios monjes y monjas que vivieron en los valles que circundan el Nilo, en Egipto.

En la tradición monástica agustiniana, la dimensión pastoral adquiere una riqueza única en cuanto fruto de la vida espiritual y la vida comunitaria. En el Norte de África, el monacato agustiniano no busca el desierto como condición *sine qua non* para encontrar a Dios, sino que, para Agustín, el *lugar teológico* es la comunidad. Permanece vivo en su seno el ideal que, desde su conversión, movió a Agustín a vivir la primera experiencia comunitaria en la finca de Casiciaco:

-¿Por qué quieres que vivan o permanezcan contigo tus amigos, a quienes amas?

*-Para buscar en amistosa concordia el conocimiento de Dios y del alma. De este modo, los primeros en llegar a la verdad pueden comunicarla sin trabajo a los otros.*⁴

3 Ga 5,6.

Sin temor a equivocarnos, podríamos afirmar que la vida espiritual personal, la comunidad y el apostolado forman una trilogía inseparable, de la que ningún elemento puede ser quitado sin comprometer algún otro. El cemento que mantiene unidos estos tres elementos es siempre, para Agustín, la *caritas*, el amor.

La *caritas* cristiana, a la cual el Apóstol Pablo dedica el capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios, constituye para Agustín el punto central de la Regla. Todo nace de ella, como también todo se encamina a ella. Recordar la centralidad de la caridad en nuestra vida religiosa constituye el desafío de leer y releer este precioso capítulo de la Escritura y, al mismo tiempo, hacer un examen de conciencia respecto de nuestras actitudes de cada día.

Permitámonos, pues, releer algunos conceptos claves del capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios a la luz de nuestra reflexión sobre la comunidad agustiniana.

La caridad se alegra con la verdad⁵

Cuídense de no practicar su justicia delante de los hombres para que los vean; en tal caso no tendrán recompensa del Padre de ustedes que está en los cielos, nos dice el Señor en el Evangelio⁶. A menudo, podríamos vernos en la situación de vivir en función de la aprobación de los demás. ¿Qué motivos tendríamos en hacerlo, siendo que nuestra recompensa será grande en los cielos, si vivimos según el espíritu de las Bienaventuranzas?⁷

Una primera respuesta puede ser la *inmadurez*, sobre todo en los primeros años de la Vida Religiosa. En esta etapa, la constante evaluación de un formador y su equipo marca el paso de los avances de un joven religioso en formación. En el clima de familiaridad y confianza que debe primar en la comunidad formativa, no pocas veces los jóvenes no tienen la suficiente maduración para vivir gozosamente su tiempo formativo y su vida en la comunidad se resume en contentar al formador, quedando de lado la actitud interior, que debiera ser el motor de todo lo que se hace.

Pero este tema no sólo está presente entre los más jóvenes. En las comunidades con una fuerte vida pastoral, el reconocimiento y el cariño demostrado por el Pueblo de Dios puede transformarse a menudo en una *droga* para el religioso que ha perdido algo de la riqueza de su vida interior, y desembocando en una actitud por una parte activista (con las consiguientes justificaciones en cuanto a la calidad de su trabajo) y por otra, desarrollando su apostolado para ganar el aplauso de la gente. En este sentido, anunciarse a sí mismo y callando los contenidos del Evangelio que pudieran resultar incómodos a la gente que se acompaña es la consecuencia lógica de esta propia y verdadera esclavitud que se verifica en el corazón del religioso, quien queda, ante los ojos de la Palabra de Dios, como un vigía ciego, *no hay ninguno que se entere*;

4 AGUSTÍN, *Soliloquios* 1,12,20.

5 1Co 13,6.

6 Mt 6,1.

7 Cf. Mt 5,12.

*todos ellos, como perros mudos, no saben ni ladrar; y los videntes se acuestan, habituados a dormir... cada uno tira por su lado, cada cual dedicado a su medro.*⁸

*Si escuchas los mandamientos del Señor, tu Dios, que hoy te prescribo, si amas al Señor, tu Dios, y cumples sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos, entonces vivirás*⁹

Y sin embargo... la caridad está asociada, en el Nuevo Testamento, al concepto de obediencia. La verdadera obediencia, la de Cristo, es el supremo acto de amor al Padre celestial. A este respecto, la obediencia no resulta un concepto muy popular. Ni siquiera se le considera como un valor, sino como una imposición. Dentro del tesoro valórico de nuestra fe cristiana, la obediencia es, a todas luces, un camino *contracorriente*: nuestra sociedad contemporánea mira con ojos sospechosos todo lo que tenga que ver con someter la propia voluntad a un sistema o institución. La libertad, tal como hoy se comprende, involucra la liberación de todo lastre y sumisión e invita al hombre a crearse a sí mismo, sin “ataduras” que lo limiten. Por una parte, se otorga un valor supremo a la conciencia del hombre en cuanto medida de todas sus acciones y decisiones, pero al mismo tiempo, el justo aprecio por la individualidad del hombre va de la mano con una situación inédita de abandono en que el hombre mismo se encuentra, ya que ni en la escuela, ni en muchos casos en familia, halla las herramientas para adquirir los valores que regirán su existencia. El saber técnico, el hacer, predomina en las cátedras de las universidades y en los pupitres de las escuelas, mientras que las disciplinas humanistas, que los antiguos llamaban *liberales* (esto es, las disciplinas destinadas a los hombres libres) retroceden en los programas educativos de nuestras naciones, para dar paso a contenidos que formen sujetos aptos únicamente para la productividad laboral. El sujeto, bajo el estandarte de la libertad, queda por una parte a merced de sus sentimientos y pasiones y, exteriormente, permeable a cualquier influencia del entorno social al verse desprovisto de una medida crítica que le permita ser un *hombre de conciencia*.

*Un hombre de conciencia es el que, a precio de renunciar a la verdad, nunca compra el estar de acuerdo, el bienestar, el éxito, la consideración social y la aprobación de la opinión dominante.*¹⁰

A la luz de estas consideraciones, estamos llamados a mirar críticamente las propuestas de libertad que, de modo tan facilón, bombardean las conciencias de nuestro pueblo, y también las nuestras, si perdemos de vista lo fundamental de nuestra espiritualidad cristiana: un diálogo paterno-filial con un Dios amoroso que nos propone un camino de vida eterna que pasa por la adhesión a un proyecto de vida: transformarse en discípulo de Quien es la Verdad hecha carne, Jesucristo el Señor.

⁸ Is 56,10.11.

⁹ Dt 30,16.

¹⁰ RATZINGER, J.: *El elogio de la conciencia*. Lección Magistral, Aula Magna del Rectorado de la Università degli Studi di Siena, 1991. In: *El Elogio de la Conciencia: La Verdad interroga al corazón*, Ediciones Palabra, Madrid, 2010, p. 22.

La caridad no busca sus propios intereses¹¹

Partamos diciendo que vivir la caridad bajo el signo de la obediencia, rasgo fundamental en la Regla de nuestro padre San Agustín, nos asegura un auténtico seguimiento de Cristo. Para nuestro padre, seguir a Cristo es imitarle: *Ahora bien, Cristo, como él es la verdad y la vida que existe junto al Padre, la Palabra de la que se dijo: "La vida era la luz de los hombres"*¹²; *como él es la verdad y la vida que existe junto al Padre, y nosotros no teníamos por dónde ir a la verdad, el Hijo de Dios que es siempre la Verdad y la vida en el Padre, al asumir al hombre, se hizo camino. Camina por el hombre y llegas a Dios. Vas por él y a él vas. No busques por dónde llegar a él fuera de él. Efectivamente, si él no hubiese querido ser camino, estaríamos siempre extraviados. Así, pues, se hizo camino por donde ir. No te digo: «Busca el camino». El camino mismo ha venido hasta ti: levántate y camina.*¹³

Cristo, *hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*¹⁴, señala el camino de la obediencia amorosa al Padre como el culmen de su obra de redención. Misteriosamente, cada uno de nosotros estamos llamados a vivir el consejo evangélico de la obediencia como un camino de respuesta amorosa al Padre. Dice San Pablo en la carta a los Romanos: *Nosotros, los que somos fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no complacernos a nosotros mismos. Que cada uno trate de agradar a su prójimo para el bien y la edificación común. Porque tampoco Cristo buscó su propia complacencia, como dice la Escritura: "Cayeron sobre mí los ultrajes de los que te agravian"*.¹⁵

*Esta obediencia y docilidad no es algo teórico, sino que está bajo el régimen de la encarnación del Verbo: docilidad y obediencia a un fundador, docilidad y obediencia a una regla concreta, docilidad y obediencia a un superior, docilidad y obediencia a la Iglesia. Se trata de una docilidad y obediencia concreta.*¹⁶

Es justamente aquí donde el ideal, que podemos formularlo tan bellamente, se aterriza en nuestra vida concreta, y comienzan los problemas. No siempre es fácil calibrar el peso de estas palabras, sobre todo cuando su cumplimiento conlleva sacrificio, sufrimiento y renuncia.

Puede suceder, como consecuencia lógica de lo anterior, que un religioso se haya acostumbrado a vivir únicamente en virtud de sus *intereses personales*, los cuales están en primer lugar en su vida, antes que el interés de la comunidad. Cuando unos y otros coinciden, todo parece estar bien, pero el conflicto se desencadena cuando la

11 1Co 13,5.

12 Jn 1,4.

13 SAN AGUSTÍN, *Sermón* 141,4,4.

14 Flp 2,8

15 Rm 15,1-3.

16 S.S. FRANCISCO, *Homilía en la Fiesta de la Presentación del Señor* (2 febrero 2015), XIX Jornada de la Vida Consagrada.

obediencia le solicita abandonar aquello que tenía por importante. En estos momentos críticos se verifica lo que cada uno ha construido en su corazón, y dónde está su tesoro. Es cierto que muchas veces se nos ha pedido tomar opciones valientes y, por ello, dolorosas, sobre todo cuando hemos compartido la fe con personas por muchos años... son los tiempos de Dios en que se nos recuerda cuál es nuestra verdadera meta y dónde ha de estar nuestro verdadero tesoro. Aceptar y amar el *bien común* es un ejercicio de verdadera ascesis, ya que muchas veces toca las seguridades que han formado parte de nuestra vida. Hemos de aprovechar este momento como una auténtico tiempo de Dios, que nos recuerda las palabras del Maestro: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame*.¹⁷

*Es oportuno recordar, a este propósito, las palabras de Pablo VI: «Debéis experimentar algo del peso que atraía al Señor hacia su cruz, este 'bautismo con el que debía ser bautizado', donde se habría de encender aquel fuego que os inflama también a vosotros¹⁸; algo de aquella «locura» que san Pablo desea para todos nosotros, porque sólo ella nos hace sabios¹⁹. Que la cruz sea para vosotros, como ha sido para Cristo, la prueba del amor más grande. ¿No existe acaso una relación misteriosa entre la renuncia y la alegría, entre el sacrificio y la amplitud de corazón, entre la disciplina y la libertad espiritual?».*²⁰

Es precisamente en estos casos de dificultad donde la persona consagrada aprende a obedecer al Señor²¹, a escucharlo y a adherirse sólo a Él, mientras espera, con paciencia y llena de esperanza, su Palabra reveladora²² con plena y generosa disponibilidad a cumplir su voluntad y no la propia^{23,24}

En último término, enfrentar la realidad de la cruz, en la que se que fragua nuestra obediencia, es un momento privilegiado en nuestra configuración con Cristo, a Quien deseamos imitar en nuestro seguimiento.

Obedezcan con docilidad a quienes los dirigen, porque ellos se desvelan por ustedes, como quien tiene que dar cuenta.²⁵

La cita que encabeza esta reflexión continúa así: *Así ellos podrán cumplir su deber con alegría y no penosamente, lo cual no les reportaría a ustedes ningún provecho*. En la Escritura y en el capítulo VII de la Regla de San Agustín, la autoridad y la obediencia es un ejercicio de corresponsabilidad, por cuanto, por una parte, se pide el respeto hacia

17 Lc 9,23.

18 Cf. Lc 12,49-50.

19 Cf. 1Co 3,18-19.

20 PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (29 junio 1971), 29.

21 Cf. Sal 118,71.

22 Sal 118,81.

23 Lc 22,42.

24 CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Instrucción *El Servicio de la Autoridad y la Obediencia* (11 mayo 2008), 10.

25 Hb 13,17.

la figura del superior, *para que Dios no sea ofendido en él*²⁶ y, por otra, el ministerio que desempeña el superior es definido por Agustín como quien hace *que se observen todas estas cosas*, esto es, todo lo que concierne a la vida comunitaria. La figura del *Praepositus* (en latín, *el que está puesto en precedencia*) es, por ende, un servidor del bien común, vale decir, es un servidor de la caridad en el seno de la comunidad. Es importante que quien ejerce este servicio, reconozca en él la oportunidad de servir, y no de dominar. El apóstol Pedro, en su Primera Carta, manifiesta en bellas palabras el don del servicio a los presbíteros: *Apacienten el Rebaño de Dios, que les ha sido confiado; velen por él, no forzada, sino espontáneamente, como lo quiere Dios; no por un interés mezquino, sino con abnegación; no pretendiendo dominar a los que les han sido encomendados, sino siendo de corazón ejemplo para el Rebaño. Y cuando llegue el Jefe de los pastores, recibirán la corona imperecedera de gloria.*²⁷

La palabra *abnegación*, presente en el texto, es traducida en otras versiones como *de corazón*, esto es, dando el sentido al término griego presente en el original: *con toda voluntad, con premura, valor, valentía, darse por entero*. Por ello, quien desempeña el servicio de la autoridad debe realizar, como Cristo, un auténtico acto de abnegación y poner todas sus potencialidades al servicio de la comunidad. En este contexto adquieren pleno sentido las palabras de Agustín con que define la figura del *Praepositus* en la Regla: *Muéstrese ante todos como ejemplo de buenas obras, corrija a los inquietos, consuele a los tímidos, reciba a los débiles, sea paciente con todos. Observe la disciplina con agrado e infunda respeto. Y aunque ambas cosas sean necesarias, busque más ser amado por ustedes que temido, pensando siempre que ha de dar cuenta a Dios por ustedes.*²⁸

Agustín, sin embargo, va más allá en su reflexión sobre la autoridad: quien obedece ejercita una genuina obra de misericordia en relación consigo mismo y con su superior: *De ahí que, sobre todo obedeciendo mejor, no sólo se compadezcan de ustedes mismos, sino también de él; porque cuanto más elevado se halla entre ustedes, tanto mayor peligro corre de caer.*²⁹ Esta reflexión sitúa el binomio autoridad-obediencia bajo una nueva luz: tanto quien obedece, como quien manda, ejercen un servicio. Y cuando cada uno ejerce su rol desde el servicio -sobre todo el superior-, la comunidad aparece como un organismo en que no debe importar quién esté a cargo, o si me resulta simpático, sino que se vive y trabaja en pos de un bien común.

Ese es nuestro ideal. Lamentablemente, consideraciones de orden personal muchas veces llenan nuestra convivencia comunitaria no con el buen olor de Cristo, que auguraba nuestro Padre Agustín, sino con intereses personales que crean enemistades, ambientes tóxicos y problemas en el seno de la comunidad. Debemos tener la certeza que estos problemas siempre estarán presentes, y que los momentos de ejercicios espirituales, auténticas instancias de conversión personal y comunitaria,

26 SAN AGUSTÍN, *Regla a los Siervos de Dios*, 44.

27 1Pe 5,2-4.

28 SAN AGUSTÍN, *Regla a los Siervos de Dios*, 46.

29 SAN AGUSTÍN, *Regla a los Siervos de Dios*, 47.

son los momentos de poder evaluarnos a la luz de la Palabra de Dios y de la Regla de nuestro Padre. A la luz de sus palabras, *si encuentran que cumplen lo que está escrito, den gracias a Dios, dador de todos los bienes. Pero si alguno de ustedes ve que algo le falta, arrepíentase de lo pasado, prevégase para lo futuro, orando para que se le perdone la deuda y no caiga en la tentación.*³⁰

TRABAJO PERSONAL

1. Leer 1Cor 13 en silencio, haciendo un ejercicio de *Lectio Divina*, dejando que la Palabra resuene dentro de mí ser.
 - a. ¿Qué realidades de la Caridad, con Dios y con mi prójimo, considero las más importantes para la vida?
 - b. ¿Qué me falta? ¿Dónde estoy débil y considero que debería amar más, o que mi amor es imperfecto?
 - c. Hacer, a la luz de esta lectura, un pequeño examen de conciencia, que pueda servir para algún momento penitencial o eventual Sacramento de la Reconciliación durante el Retiro o luego de éste.
2. ¿Cómo se puede concretar un *plan de vida*, o *proyecto* de la Comunidad? ¿Qué pasos deben darse? ¿Qué elementos deben estar presentes?

Para el **COMPARTIR GRUPAL**, puede dejarse optativa la primera parte de las preguntas -relacionadas con 1Co 13 - dado su carácter personal. Puede propiciarse un ambiente de confianza que permita compartir algo de ese ejercicio.

30 SAN AGUSTÍN, *Regla a los Siervos de Dios*, 49.

TEMA 5:

CRECER EN LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

Tiempo para la oración personal y comunitaria. Práctica de la Interioridad, piedad y oración personal, oración en coro del Oficio Divino, práctica de la Lectio Divina Comunitaria.

OBJETIVO: Valorar en nuestra vida la práctica de la oración para dar un nuevo impulso, un nuevo espíritu, una nueva dinámica a nuestra Oración personal y comunitaria.

1. LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN.

Hallar gozo en la oración. Que esta se convierta en un pozo en el cual calmar la sed. En un remanso de paz para el corazón. En la fuente de energía y fuerza para la vida. No es posible, si no se desea primero buscar a Dios para intimar con Él.

Si con la oración lo que se quiere es obtener algo de Dios, alejarse de los problemas del diario vivir, escaparse del trabajo: Cuando se obtiene lo pedido, cuando se soluciona el problema, cuando ya no hay tanto trabajo que hacer, la oración se acaba, se abandona. Ésta se convierte en un tedio, en una carga o en una alienación. Era simplemente la “oración de supermercado” o la “oración escape de la realidad”. No la verdadera Oración que es siempre encuentro con el Dios Vivo que transforma, compromete y reencanta la Vida.

Y para quien con un gran esfuerzo de su voluntad trata de cumplir con ella, auto-obligándose, ésta termina transformándose en un peso que cansa, que aburre y que a duras penas es tratada de mantener. Al final acaba convirtiéndose en un deber al que se le trata de quitar el cuerpo todas las veces que se pueda. Aparecen así, los días de oración libre, los días liberados por el exceso de trabajo apostólico, etc. Es entonces que la oración, cuando la hay, vira o pasa a ser un rezo sin alma, una lectura desabrida del oficio divino, que se realiza a toda carrera, como un trámite a cumplir, y del cual hay que escaparse lo más pronto posible.

San Agustín al comienzo de sus Confesiones nos habla, por el contrario, del deleite que produce en el ser humano la alabanza a Dios:

“Grandes eres, Señor, y muy digno de alabanza (Sal 145, 3); grande tu poder, y tu sabiduría no tiene medida (Sal 147, 5). Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación; precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que resistes a los soberbios (1 Pe 5, 5). Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación. Tú mismo le estimulas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti (quia fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te).” (Confesiones 1, 1, 1).

Agustín en esta cita dice algo que hace que el hombre comience a moverse, y empiece un camino de búsqueda de Dios y de transformación de su propio ser, hasta llegar a deleitarse en el diálogo-alabanza-encuentro con Dios: Parte Admirándose que pretenda alabar a Dios el hombre mortal que lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que Dios resiste a los soberbios. Para terminar en la certeza de que Sí, a pesar de todo eso que lleva consigo el hombre (su pecado y su soberbia), quiere alabarle; porque el mismo Dios lo estimula a ello, haciendo que el ser humano se deleite en alabarlo.

La mayoría de las veces quien vive en una situación de pecado trata de arrancarse de la oración, porque se está arrancando de Dios. En otras palabras, éste tiene más claro, que el que hace la oración por rutina, que lo que pretende la oración es encontrarse con Dios. Sin embargo, no se da cuenta que al no acercarse, está perdiendo la oportunidad de que Dios haga algo por él, y lo vaya rehabilitando.

El primer paso de la Conversión es volver a Dios con el corazón, con unas sencillas y sentidas palabras dirigidas a Él, que salen del corazón arrepentido. El segundo paso es la Confesión. A partir de aquí la oración comienza a deleitar: al dar gracias al Padre de los Cielos, sintiendo en el alma, el gozo de sentirse perdonado.

Más aún, el que ha experimentado el perdón, empieza a corresponder en amor, a querer, a gustar de estar con Aquel que le ha hecho sentir en el corazón todo su amor, porque precisamente le ha perdonado sus muchos pecados (“Si ama mucho es porque se le han perdonado sus muchos pecados” Cfr. Lc 7, 47). A partir de esta experiencia, toda persona humana se encuentra con Dios como su Roca firme, su Alcazar, su Refugio; como el Padre, su Padre, que le ama. Esa es la Piedra preciosa, el Tesoro escondido, que nos mostraba Jesús en su Evangelio, y que quería que descubriéramos.

En la misma línea, el Santo Cura de Ars decía en una de sus catequesis: HERMOSA OBLIGACIÓN DEL HOMBRE: ORAR Y AMAR.

“Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre creatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

Otro beneficio de la oración es que hace que el tiempo transcurra tan aprisa y con tanto deleite, que ni se percibe su duración. Mirad: cuando era párroco en Bresse, en cierta ocasión, en que casi todos mis colegas habían caído enfermos, tuve que hacer largas caminatas, durante las cuales oraba al buen Dios, y, creedme, que el tiempo se me hacía corto.

Hay personas que se sumergen totalmente en la oración, como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido. ¡Cuánto amo a estas almas generosas! San Francisco de Asís y santa Coleta veían a nuestro Señor y hablaban con él, del mismo modo que hablamos entre nosotros.

Nosotros, por el contrario, ¡cuántas veces venimos a la iglesia sin saber lo que hemos de hacer o pedir! Y, sin embargo, cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. Hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: «Sólo dos palabras, para deshacerme de ti... » Muchas veces pienso que, cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una fe muy viva y un corazón muy puro.” (De la catequesis de San Juan María Vianney, presbítero [«Catéchisme sur la prière»: A. Monnin, «Esprit du Curé d'Ars», París 1899, pp. 87-89])

2. TIEMPO PARA LA ORACIÓN.

Muchos de nuestros males y pesares pasarían si le diéramos tiempo a Dios así como se lo damos a nuestros amigos, y a las personas que estimamos. El mismo Señor nos invita en su Evangelio: “Vengan a mi todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré; y encontrarán paz para sus almas” (Cfr. Mt 11, 28). Iríamos y le daríamos tiempo si le estimáramos. Decir aquí cualquier cosa es una excusa; o simplemente, vivir en la inconciencia, creyendo que la relación con Él es el apego, o compromiso fiel, con una idea, con un Proyecto, y no una relación viva con una persona.

En cuanto al tiempo dedicado a la oración muchas de las Constituciones de los Institutos de vida consagrada establecen una hora o media hora diarias de oración personal. En el caso de las nuestras: “Por lo tanto, además de que todos los Hermanos dediquen al menos media hora a la oración personal (meditación, contemplación, etcétera), provean las comunidades para que a los Hermanos les quede tiempo suficiente que dedicar a la oración en común, según las distintas sensibilidades y

culturas (*Lectio divina*, meditación en común, diálogo espiritual, lectura comunitaria de la Palabra de Dios, etcétera)." (Cfr. Constituciones 86).

Pero muchas veces eso a veces atrapa. No sabemos que hacer con la hora o la media hora de oración personal. Rezamos el Santo Rosario, leemos un librito piadoso, hacemos unas cuantas peticiones. Miramos el reloj, aún nos quedan diez minutos. Eso no ayuda a nadie.

Lo importante es todos los días reportarse delante del Señor. Algunas veces estaremos tres minutos, otras veces, sin darnos cuenta estaremos media hora, una hora o dos. Lo importante es que el encuentro tiene que ser vivo con el Señor.

¿Cómo queremos vivir la vida? ¿En clave de María o en clave de Marta?

¿Qué es vivir la vida en clave de Marta? Vivir nerviosos, apurados, preocupados de las diez mil cosas que hay que hacer. Sin tomar conciencia que vivir así es terminar desgastados y reclamando por todo. En la casa de estas mujeres, supuestamente hermanas de Lázaro, Jesús ha declarado: "María ha escogido la mejor parte que no le será quitada" (Lc 10, 38 – 42).

¿Cómo queremos vivir nuestra vida, siempre afanados en las múltiples cosas, como Marta; o dándole tiempo al Señor, para sentarnos junto a Él, como lo hizo María?

3. LA INTERIORIDAD.

Un tema de la Vida de Oración que principalmente nos toca a nosotros como Agustinos es el tema de la Interioridad.

TRES NIVELES DE INTERIORIDAD:

1º QUE YO ME CONOZCA A MI MISMO. Implica entrar dentro de uno mismo, y a la luz del Señor, valorar mis dones y aceptar mis limitaciones. Recorrer mi propia historia personal, para reconocer la presencia y acción de Dios en ella. Como actitud consiste en dejar la superficialidad y vivir desde la plena comprensión de las cosas; no movido por las circunstancias, sino como pleno señor, o señora, de uno mismo.

2º QUE TE RECONOZCA SEÑOR. Implica restaurar la imagen de mis hermanos que yo tengo en mi corazón, limpiar los ojos para ver en ellos a Dios.

En la interioridad yo me encuentro con cada uno de mis hermanos y hermanas, tal como los tengo en el corazón. Pero no siempre esa imagen que nos hacemos de los hermanos es objetiva. Responde a las experiencias que hemos tenido con ellos. Si han sido negativas nos costará mucho encontrar cualidades positivas en aquellos. La interioridad es el lugar donde yo debo restaurar la imagen de mi hermano de tal manera de poder ver a Dios en él. Para esto yo debo realizar un trabajo de limpieza que consiste en quitar todas las etiquetas y prejuicios que yo tengo de mis hermanos o de mis hermanas; y rescatar todo lo valioso que es ella o que es él. Tengo que realizar

este trabajo de limpiar mi corazón con respecto a mis hermanos porque "Sólo los limpios de corazón verán a Dios" (Cfr. Mt 5, 8).

3º QUE YO TE CONOZCA SEÑOR. Implica tomar conciencia de la Inhabitación de Dios en mi interior. Entrar dentro de mi mismo, a lo secreto del Corazón, para dejar hablar al Maestro Interior. Encender la propia luz interior. Tener a Dios como el fundamento de la existencia y a Él sólo adorar. Buscar la Voluntad de Dios para mí, prestando atención a las resonancias que producen en mi corazón sus Palabras en el libro de la Biblia y en el libro de la Vida.

La práctica de la interioridad, como acto y como actitud, es esencial para desarrollar la dimensión humana y comunitaria de toda persona.

Por eso adquiere un valor tan alto lo que nos dice Aparecida sobre el itinerario formativo de los discípulos misioneros de Jesucristo en el n° 280a: *"La dimensión humana y comunitaria tiende a acompañar procesos de formación que lleven a asumir la propia historia y a sanarla, en orden a volverse capaces de vivir como cristianos en un mundo plural, con equilibrio, fortaleza, serenidad y libertad interior. Se trata de desarrollar personalidades que maduren en el contacto con la realidad y abiertas al Misterio"*.

Con respecto a asumir nuestra propia historia y a sanarla los agustinos tenemos mucho que ofrecer al respecto. Las Confesiones, dentro del proceso de conocerse a sí mismo que vivió Agustín, no son sino un mirar la propia historia personal a la luz de Dios para sanarla. Por eso nada más acertado es el título que Waldeci Tenorio da al Capítulo dedicado a la biografía de San Agustín en su obra "Respuesta a las Confesiones de San Agustín", llamando a aquel apartado de su libro: "Yo no escondo mis heridas".

Dentro de este proceso de conocerse y aceptarse a uno mismo es importante asumir nuestra propia vida. Luchar por ser fieles a nuestra vocación. Para ello debemos tomar conciencia de cuales son nuestros puntos flacos que nos piden gratificaciones de toda índole. Gratificaciones que en cierta medida intentan compensar las heridas que hemos vivenciado desde el vientre materno. Compensarlas es alimentar nuestro yo condicionado, que nos hace permanecer en la inmadurez, impidiéndonos avanzar hacia el yo maduro que es libre. El yo maduro no busca compensaciones sino que es capaz de donación. Por ejemplo: En el plano del diálogo, el yo condicionado se manifiesta cuando queremos salir siempre con nuestra idea y desechando la idea de los otros, a lo que San Agustín nos dirá: la verdad no es tuya, ni mía sino nuestra. Pero para tener esta actitud es necesaria la madurez que hace capaz de vivir en un mundo plural, con equilibrio, fortaleza, serenidad y libertad interior como lo señala aparecida.

Esta madurez sólo la podemos alcanzar en un proceso: cuando somos capaces de entrar dentro de nosotros mismos y sanar nuestra historia personal asumiéndola a la luz de Dios; y tener a la vez, la gracia de una comunidad que nos permita crecer.

Porque también “necesitamos de los demás para ser nosotros mismos”, nos dirá San Agustín (Com. Sal. 125, 13).

4. PIEDAD Y ORACIÓN PERSONAL.

En momentos de sequedad o aridez espiritual las prácticas sencillas de piedad son el sustento del alma y el único pilar firme del cual sostenerse cuando sobreviene la tempestad.

El mismo Agustín señala que la persona que cultiva la piedad es como la hormiga que almacena para cuando llegue el invierno de su vida.

“El hombre mundano vive lejos de la Iglesia, sin recoger el grano de su doctrina, y no imita a la hormiga: “Imitaría a la hormiga si oyese la palabra de Dios recogiendo el grano y escondiéndolo dentro de su alma. Porque viene el tiempo de la tribulación, el invierno de la tibieza, la tempestad del temor, el frío de la tristeza; será una desgracia, un daño, un peligro para la salud, la pérdida de algún pariente; será una deshonra o humillación. He aquí el invierno.

La hormiga vuelve a los víveres recogidos en el buen tiempo, y dentro, en lo secreto, se deleita con los frutos de su recolección. Todos la veían cuando ella se afanaba por recoger, nadie la ve cuando goza a solas de los frutos recogidos.

Contempla a la hormiga de Dios; todos los días se levanta y acude a la iglesia, ora, escucha las lecturas, canta himnos, carga la consideración sobre lo que oye, se dedica a la meditación y deposita dentro los víveres recogidos en la era.

Pero viene el invierno alguna vez. ¿A quién no le llega? Es decir, le sobreviene una calamidad, un perjuicio, una muerte de los suyos; los más la compadecen, porque no saben el tesoro que ha guardado esa hormiga de Dios, y dicen: ‘¡Oh qué desgracia más grande le ha herido a Fulano! Imposible que la soporte; no tendrá ánimos para tanto. ¡Qué abatido se le ve! ¡Qué habrá hecho para que Dios le trate así! Así vea yo a mis enemigos’.” Le aplican a él la misma medida que a sí mismos, y se engañan. Eres un ignorante, ¡Oh hombre! Tú sí que eres enemigo de ti mismo, porque no coges ahora en estío lo que él almacenó. Ahora la hormiga se alimenta con los desvelos del verano; pero tú no la ves alimentarse de aquellos frutos ocultos” (*Enarrat. in ps. 63, 3: PL 805*).

Expresiones saludables de piedad son la oración diaria del Santo Rosario, La Coronilla de la Divina Misericordia, El Rosario al Espíritu Santo. Las oraciones de protección como La Oración a San Miguel Arcángel o La Coraza de San Patricio. La devoción a los Santos, sobre todo de nuestra Orden. La práctica de triduos y novenas. Y las prácticas Marianas de Nuestra Orden como el Oficio a nuestra Madre del Buen Consejo y la Coronilla de Nuestra Señora de la Consolación.

Sobre todo, nos ayuda y nos sostiene a nosotros mismos, la práctica de la oración constante delante del Señor por el Pueblo de Dios, por las necesidades del mundo, por los dolores y angustias de la gente, por el trabajo y la vida de la comunidad religiosa. Oración personal de Intercesión, dirigida diariamente al Padre de los Cielos, en Nombre de su Hijo Jesucristo. Es la Oración verdadera, que enriquece el alma, y llega al corazón de Dios.

Incluso también la lectura piadosa, devocional, de la vida de los Santos, nos ayuda. Las hagiografías nos edifican y mueven nuestra alma para alabar y agradecer a Dios por las maravillas que ha obrado en sus santos. Nos ayudan para motivarnos a conversar con Dios sobre nuestra propia respuesta a su llamado, a ser nosotros también santos, por medio de la práctica del Amor a Él y a nuestros hermanos.

Todas estas sencillas prácticas son fortalezas que mantienen encendidas nuestras lámparas en medio de la dureza del caminar, sobre todo cuando se experimenta en la vida de seguimiento del Señor, la aridez o sequedad espiritual. Sobre todo cuando vamos de noche y sólo la Fe nos ilumina. Las devociones sencillas, muchas de las cuales practicábamos desde niños, mantienen viva esa llama.

5. EL OFICIO DIVINO.

¿Por qué lo hacemos?

Col 3, 16: "Con agradecimiento canten a Dios de corazón salmos, himnos y cánticos inspirados."

Jesús y su comunidad lo hacían:

Mt 26, 30: "Y después de rezar los salmos, salieron para el monte de los olivos."

Agustín lo pretendió para sus comunidades:

"Compartir la vida en la comunidad agustiniana requiere que se destinen lugares y tiempos para compartir igualmente la fe, porque una vida común que carezca de oración en común apenas puede llamarse vida común... Asimismo, como el valor de la oración en común proviene del sentido eclesial que san Agustín pretendió para sus comunidades, se recomienda también compartir nuestra oración comunitaria con los fieles laicos que participan de nuestra espiritualidad y quieren celebrar su fe con nosotros." (Cfr. Constituciones 86. Con respecto a la oración del Oficio Divino consultar también en las Constituciones los números 87 al 90).

En el Rezo del Oficio Divino:

- El acento tiene que estar no en la variedad, sino en la calidad de la oración.
- La razonable variedad tiene que estar al servicio de la calidad.

1) La Preparación:

- Encargado por semana, o por mes, de motivar y guiar la oración (preparación comunitaria).
- Llegar antes a la capilla o en el momento de llegada, no empezar inmediatamente para aquietarse y centrarse en el Señor (preparación personal).
- Preparamos tantas cosas. Preparamos lo que consideramos importante. Vale la pena realizar este trabajo. Una oración de calidad llena la vida del Señor y hace fructificar toda obra que realizamos.

2) El Rezo:

- El rezo del salmo debe ser pausado (leer el oficio no es lo mismo que rezarlo).
- Colocar especial atención a las palabras ("Que sienta el corazón lo que dice la voz").
- A veces es bueno enterarse del título del salmo y de la lectura pequeña que da el sentido cristiano a ese salmo y en ese sentido orarlo.
- Utilizar a veces modalidades de rezar los salmos ayuda a la oración, a la comunicación con el Señor (En este sentido, todo aquello que ayude a lo fundamental, que es la comunicación viva con el Señor, hay que utilizarlo).

3) El Silencio:

- El silencio es necesario para escuchar en nuestro corazón los apelos (o llamados del Señor). Para gozar de la dulzura del Señor, que aquieta y pacifica mi alma.
- En este sentido, a veces es bueno en la oración comunitaria orar algún salmo o cántico en Silencio, y después si es posible compartir el apelo del Señor en nuestra alma.
- La Palabra de Dios (Lectura breve) es bueno acogerla y meditarla en el corazón para que dé su fruto.
- Muchas comunidades tienen aquí, después de la lectura breve, la media hora de oración personal que se manda generalmente por Constituciones (Esta es una opción que tiene que tomar la Comunidad Local).
- En todo caso el rezo del Oficio no reemplaza la oración personal que tiene que tener cada uno de nosotros. Esta oración personal enriquece la oración comunitaria.
- De aquí que sea favorable dejar su tiempo a la Palabra, y no seguir inmediatamente con el responsorio breve. Unos pequeños minutos son suficientes para que Dios siembre en nosotros la semilla del mensaje.
- A veces es también bueno un silencio entre salmo y salmo. En todo caso los momentos de silencio tienen que ser buscados por la propia comunidad. Lo que sí debe hacerse es que dentro del Oficio Divino tenga lugar el silencio para enriquecer la comunicación con el Señor.

4) El Sentido:

- Orar en Espíritu y Verdad: Esto hacen los verdaderos adoradores del Padre, le adoran en espíritu, en cualquier lugar; y también en verdad, es decir, desde la vida.
- Las preces en este sentido es el momento privilegiado para la conexión con la vida, es decir, con lo que está aconteciendo en la sociedad, en la Iglesia, en el lugar en el cual trabajamos y en la propia comunidad.

- Pero no sólo las preces, la lectura breve también debe ser luz para mi vida personal, comunitaria y para la realidad en la que estamos inmersos.
- Igualmente con los salmos, es la vida la que con palabras inspiradas se presenta al Padre. En este sentido, orar en Verdad es orar a partir de la vida, a partir de lo que está ocurriendo, a partir de lo que está aconteciendo conmigo y con mis hermanos.
- Es cierto que el orante al rezar la Liturgia de las Horas debe orar como Iglesia y con la Iglesia, en comunión profunda con ella. Como parte de la Iglesia debe orar usando las mismas palabras que usa la Iglesia entera para dirigirse a Dios, y sentir con la voz de la Iglesia que ora ininterrumpidamente, como la paloma del Cantar de los Cantares que arrulla constantemente delante del Señor (en expresión de San Agustín). Para lograr esto, se le invita al orante a orar con la oración establecida por la Iglesia para cada día, tiempo y circunstancia. Sin embargo, al orar con la oración de la Iglesia, siempre debe hacerlo en Verdad, por lo cual al rezar un salmo que no toca directamente su vida, el orante debe decir en su interior: "Tú sabes Señor que esto no pasa conmigo, reconozco tus maravillas, todo lo que me has dado y te doy gracias; pero me uno en esta oración y quiero ser voz delante de Ti, de todos los que sufren en la Iglesia y en el mundo." O al revés: "Señor me siento muy mal, vacío y seco por dentro, pero con este salmo quiero alabarte por todos aquellos que están llenos de júbilo; y quiero pedirte además Señor, que estas promesas maravillosas de las que aquí hablas, las realices también conmigo por Jesucristo Nuestro Señor".
- Además, no siempre pasa esto de que un salmo no tenga nada que decirnos en relación directa con nuestra vida, con la vida de la comunidad y con la vida de nuestro pueblo. Siempre el Señor nos habla, y muchas veces pareciera como si hubiéramos buscado los salmos y lecturas para tal ocasión. Esto pasa porque el Señor cada día nos habla en la liturgia.
- Ayuda también el hecho de, antes, en la oración personal, haber rezado un salmo y haberlo experimentado. Al rezarlo ahora, en nombre de la Iglesia, me ayudará a recordar lo que el Señor ha hecho conmigo; y cómo me ha bendecido o sacado de tal estado; y darle gracias, ahora, de nuevo por ello, o pedirle volver a gozar de su dulzura como antiguamente.
- Además, debemos entender que el hecho de rezar en comunión con la Iglesia, no significa necesariamente que debo pronunciar exactamente las mismas palabras, sino que oro sintiéndome miembro de la Iglesia, amando a la Iglesia e intercediendo delante del Señor por ella.
- Salvaguardando este principio de rezar en comunión con la Iglesia debemos asentir las palabras del Señor que nos manda orar en espíritu y en verdad; de aquí que si algo hermoso y bueno ha ocurrido verdaderamente en la comunidad, algo verdaderamente portentoso, y toca ese día un salmo, en que el justo se queja porque ha sido abandonado por Dios, ese salmo debe cambiarse por un salmo de acción de gracias. De lo contrario sería ser malagradecidos con el Señor. O rezar mecánicamente, cayendo sobre nosotros lo que dice Isaías: "Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí" (Mt 15, 8).

6. LA LECTIO DIVINA COMUNITARIA.

Según el P. Mauro Matthei, monje benedictino, experto en Liturgia e Historia de la Iglesia, las lecturas las podemos dividir en:

- Palabra de Dios-----Sagrada Escritura-----Lectio Divina (Lectura pura)
- Palabra sobre Dios-----Doctrina Teológica-----Lectura Formativa
- Palabra hacia Dios---Textos de Espiritualidad---Lectura Espiritual---Hagiografías---Lectura Devocional

Con el único texto que se puede hacer propiamente Lectio Divina es con la Sagrada Escritura; sino, será lectura formativa, lectura espiritual, lectura devocional pero no precisamente Lectio Divina.

Con la difusión monástica de la Lectio Divina que hemos conocido, impulsada a partir de San Benito, sabemos que la Lectio consta de 4 pasos: Lectio, Meditatio, Oratio, Contemplatio (Entendido como un ejercicio espiritual personal, individual).

Sin embargo, en la tradición Patristica, y dentro de ella en la práctica de San Agustín, encontramos la existencia de una Lectio Divina realizada Comunitariamente; y en ella se pueden ver 7 pasos (para este punto se puede consultar el Libro de Purcaro - Keller, "Hacia la Santidad Comunitaria", Roma, De Magistris R & C, 2002; Páginas 157 - 160; de donde está tomado en su mayor parte este punto de la reflexión):

1º LA SACRA PÁGINA (La Elección del texto Bíblico):

La Lectio Divina Comunitaria se refiere por definición a "una página", es decir, a un texto de la Sagrada Escritura. El texto no debe ser demasiado extenso (entre diez y veinte versículos).

Los modos de selección son diversos:

- Se puede hacer una Lectio por temas, en cuyo caso se escoge un texto bíblico sobre un determinado argumento procurando que este texto tenga un sentido completo.
- Se puede hacer una lectura continua o semicontinua de un libro bíblico, escogiendo igualmente textos que presenten un sentido completo.
- Se puede tomar la lectura que propone la liturgia para la festividad más próxima al día en que se practica la Lectio Divina Comunitaria. La liturgia es una guía óptima, nos conduce, a lo largo del año, hacia la interioridad del misterio de Cristo, hacia una comprensión unitaria de la vida y hacia una interpretación cristiana del Antiguo Testamento. En el Leccionario Litúrgico, el puesto principal corresponde al Evangelio que es el que da sentido a los demás textos. Por eso la "Sacra Página" del Evangelio se lee al inicio.

2º LA LECTIO (La Lectura: Lo que dice el texto):

Escuchar la Palabra de Dios y leer convencidos de que Él nos habla. Ayuda para realizar este paso: iniciar la lectura invocando al Espíritu Santo; hacer una lectura atenta del texto; procurar el silencio interior para rumiar lo leído; captar o comprender el sentido de cada frase.

Se pueden tener presentes los comentarios bíblicos exegéticos y de teología bíblica. Tendremos un mejor acceso a este texto a través de su interpretación y explicación. Dentro de las prácticas comunitarias de oración, las Constituciones en el número 86 lo señalan: “provean las comunidades para que a los Hermanos les quede tiempo suficiente que dedicar a la oración en común, según las distintas sensibilidades y culturas (*Lectio divina*, meditación en común, diálogo espiritual, lectura comunitaria de la Palabra de Dios, etcétera).” (Cfr. Constituciones 86).

3º LA MEDITATIO (La Meditación: Lo que el texto me dice):

Aquí el ejercicio consiste en reflexionar, rumiar, profundizar, y repetir la lectura del texto varias veces. Ayuda para realizar este paso: Actualizar la palabra relacionándola con la vida; ampliar la visión en relación con otros textos; apoyarse en la lectura formativa (teológica) y en la lectura espiritual (textos de espiritualidad) que traten el tema de la Lectura que estoy trabajando para comprender mejor lo que Dios me está diciendo a través del texto.

Para este tiempo son especialmente útiles los escritos de San Agustín. El paso anterior ponía su acento en los comentarios bíblico-exegéticos, este paso coloca su atención en las explicaciones teológicas y espirituales de la Palabra de Dios.

4º LA COLLATIO (La conversación: El diálogo comunitario en torno a la Palabra).

Siguiendo el camino abierto por la enseñanza de San Agustín y de los teólogos, en el paso anterior, la profundización del mensaje introducido por la "Sacra Página" continúa en la "Collatio", que consiste en el conjunto de reflexiones que aportan los participantes.

Por su misma naturaleza la "Collatio" es un diálogo de grupo, una conversación comunitaria en torno a la Palabra de Dios ya escuchada, entendida y reflexionada en los pasos anteriores. La "Collatio" depende de la disponibilidad para el aprendizaje. Así como la "Collatio" instruye, la discusión destruye. Si la Collatio se convierte en discusión, se pierde el sentido de la verdad, surgen peleas y la batalla de las palabras "se convierte en ofensa a Dios".

Aunque provenga de una antigua tradición monástica, la "Collatio" responde perfectamente a la necesidad de diálogo y de búsqueda comunitaria típicas de nuestro tiempo. La "Collatio" se nutre de la Sagrada Escritura, refleja la experiencia personal de vida interior de los participantes. La conversación que se desarrolla en la "Collatio", se mueve en el marco del método: ver, juzgar y actuar.

5º LA ORATIO (La Oración: Lo que el texto me invita a decir al Señor).

Aquí lo medular es hablar con Dios, hablarle a Él; responderle a su interpelación mediante la adoración, la alabanza, el agradecimiento, el perdón, la petición confiada. Por eso ayuda en este paso: Leer de nuevo pausadamente, rezar el texto, responderle al Señor con nuestras propias palabras.

Es la oración que fluye hasta nosotros desde la Palabra de Dios. Conocida en la Lectio, saboreada en la Meditatio, brota en nosotros por la gracia del Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad. El Espíritu suscita en nosotros la verdadera oración, nuestra parte consiste en prestar los labios y ofrecer el corazón para repetir aquello que el Espíritu nos sugiere. En este momento esta oración puede ser interior o expresada en voz alta, libremente, por turnos, en la asamblea. La Oración comunitaria expresada en la asamblea construye a los hermanos.

6º LA CONTEMPLATIO (La Contemplación: Ver la realidad con los ojos de Dios).

Este tiempo de la Lectio Divina Comunitaria tiene su lugar después de la Oratio como su culminación. Llegado este momento todos se callan y permanecen en silencio. Este tiempo se vive en forma personal y tiene lugar en el modo y en lugar que permitan las circunstancias.

La Contemplación es una experiencia personalísima de Dios. Es un continuo deseo por el esposo amado.

Los maestros del espíritu nos enseñan a no dar precedencia a la contemplación sobre la meditación. Mientras la meditación es siempre posible, la contemplación no lo es; mientras la meditación es fruto del esfuerzo, la contemplación es un don de la Gracia. Por eso si falta la Contemplación hay que retomar la meditación, así como el marinero se sirve de los remos cuando no sopla el viento.

Aquí lo importante es darse cuenta, tomar conciencia, del querer o sentir de Dios, del Plan o Proyecto de Dios para la Comunidad, de cual es su Santa Voluntad para con nosotros; en otras palabras: Qué espera Dios de nosotros como Comunidad. Empezar a vislumbrar en el ejercicio de esta contemplación-meditación, con la ayuda del Espíritu, ese Plan; y de qué manera se inserta este plan de Dios para con nosotros, en el Gran Proyecto de Dios para con todo el mundo: la llegada, acogida, vivencia y difusión de su Reino.

Ayuda para este paso: El escuchar en silencio la voz de Dios; el repetir una frase del texto que me haya quedado dando vueltas en mi cabeza y en mi corazón, y iluminar con ella la realidad que estoy viviendo y en la que estoy inmerso; para descubrir, de esta manera, lo que Dios me está pidiendo como consagrado que forma parte de una comunidad. Al compartir en el siguiente paso el compromiso que espera Dios de nosotros, después de haber elegido, escuchado, meditado, compartido, orado y

contemplado su Palabra; nos empezaremos a dar cuenta de lo que Dios nos está pidiendo como comunidad.

El objetivo de la Lectio divina es escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica. En otras palabras se realiza la Lectio Divina para conocer lo que Dios quiere, y conociendo su querer, con la ayuda de su Gracia, poder cumplir su Santa Voluntad.

7º LA OPERATIO (La acción: la puesta en práctica de lo que el Señor nos ha pedido a través de su Palabra).

Escuchamos a Dios en la *Lectio*, acogemos sus palabras en nuestro corazón mediante la *Meditación*, suscita nuestra respuesta mediante la *Oración*, hasta conducirnos a la comunión con Él y nos mueve a entrar en el misterio de su amor mediante la *Contemplación*, un amor que se traducirá en compromiso mediante la "*Operatio*".

La "*Operatio*" es el fruto de la Contemplación y de la Meditación. Hay un tipo de personas que se fatigan mucho en el trabajo y obtienen escasos resultados. Esto es debido al hecho de que dan importancia al aspecto exterior de su trabajo, más que a su realidad profunda. La meditación y la contemplación son las que pueden dar esta profundidad a nuestra acción.

El compromiso con la acción y el modo de realizarla fluyen espontáneamente de la escucha de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios apunta hacia la esencia de las cosas y nos enseña lo que es esencialmente válido. Entorno a esa realidad esencial es posible realizar acciones diferentes, según las diversas situaciones. La acción, que brota de la Lectio Divina Comunitaria, está en perfecta sintonía con esta Palabra Divina.

En este paso de la Lectio Divina Comunitaria hay que realizar, como comunidad, un compromiso o propósito concreto para la acción. Al volver a juntarse después de la Contemplatio, cada uno presentará a los demás hermanos, lo que ha contemplado como el querer de Dios. Uno de los hermanos anotará lo esencial de lo que ha compartido cada uno. Una vez que todos han compartido, leerá el resumen de lo que ha registrado a la asamblea. Se puede leer nuevamente la Sacra página (el texto que se ha escogido) y pedir la libre opinión si el resumen de lo que se ha leído responde a esa Palabra que se ha escuchado. Luego todos juntos, comunitariamente, determinan que acción práctica realizará la Comunidad para responder concretamente a lo que Dios le está pidiendo.

Para terminar, volvemos a repetir lo que dijimos anteriormente: El objetivo de la Lectio divina es escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica. En otras palabras se realiza la Lectio Divina para conocer lo que Dios quiere, y conociendo su querer, con la ayuda de su Gracia, poder cumplir su Santa Voluntad.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

1. ¿Cómo está la práctica de mi oración personal?
2. En mi comunidad ¿Cuál es la calidad de la oración del Oficio Divino?
3. ¿Mi comunidad se interesa en descubrir la Voluntad de Dios? ¿Le interesa conocer lo que Dios le está pidiendo, concretamente a ella, para responder a la realidad en la que está inmersa? ¿Coloca los medios adecuados para conocer esta Voluntad de Dios?

TEMA 6:

CRECER EN LA FORMACIÓN PERSONAL:

Comprometidos, personal y comunitariamente, con la formación permanente. Ser capaces de releer lo que se ha caminado y en lo que se ha reflexionado, con perspectivas de futuro.

Objetivo: comprender la formación personal como un itinerario de vida formado por dos grandes tensiones: una interior y otra exterior. *La interior* orientada al cultivo de nuestra relación con Dios, como fin y meta de nuestra vida, y *una exterior* orientada a transparentar esta nuestra vida aquel amor que Dios nos a da, por medio de la acción pastoral.

Creer en la formación personal

La formación personal entre en aquello que nuestras constituciones llaman la formación permanente (Constituciones n. 216-217). Esta formación personal no debe entenderse solo como el cultivo intelectual o de cualquier otra afición personal. La formación personal es este conjunto de saberes, intelectuales, prácticos u espirituales, que me ayudan a cultivar, promover y profundizar el don precioso de mi vida y mi vocación. Esta formación personal es parte de las fatigas y luchas diarias que todos tenemos como discípulos de Cristo. Por eso como dice el apóstol a Timoteo:

«No malogres el don espiritual que hay en ti y que te fue conferido mediante una intervención profética, por la imposición de las manos del presbiterio. Reflexiona sobre estas cosas y dedícate enteramente a ellas, para que todos vean tus progresos. Vigila tu conducta y tu doctrina, y persevera en esta actitud. Si obras así, te salvarás a ti mismo y salvarás a los que te escuchen (1 Tim 4, 14-16).

La formación personal conlleva una doble tensión, por un lado, una interior para seguir buscando a aquel que nos ha buscado primero (Conf. 11, 2, 4) y, por otra, la tensión hacia la caridad para con los otros. Agustín mostrando su angustia hacia su futura ordenación sacerdotal, manifiesta su preocupación por la salvación del pueblo a él encomendado y dice: «¿cómo puede eso lograrse (esta salvación de todos), sino pidiendo, llamando y buscando, es decir, orando, estudiando y llorando, como el mismo Señor preceptuó?³¹»

Nuestro tema se divide en dos partes. En primer lugar, trataremos sobre la importancia de la búsqueda interior como parte fundante de nuestra formación personal y, en segundo lugar, trataremos la formación personal como una *via caritatis* en vista de ayudar a la salvación de nuestros hermanos.

³¹ AGUSTÍN, *Epistulae* 21, 4. ('Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá', Mt 7,7).

1. La relación entre Dios y el hombre

La palabra formación viene del latín *formare*, que significa dar forma a un objeto, por ello formación personal, significa en primer lugar, formar nuestra persona. Como religiosos nuestra persona posee una orientación definida por nuestro compromiso con Dios, con nosotros y con su pueblo. De este bien, que es nuestra vocación, nacen sus deberes y de ambos nacen esta urgencia por dar forma a nuestro ser religioso, como un ser orientado hacia Dios y hacia los hermanos. De esta forma nacen los diversos carismas en esta *sequela Christi*, por ello la búsqueda de Dios, como respuesta a esta inquietud del hombre debe ser nuestro punto de inicio en la formación personal. La formación de nuestra persona debe ir orientada hacia este fin, buscar a Dios y su reino, como el lugar y fuente donde descansa nuestro corazón inquieto.

En la cultura moderna la dimensión religiosa es marginal en la vida humana. Para Agustín el hombre es naturalmente religioso³² ya que, para realizarse como hombre pleno, necesita de Dios. Esta necesidad nace de la misma constitución del hombre. Agustín afirma que el corazón del hombre fue creado capaz de abrirse a Dios, para entablar una relación con él. De esta relación con Dios, depende la plena realización del hombre como hombre pleno.

En el libro sobre la Trinidad, afirma:

«Dijimos ya que, aun rota nuestra comunicación con Dios, degradada y deforme, permanecía la imagen de Dios. Es su imagen en cuanto es capaz de Dios y puede participar de Dios; y este bien tan excelso no pudiera conseguirlo si no fuera imagen de Dios»³³.

Aunque por el pecado hemos roto esta comunicación, el hombre conserva el ser imagen, esta capacidad de Dios (*capax Dei*), de participar de su naturaleza, es decir, capaz de recordar, conocer y de amarlo.

«Esta trinidad de la mente no es imagen de Dios por el hecho de conocerse la mente, recordarse y amarse, sino porque puede recordar, conocer y amar a su Hacedor. Si esto hace, vive en ella la sabiduría; de lo contrario, aunque se recuerde a sí misma, se comprenda y se ame, es una ignorante. Acuérdesse, pues, de su Dios, a cuya imagen ha sido creada; conózcale y ámele»³⁴.

Esta posibilidad de vivir unido a Dios mediante el conocimiento y el amor es aquello que define mejor al hombre, es el título de su verdadera dignidad y de su superioridad en relación a todos los demás seres de la tierra³⁵. Pero a la vez es una tarea y

³² N. CIPRIANI, *Molti e uno solo in Cristo. La spiritualità di Agostino*, Roma, Città Nuova, 2009, 23-40.

³³ AGUSTÍN, *De trinitate* 14, 8, 11.

³⁴ *Ibid.* 14, 12, 15.

³⁵ *Ibid.* 15, 8, 14. «El sentido de esta expresión queda puntualizado en el libro XII. Somos transformados, dice; cambiados de una forma en otra, pasando de una forma incolora a una forma resplandeciente; pues, aunque borrosa, es imagen de Dios, y es imagen de su gloria; forma según la cual hemos sido creados los hombres, superiores a los demás animales».

compromiso permanente, ya que aquel que diga «soy perfecto en el seguimiento de Cristo, está muerto», debemos ser «perfectos caminantes, pero no perfectos poseedores», ya que como afirma Agustín:

«Desagrédete siempre lo que eres si quieres llegar a lo que aún no eres, pues donde hallaste complacencia en ti, allí te quedaste. Mas si has dicho: «Es suficiente», también pereciste. Añade siempre algo, camina continuamente, avanza sin parar; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. Quien no avanza, queda parado; quien vuelve a las cosas de las que se había alejado, retrocede; quien apostata, se desvía. Mejor va un cojo por el camino que un corredor fuera de él»³⁶.

La perfección en la vida cristiana se logra solo por la vía de la humildad, ya que toda perfección solo procede de la gracia de Dios, en la medida que, reconociendo nuestras imperfecciones, seguimos como verdaderos caminantes en el camino. Agustín afirma que: «El perfecto viandante marcha bien, camina bien y se mantiene en el camino; pero, con todo, aún es viandante, todavía no ha alcanzado la meta»³⁷. Esta perfección necesita de dos elementos fundamentales, por un lado, saber que aún no hemos llegado a la meta definitiva que es la visión beatífica de Dios y, por otro, reconocer cuánto hemos caminado y cuánto nos queda aún por recorrer (cf. *Serm.* 306 B, 3).

El primer paso en esta búsqueda de Dios, como camino de nuestra formación personal, nace del encuentro con el Dios que se deja buscar (Cf. Conf. 1,1). Este encuentro, que consuela nuestras inquietudes, nos revela a la vez nuestra necesidad y nuestro deseo hacia Dios, como partes constitutivas de este empeño por alcanzar este 'misterio escondido' (Ef 3, 9), que mientras más dulce es el hallazgo con mayor avidez debe ser su búsqueda (cf. De Trin. 15, 2, 2)³⁸.

2. El hombre necesita y desea a Dios

Así como el agua busca su propio nivel, el hombre busca con inquietud su lugar propio en el mundo, este estado idílico de paraíso, donde los deseos y los sueños alcanzan su realización. Para Agustín este 'desorden vicioso' del alma que conlleva nuestra indigencia solo obtiene su descanso en la unión con Dios.

«En consecuencia, el estar separada de Dios constituye un desorden vicioso para esta clase de seres, dotada de una tal excelencia que, aun siendo mudable, su felicidad está en unirse al bien inmutable, es decir, al sumo ser: Dios; y no colma su indigencia más que siendo feliz, y nada la puede colmar más que Dios»³⁹.

³⁶ AGUSTÍN, *Sermón* 169, 15, 18.

³⁷ AGUSTÍN, *Sermón* 306 B, 3.

³⁸ «Si en la búsqueda puede ser encontrado, ¿por qué se dice: Buscad siempre su rostro? ¿Se ha de seguir buscando una vez encontrado? En efecto, así se han de buscar las realidades incomprensibles, y no crea que no ha encontrado nada el que comprende la incomprensibilidad de lo que busca. ¿A, qué buscar, si comprende que es incomprensible lo que busca, sino porque sabe que no ha de cejar en su empeño mientras adelanta en la búsqueda de lo incomprensible, pues cada día se hace mejor el que busca tan gran bien, encontrando lo que busca y buscando lo que encuentra? Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarle con más avidez».

³⁹ AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, 12, 1, 3.

Dios es nuestro lugar propio, lugar donde obtiene descanso esta inquietud, por ello Dios es para el hombre una necesidad, Agustín diría es el peso que nos mueve, que nos lleva hacia nuestro lugar propio. Estar con aquel que nos ha creado.

«Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos levanta a allí y tu Espíritu bueno exalta nuestra humildad de las puertas de la muerte. Nuestra paz está en tu buena voluntad. El cuerpo, por su peso, tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. [...] Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: se ordenan y descansan. Mi peso es mi amor, él me lleva doquiera que soy llevado. Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba [...]. Iremos a la casa del Señor. Allí nos colocará la buena voluntad, para que no queramos más que permanecer eternamente allí.»⁴⁰

Esta inquietud, en su origen más profundo, es una condición constitutiva del hombre y no por ello, signo de debilidad, sino que signo de este deseo originario del Creador, que aspira a que su criatura se habrá al absoluto.

«Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»⁴¹.

Sí, la inquietud es parte constituyente del hombre, ahora bien ¿cómo nace esta inquietud? Para Agustín la respuesta nace en el deseo del hombre hacia Dios. El hombre desea a Dios ya que solo en Él, el hombre encuentra su verdadera verdad y su eterna felicidad.

Agustín afirma, que nuestra primera búsqueda es la felicidad, el hombre desea ser feliz y evita aquello que lo hace infeliz, por eso buscamos gratificaciones y evitamos los castigos. Como ya hemos dicho, el hombre por su naturaleza busca aquellos bienes que lo hacen feliz y se siente atraído por ellos.

«Veamos, pues, a la luz de la razón, lo que debe ser la vida del hombre. Es cierto que todos queremos vivir una vida feliz, y no hay nadie que no asienta a esta proposición aun antes de terminar su enunciado»⁴².

Este deseo de felicidad para que sea completo debe ir acompañado de la verdad. Agustín como buen conocedor del alma humana, sabe que la felicidad para que sea amada necesita que este objeto al cual dirigimos nuestro amor sea verdadero, ya que la felicidad se encuentra en el gozo de la verdad:

«Porque, si yo pregunto a todos si por ventura querrían gozarse más de la verdad que de la falsedad, no dudarían en decir que prefieren gozar más de la verdad cuanto no dudan en decir que quieren ser felices. La vida feliz es, pues, gozo de la verdad, porque éste es gozo de ti, que eres la verdad, ¡oh Dios, luz mía, salud de mi rostro,

⁴⁰ AGUSTÍN, *Confessionum*, 9, 10.

⁴¹ *Ibid.*, 13, 9, 10.

⁴² AGUSTÍN, *De moribus Ecclesiae Catholicae et de moribus Manichaeorum*, 1, 3, 4.

Dios mío! Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad. »⁴³

La vida feliz conlleva esta doble realidad conocer y amar la verdad. Nosotros reconocemos esta verdad, ya que de Ella venimos y hacia Ella vamos. Nosotros tenemos memoria de esta verdad. Este es el deseo hacia Dios, el deseo que nos invita a buscar y encontrarnos con el absoluto.

«Muchos he tratado a quienes gusta engañar; pero que quieran ser engañados, a ninguno. ¿Dónde conocieron, pues, esta vida feliz sino allí donde conocieron la verdad? Porque también aman a ésta por no querer ser engañados, y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad, ciertamente aman la verdad; mas no la amaran si no hubiera en su memoria noticia alguna de ella.»⁴⁴

Ahora bien, para que esta vida feliz sea completa necesita de un elemento: El tiempo. La vida feliz para que sea verdaderamente feliz, necesita de suyo, que sea eterna. Ya que, si el objeto verdadero que amo y que me hace feliz, perece, es finito, con el perece también mi felicidad, mi amor y su verdad. La inmortalidad, es el anhelo de todo aquel que ha amado, de todo aquel que ha deseado que ese momento o esa persona nunca terminaran, fuera para siempre. Es la misma fórmula que usa Pedro en el monte tabor cuando dice: «Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Hagamos tres carpas (Mc 9, 5)».

Para Agustín esta inmortalidad en el objeto de nuestro amor, hace que nuestra dicha sea verdadera.

«Si todos los hombres desean ser felices y es su deseo sincero, han de querer, sin duda, ser inmortales; de otra suerte no podrían ser dichosos. Finalmente, si les interrogamos sobre la inmortalidad, como se les preguntó sobre la felicidad, todos responderán que la quieren, Pero se busca en esta vida una dicha más bien nominal que tangible, y hasta se la llega a fingir, mientras se desespera de la inmortalidad sin la cual no puede existir verdadera felicidad»⁴⁵.

Si tal es el deseo hacia la felicidad y a la verdad, este deseo hace brotar en el hombre un deseo mayor hacia la vida eterna, ya que como diría Agustín, todos tienen deseos de vivir y no de morir.

«Todos, pues, hermanos, queremos la vida y la verdad. Mas ¿por dónde llegar, por dónde ir? Aunque aún no la poseemos, gracias a la mente y a la razón, ya conocemos por fe y vemos la meta adonde nos dirigimos: tendemos a la vida y a la verdad. Una y otra cosa es Cristo»⁴⁶.

Por ello, solo alcanzamos esta ‘verdadera verdad y esta eterna felicidad’ en el encuentro personal con Dios, como parte fundante de nuestra formación personal.

⁴³ AGUSTÍN, *Confessionum*, 10, 33-34.

⁴⁴ *Ídem*.

⁴⁵ AGUSTÍN, *De trinitate*, 13, 8, 11.

⁴⁶ AGUSTÍN, *Sermón 306* 10, 9.

Esta formación personal debe tener dos bastones seguros que nos ayuden en el camino: la gracia de Dios y la humildad.

Para Agustín, el hombre es incapaz de conocer y amar a Dios con sus propias fuerzas – a diferencia de Pelagio – por ello afirma que, si nuestra naturaleza tiene a Dios como creador, solo por medio de Él como maestro podemos conocer la verdad:

«Por tanto, si nuestra naturaleza procediera de nosotros, seríamos nosotros los autores de nuestra sabiduría, y no nos preocuparíamos de aprenderla con la doctrina; y nuestro amor, partiendo de nosotros y referido a nosotros, nos bastaría para vivir felizmente, y no tendría necesidad de algún otro bien de que gozar. Ahora bien, como nuestra naturaleza para existir tiene a Dios por autor, sin duda debemos que tenerlo a Él como maestro para conocer la verdad, y como suministrador de la suavidad íntima, para ser felices»⁴⁷.

La dependencia del hombre a Dios es absoluta; negando cualquier idea de autonomía respecto al bien, no respecto a la libre voluntad, sino respecto a nuestra meta y fin. Dios es para el hombre como es el principio al ser, es la luz de la inteligencia, la fuente del amor y de la felicidad⁴⁸. Por ello el bien del hombre se encuentra en el adherir a Dios, ya que sin Él «nuestro ser no tendrá allí la muerte, nuestro conocer no tendrá el error, nuestro amor no tendrá allí tropiezo»⁴⁹.

Por motivo de esta ‘dependencia ontológica’ es necesario que el hombre se mantenga unido a su creador, ya que «Os diré algo, hermanos, con atrevimiento, pero es verdad. Hay dos vidas: una la del cuerpo, y la otra la del alma. Así como la vida del cuerpo es el alma, así la vida del alma es Dios; y lo mismo que si el alma se ausenta, muere el cuerpo, así también el alma muere si le falta Dios»⁵⁰.

Dios es vida de mi alma y fuente de unidad, se encuentra presente en el corazón de todos los hombres: Dios es «dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío»⁵¹. Para entrar dentro y reconocer a este Dios que es la vida de mi vida, es necesario recorrer el camino de la humildad, ya que el soberbio «pone ante todo la confianza en sus propias fuerzas, constituyéndose a sí mismo en razón autónoma de su vida»⁵².

«A quien venga a mí, no lo echaré fuera Y, como si preguntases por qué: Porque no he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Temo que el alma haya salido fuera de Dios porque era soberbia; más bien, no lo dudo, pues está escrito: el inicio de todo pecado, es la soberbia, [...] ¿Por qué se ensoberbece? [...] Porque en su vida arrojó su intimidad. ¿Qué significa «arrojó», sino «echó lejos»? Esto significa salir fuera. Pues entrar dentro es apetecer la intimidad, arrojar la intimidad es salir fuera.

⁴⁷ AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, 11, 25.

⁴⁸ *Ibid.*, 8, 4; 8, 10, 1.

⁴⁹ *Ibid.*, 11, 28.

⁵⁰ AGUSTÍN, *Sermo 70/2*, 3.

⁵¹ AGUSTÍN, *Confessionum*, 3, 6, 11.

⁵² AGUSTÍN, *De spiritu et littera*, 7, 11.

Arroja la intimidad el soberbio, apetece la intimidad el humilde. Si la soberbia nos echa, la humildad nos hace regresar»⁵³.

Si la gracia nos ayuda a conocer la verdad, la humildad nos ayuda a reconocer al Dios que habita en nuestro interior como el Señor de nuestra vida, como vida de mi vida, que me invita a transparentar en 'mi vida convertida' ese Dios que habita en mi interior (Gal 2, 20). Esto es importante ya que como nos recuerda también Agustín: el árbol se conocerá por sus frutos (Mt 12, 33; Serm. Montaña 2, 24, 81).

«La purificación del corazón es como el ojo con el cual se ve a Dios; y para mantenerlo limpio se requiere tanta preocupación cuanta exige la dignidad del ser que con él se puede contemplar. [...] El vivir mal es por sí mismo dañino. En cambio, vivir bien, y no desear ser alabado parece inhumano [...] Si, pues, aquellos en medio de los cuales vives, no te alaban viviendo rectamente, ellos están en error; pero, si te alabaran, tú estás en peligro, a no ser que tuvieses un corazón tan sencillo y limpio, que todo lo que haces honestamente, no lo hagas por las alabanzas humanas y te alegrarías por los que te alaban con rectitud, ya que también les agrada lo que está bien hecho, más que congratularte a ti mismo; ya que vivirías rectamente, aunque nadie te alabase; y además comprendas que los mismos elogios que te tributan son provechosos para los que te alaban, si pretenden no ensalzarte a ti por tu buena conducta, sino que glorifican a Dios.»⁵⁴

El testimoniar a Cristo es una consecuencia de esta *sequela Christi*, pero aún en esta secuela, el testimonio debe transparentar nuestra humildad, poniendo siempre a Dios en el primer lugar y atrayendo a otros a su amor. Este movimiento es el origen de la *via caritatis* que completa nuestra formación personal. Una formación personal que debe ir orientada no solo hacia nuestra propia perfección o purificación del corazón, sino que hacia el bien de aquello que se nos han sido encomendados.

3. La *via caritatis*

La *via caritatis* como 'el camino del amor' propone a nuestra formación personal, afincada en el amor a Dios, anunciar y testimoniar este amor al hombre, aplicando como modelo de discernimiento la audacia del Evangelio, como nos recuerda El papa Francisco en *Evangelii Gaudium*:

«La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. (E.G. 33)»

Frente a un mundo que nos desafía, Francisco, con su estilo, anima a ser audaces y creativos en los objetivos, estructuras, estilos y métodos de nuestra evangelización. Este debe ser el propósito de cualquier formación personal, pero como nos advierte también Agustín, hay veces en que las dificultades hacen duro el camino y la

⁵³ AGUSTÍN, *In Evangelium Ioannis Tractatus*, 25, 15.

⁵⁴ AGUSTÍN, *De Serm. Dom. in monte*, 2, 1, 1

formación es escasa o casi nula. Ante estas dificultades el Obispo de Hipona nos recuerda que es en la Iglesia o en un sentido más largo, la comunidad donde el hombre religioso adquiere su fuerza para luchar contra las tentaciones y poder anunciar aquello que se vive. Agustín en su carta a *Leto* afirma:

«Si te tienes por recluta de Cristo, no abandones el campamento, en el que has de edificar aquella torre de la que habla el Señor en el Evangelio. Si te mantienes en ella y militas bajo las armas de la palabra de Dios, por ninguna parte podrán penetrar las tentaciones. Los dardos arrojados desde ella contra el adversario le llegan con mayor fuerza, y al ver los suyos se esquivan con tan firme baluarte»⁵⁵.

Si bien la comunidad o la Iglesia, es el lugar desde donde debe nacer nuestra misión apostólica, esta misión debe también considerar los carismas particulares a los cuales hemos sido llamados. Agustín hablando sobre los tres tipos de géneros de vida: contemplativo, activo y mixto, nos recuerda que en cada acción que realicemos debe existir una sana tensión entre la alanza a Dios y el servicio a Dios en el pobre. La contemplación y el estudio no deben olvidar al prójimo y la pastoral no debe olvidar la contemplación de Dios de las alturas:

«Es importante (hermanos) no perder de vista qué nos exige el amor a la verdad mantener, y qué sacrificar la urgencia de la caridad. No debe uno, por ejemplo, estar tan libre de ocupaciones que no piense en medio de su mismo ocio en la utilidad del prójimo, ni tan ocupado que ya no busque la contemplación de Dios. En la vida contemplativa no es la vacía inacción lo que uno debe amar, sino más bien la investigación o el hallazgo de la verdad, de modo que todos -activos y contemplativos- progresen en ella, asimilando el que la ha descubierto y no poniendo reparos en comunicarla con los demás»⁵⁶

Esta sana preocupación entre la alabanza y la caridad debe ser la medida que defina nuestra formación personal y también cualquier cargo en la Iglesia, ya que «el amor a la verdad busca el ocio santo, y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación. Si nadie nos impone esta carga, debemos aplicarnos al estudio y al conocimiento de la verdad. Y si se nos impone, debemos aceptarla por la urgencia de la caridad. Pero incluso entonces no debe abandonarse del todo la dulce contemplación de la verdad, no sea que, privados de aquella suavidad, nos aplaste esta urgencia.»⁵⁷

Si esta es la medida del amor, tanto para la alabanza como para la caridad la pregunta que faltaría por responder es ¿cómo nos debemos comportar ante esta atención pastoral? El mismo Agustín responde diciendo:

«A los que cayeron por negligencia, volverlos a su estado primitivo; enseñar a los ignorantes, amonestar a los olvidadizos, argüir a los que pecan, exhortar a los perezosos para que piensen en su salvación y obren con diligencia, conducir al camino de la verdad a los equivocados, curar a los enfermos, sostener la fragilidad del

⁵⁵ AGUSTÍN, *Epistulae* 243, 1

⁵⁶ AGUSTÍN, *De Civitate Dei* 19, 19, 1.

⁵⁷ *Ídem*.

cuerpo por el vigor del alma, confirmar en el amor de la piedad y de la castidad, iluminar a todos, sobre todo, conceder a cada uno la fe y la caridad.»⁵⁸

Conclusión

En estas breves líneas hemos tratado de configurar estos dos grandes momentos que, a nuestro juicio, debe tener toda formación personal: la búsqueda interior y la *via caritatis*. Una buena formación personal debe alimentar nuestra vocación y por medio de ella animar, con nuestro ejemplo la vida de muchos. Todos nuestros conocimientos, actividades y retiros no serán nada si no tiene a Dios y a los otros como a su fin.

Si bien la formación personal debe considerar saberes tanto intelectuales, prácticos u espirituales, cada uno de estos deben ir orientados a una triple prioridad: Dios, nosotros y los demás. Esta debería ser la clave de toda formación personal en la vida religiosa.

Y para terminar recemos junto con Agustín cuando se interroga en las confesiones sobre el tiempo.

«Dame lo que amo, pues ciertamente lo amo, y esto es don tuyo. Dámelo, ¡oh Padre!, tú que sabes dar buenas dádivas a tus hijos; dámelo, porque me he propuesto la tarea de conocer y tengo ante mí un duro trabajo hasta que me abras.»⁵⁹

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

1. ¿Qué instancias personales de formación permanente tengo en este momento de mi vida?
2. ¿Qué instancias me ofrece la comunidad, mi circunscripción?
3. ¿Qué podemos hacer, a nivel personal y comunitario, para no descuidar la formación permanente?

⁵⁸ Réplica al sermón de los arrianos, 30.

⁵⁹ AGUSTÍN, *Confessionum*, 11, 14, 17.

TEMA 7:

CRECER EN EL ESPÍRITU AGUSTINIANO:

Crecer en la internalización y vivencia práctica de la Espiritualidad Agustiniiana, tanto en nuestra propia vida consagrada, como en la impronta (en el sello específico) de nuestras propias Obras y Servicios.

Objetivo: lograr reflexionar sobre el desarrollo de la vida espiritual agustiniana en la dinámica de crecimiento y camino, vivenciada de manera personal y comunitaria.

Introducción

El cultivo de la vida espiritual es para los seres humanos, requiere de un cuidado especial y serio, es dejar que el Espíritu de Dios haga su obra en la vida de cada hermano y en nuestras comunidades.

La vida de un fraile agustino es un don de Dios para la Comunidad, el hermano está llamado a poner sus dones y talentos al servicio de todos. Este proceso lleva al desarrollo de la vida espiritual. Todos estamos llamados a crecer, a mirar hacia adelante, siempre para asumir un compromiso con la vida en la realidad de nuestras comunidades y nuestros pueblos.

Nuestra vida es una gran aventura, que supone un camino y crecimiento; es decir un crecimiento que se transforma y nos invita a madurar (esta maduración supone haber pasado por momentos difíciles, de crisis, de soledad, de angustia; momentos y espacios íntimos con el Señor, estas experiencias si bien es cierto golpean, pero nos hacen crecer). San Agustín vivió este crecimiento en clave de discernimiento y búsqueda constante *“Busquemos a Dios con el deseo de encontrarlo y encontrémoslo con el ansia de buscarlo aún más”* [San Agustín, *La Trinidad 9, 1, 1, BAC, Tomo V, Madrid 1985*], la búsqueda no deja de ser operación de aventura, de inquietud y sobre todo de crecimiento espiritual.

Ningún ser humano puede negarse la oportunidad de crecer y madurar en la vida espiritual, si renunciamos a este don, sin duda alguna estaremos muertos en vida, habremos apagado el Espíritu y fácilmente llegaremos al cansancio y la rutina, más aún se habrá perdido la fe.

El objetivo de esta meditación en clave agustiniana es caer en la cuenta de nuestro crecimiento espiritual a nivel personal y comunitario. Como buenos agustinos no podemos descuidar este espacio, tenemos de nuestro lado la vida espiritual de Agustín de Hipona, considerado como el gran maestro de la interioridad, padre y doctor de la Iglesia, padre espiritual de la Orden de San Agustín.

Es fundamental entrar en lo profundo de nuestro ser para examinarnos y poder trascender. La meta final será siempre la comunión con Dios, *“Quien busca a Dios,*

aunque tropiece y caiga por el camino, acaba encontrándolo. A la noche le sucederá el día, a la penumbra la luz. Nadie llega a la meta sino el que está en el camino, más no todo el que está en camino llega” [San Agustín, Sermón 346, BAC, Tomo XXVI, Madrid 1985].

Propongo tres puntos a reflexionar:

- 1. El Crecimiento en la Palabra de Dios**
- 2. El Crecimiento en la experiencia espiritual de Agustín**
- 3. El Crecimiento en la espiritualidad agustiniana**

1. El crecimiento en la Palabra de Dios

1.1 En el Antiguo Testamento

La primera palabra de Dios al hombre es un mandato, un llamado a crecer: **“Crezcan y multiplíquense”** (Gen 1, 28). Entonces el primer gesto de Dios para el hombre es el bendecir la vida. Podemos decir que Dios nos ha creado para que dominemos y cuidemos la creación; sobre todo para crecer en libertad y en comunión con nuestro creador.

Todas las intervenciones que Dios hace, es para salvar la vida y para hacerla triunfar frente al pecado. La finalidad de la predicación de los profetas en el Antiguo Testamento es hacer que el pueblo tome conciencia de su pecado para que crezca en fidelidad y justicia.

1.2 En el Nuevo Testamento

Si vamos al Nuevo Testamento, la llamada a crecer es constante: *“El Reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas”* (Mt 13, 31-32).

Lo primero que se dice de Jesús es que: *“crecía en edad, sabiduría y gracia, ante Dios y los hombres”* (Lc 2, 52). Y toda la misión de Jesús es un crecer en el cumplimiento de la voluntad del Padre, hasta la cumbre: la muerte en la cruz.

En resumen, el primer sí del hombre a Dios, el más fundamental, es un sí a la vida, al crecimiento. Crecer es nuestra primera vocación: estamos llamados a decir sí a Dios, sí a la vida.

1.3 La Palabra de Dios muestra cómo el ser humano pone resistencias al crecimiento

El pueblo de Israel en el desierto se queja y añora la seguridad de la esclavitud (Num 14, 2-3; Ex 16, 3). Se acostumbró a la rutina y la pasividad.

Pedro tiene miedo caminar sobre las aguas (Mt 14, 30). Nicodemo está turbado ante el llamado de Jesús a nacer de nuevo (Jn 3, 9). El joven rico rechaza la invitación a dejar

sus bienes, sus seguridades para arriesgarse a la aventura del crecimiento (Lc 18, 18-25).

Aquí sería bueno preguntarnos ¿Cuántas personas a nuestro alrededor multiplican los esfuerzos para no crecer? ¿Cuántos hermanos ya no desean abrirse a la novedad? Han perdido las fuerzas, afirmando en todo momento que aquellos años eran mejores. Cuando hay un proyecto común de mi Circunscripción ¿Lo apoyo o simplemente digo esto no va conmigo? Crecer en el espíritu agustiniano es apoyar los proyectos comunes que han sido frutos de muchos diálogos y esfuerzo de la mayoría, como agustinos debemos dar testimonio de la comunión.

Crecer es siempre un riesgo, una elección. Nuestro padre Abraham es un ejemplo de crecimiento, en todo momento se fio del Señor. Hay que dejar la propia tierra para aceptar y caminar hacia lo desconocido.

Hermanos Agustinos; la llamada a Crecer es insoslayable, no la podemos negociar ¿Por qué no quiero crecer? ¿Por qué he caído en la rutina y domesticación? Son muchos los que no quieren crecer, nos quedamos en una etapa de la vida, nos instalamos en nuestras comunidades, hacemos nuestras obras de manera personal, ya no consultamos a la comunidad. No nos engañemos; esto en el fondo es un rechazo a Dios, un rechazo a la vida en el Espíritu, por tanto, a crecer espiritualmente en la vida agustiniana. No podemos cerrarnos a esta gran oportunidad de crecer ¡Ánimo!

2. El Crecimiento en la Experiencia espiritual de Agustín

Si pretendemos hablar del crecimiento en la experiencia espiritual de Agustín, tendremos que hacerlo desde el deseo de búsqueda, peregrinación y conversión; es el hombre de corazón inquieto, famoso por su búsqueda constante de la Verdad; niño, adolescente inquieto, filósofo, joven con muchas interrogantes y conflictos, hombre convertido, monje contemplativo, genio literario, obispo, teólogo y sobre todo un ser humano necesitado de Dios, un ser humano en camino, peregrinación y crecimiento.

El corazón inquieto de san Agustín le provocó un deseo irrefrenable de búsqueda, de compromiso ante la verdad y el amor, para captar el misterio de Dios que, desplegado ante él, le sobrepasaba y le atraía a la vez. [Thomas Martín, OSA Nuestro Corazón Inquieto: la tradición agustiniana, Madrid, 2008, Pag 19].

La peregrinación es un tema bíblico desde la llamada de Abraham a ponerse en camino (Gn 12, 1) y que resuena en la exclamación de Jesús: **“Yo soy el camino”** (Jn 14, 6). Agustín al utilizar esta antigua imagen de profundas resonancias, ofrece una convincente visión de la vida cristiana y de su meta. Su mundo interior sabía que el viaje era siempre imprescindible y arduo, pero este mismo hecho servía sólo para incrementar el deseo por un seguro regreso a casa: “Dulce es la patria, la única y verdadera patria, la sola patria. Vivir fuera de ella es peregrinar” (en. Ps. 61, 7).

“Agustín no permitirá ni así mismo ni a sus oyentes olvidar la peregrinación, exhortando incesantemente a todos a mantener el rumbo, a recordar que son peregrinos, miembros de una comunidad de viajeros. Lo que marca la visión espiritual

de Agustín es que él llegó a conocer el viaje: dónde se dirigía, cómo iba a llegar hasta allí, hacia donde dirigir su mirada, y sobre todo que era un viaje que debía ser compartido”. [Thomas Martín, OSA Nuestro Corazón Inquieto: la tradición agustiniana, Madrid, 2008, Pag 35].

El corazón de Agustín estuvo constantemente en un inquieto peregrinar; necesitamos dedicar un espacio para la reflexión y preguntarnos si en nuestras comunidades **¿hay seriedad y fidelidad en este camino de búsqueda y peregrinar tal y como lo experimenta y plantea Agustín? ¿Hay fidelidad a la fuente agustiniana?**

Sin duda alguna el acontecimiento más conocido de la vida de Agustín es su Conversión, muy bien narrado en el libro de sus confesiones. La conversión es un camino de peregrinación y crecimiento en la vida de Agustín.

El Papa emérito Benedicto XVI es un enamorado del pensamiento de Agustín; durante los meses de enero y febrero del 2008 dedicó en sus audiencias generales sus reflexiones sobre San Agustín, uno de los más grandes convertidos de la historia cristiana.

El Papa hace visible su personal devoción y reconocimiento, ya que se siente profundamente unido por la importancia que ha tenido en su vida como teólogo, sacerdote y pastor.

¿Por qué uno de los más grandes convertidos? Porque la conversión de San Agustín no fue algo repentino ni tuvo lugar plenamente desde el inicio, sino que es un verdadero camino de búsqueda constante, que puede ser un modelo para todos los hombres de hoy. «El camino de conversión de Agustín continuó humildemente hasta el final de su vida, hasta el punto de que se puede verdaderamente decir que en sus diferentes etapas se pueden distinguir fácilmente tres y que éstas forman una única y gran conversión». [BENEDICTO XVI, *Reflexiones sobre San Agustín: San Agustín, uno de los más grandes conversos de la historia*, Iquitos 2008, Audiencias generales enero-febrero 2008, 36].

El Papa emérito distingue tres etapas:

a. La primera conversión

Durante toda su vida fue un apasionado de la verdad; en su primera etapa del camino de la conversión lo hizo mediante el acercamiento progresivo del cristianismo. Su madre lo acompañó en todo momento, recibió de ella una educación cristiana; aún en sus años de juventud donde llevó una vida desordenada, siempre sintió una profunda atracción por Cristo, habiendo bebido el amor por el nombre del Señor con la leche materna como él mismo subraya en el libro de sus confesiones.

La filosofía de orientación platónica, contribuyó para que Agustín se acercase a Cristo, ésta le manifestó la existencia del logos, la razón creadora, pero no le manifestó cómo alcanzar este logos. Sólo la lectura de las cartas de Pablo en la fe de la Iglesia Católica, le revelaron la verdad, cuando escuchó en el jardín la voz infantil que le decía “toma y

lee, toma y lee". «Había comprendido que esa palabra, en aquel momento, se dirigía personalmente a él, procedía de Dios a través del apóstol y le indicaba qué es lo que tenía que hacer en ese momento. De este modo sintió cómo se despejaban las tinieblas de la duda y era liberado para entregarse totalmente a Cristo». **Esta fue la primera y decisiva conversión.**

b. La Segunda conversión

Es un camino que hay que recorrer, con paciencia, valentía, humildad, abiertos al cambio, a una purificación permanente, es algo que cada ser humano necesita. "Pero el camino de Agustín no había concluido con aquella Vigilia pascual del año 387. Al regresar a África, fundó un pequeño monasterio y se retiró a él, junto a unos pocos amigos, para dedicarse a la vida contemplativa y de estudio. Este era el sueño de su vida. Ahora estaba llamado a vivir totalmente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad. Un hermoso sueño que duró tres años, hasta que, a pesar suyo, fue consagrado sacerdote en Hipona y destinado a servir a los fieles. Ciertamente siguió viviendo con Cristo y por Cristo, pero al servicio de todos. Esto era muy difícil para él, pero comprendió desde el inicio que sólo viviendo para los demás, y no simplemente para su contemplación privada podía realmente vivir con Cristo y por Cristo". [BENEDICTO XVI, *Reflexiones sobre San Agustín: San Agustín, uno de los más grandes conversos de la historia*, OALA, Iquitos 2008, Audiencias generales enero-febrero 2008].

De esta manera Agustín aprendió a pensar en los demás. Aunque con dificultad, puso a disposición el fruto de su inteligencia; aprendió a comunicar su experiencia de fe a la gente sencilla. Predicó continuamente para la construcción del reino, algunas veces tenía que reprender, pero todas sus predicas eran desde la bondad y justicia de Dios. **Entonces su segunda conversión consistió en comprender que se llega a los demás con sencillez y humildad.**

c. La tercera conversión

Esta conversión; es la que lo llevó cada día de su vida a pedir perdón a Dios. Al inicio había pensado que una vez bautizado en la vida de comunión con Cristo, en los sacramentos, en la celebración de la Eucaristía, iba a llegar a la vida propuesta por el Sermón de la Montaña: la perfección donada en el bautismo y reconfirmada en la Eucaristía. Se da cuenta que sólo el mismo Cristo realiza verdadera y completamente el Sermón de la Montaña.

Todos tenemos la necesidad de una conversión permanente. Todos los días de nuestra vida hasta el final, necesitamos esta humildad que nos invita a reconocer que somos pecadores en camino, hasta que nuestro Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce a la vida eterna.

Su vida de humildad es una de las virtudes que más le ha caracterizado; él siendo una lumbrera y una de las figuras más grandes en la historia del pensamiento, no se sintió más que los demás, sino al contrario poseía la virtud de la humildad intelectual.

3. El crecimiento en la Espiritualidad agustiniana

“La espiritualidad de la Orden, procede del seguimiento de Cristo según los preceptos evangélicos y de la Acción del Espíritu Santo. Tiene como principal punto de referencia el ejemplo y magisterio de san Agustín y la tradición misma de la Orden. El código fundamental de esta espiritualidad es la Regla, que debe regir nuestra vida y actividad. La Espiritualidad Agustiniana, desarrollada a través de la historia y enriquecida por el ejemplo de la doctrina de nuestros mayores, debe vivirse conforme a las circunstancias de tiempo, lugar y cultura, en consonancia con el carisma de la Orden” [Constituciones II, 16].

Ahora bien, el ideal que San Agustín quiso siempre para los suyos tenía tres pilares básicos: Búsqueda de Dios-interioridad, vida común y servicio a la Iglesia. El crecimiento en la vida agustiniana debe encaminarse bajo estos tres pilares:

3.1 Búsqueda de Dios-Interioridad

Nuestras constituciones dicen: “Consciente o inconscientemente, tendemos de modo continuo e insaciable a Dios para gozar del bien infinito con que se sacie nuestro deseo de felicidad, porque nos hizo para Él y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Él. Así, nuestra principal dedicación común es buscar a Dios sin límites, ya que sin límites debe ser amado. Pero no podemos buscar juntos a Dios sino en Cristo Jesús, Verbo que se ha hecho carne por nosotros para hacerse camino, verdad y vida para nosotros [...] La oración personal y comunitaria, el estudio y cultivo de la ciencia, la investigación sobre la realidad actual y la misma actividad apostólica son dimensiones necesarias en esta búsqueda, que nos acerca a las preocupaciones de nuestra sociedad. En efecto, nada humano nos es ajeno, sino que nos implica más en el mundo, ámbito del amor de Dios” (cf. Jn 3,16) y del encuentro con Él. (Constituciones II, 22).

La experiencia humana y espiritual de San Agustín se puede sintetizar así: Agustín buscó incesantemente a Dios; una vez que lo encontró se dedicó totalmente a Él en comunión con los hermanos. Pero, ¿Cómo buscar y donde encontrar a Dios? Por el camino de la interioridad dice Agustín.

Agustín define la interioridad como el recogimiento dentro de sí. Es el retorno al propio centro, a Dios. Y el encuentro con Dios dentro de sí se da por el autoconocimiento.

Quien quiera conocer la verdad debe viajar a su interior, bucear en él, descubrir allí la presencia silenciosa del Maestro interior y dejarse instruir por él. «Yo soy el que oye; el que habla es él; yo tengo que ser iluminado, él es la luz; yo soy el que oye, él es el verbo» (SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 13, 12).

“Para llegar a un autoconocimiento y encontrar a Dios en el interior, es necesario hacer silencio en todos los aspectos, ya sea físico, afectivo y mental: Deja siempre un poco de espacio tanto para la reflexión como para el silencio. Entra en ti mismo, deja atrás el ruido y la confusión. Sumérgete en tu interioridad y trata de encontrar ese dulce y escondido camino del alma donde podrás olvidarte de los ruidos y

argumentaciones; donde no necesitas discutir contigo mismo para demostrar que siempre tienes razón y que estás en lo cierto. Escucha la voz de la verdad en silencio para que puedas entenderla” (SAN AGUSTÍN, *Sermón* 52, 22, BAC, Tomo X, Madrid, 1983).

Realmente, no podemos encontrarnos con Dios si no nos encontramos primero con nosotros mismos para liberarnos de aquello que nos impide el contacto con Dios; tales como la envidia, el individualismo, afectos desordenados, egoísmo, orgullo, envidia, etc.

Debemos tener en cuenta que: «Dios es el principio y fin de todos y de todo. Retornar a la interioridad no es propiamente un hecho psicológico, un método de autocontrol; pienso y quiero volver a mí mismo, porque creo que soy el laboratorio de la vida que Dios creó y que mi vida vuelve a él» (M. LUCAS, *Entrevista con San Agustín*, Santa Fe de Bogotá 1998, 47).

La interioridad es el primer paso para la conversión, si cultivamos nuestra vida interior podremos continuar con el proceso de la conversión; esto nos llevará luego a poder asumir un compromiso con nuestra comunidad y por tanto con el pueblo de Dios.

A continuación, algunos medios para crecer en el Espíritu agustiniano en sintonía con la búsqueda y la interioridad.

a. La oración

La oración ocupa un lugar importante y necesario en la vida de Agustín ya que se entiende a partir de la interioridad. San Posidio el primer biógrafo de San Agustín, dice de él que «vivía para Dios con ayunos, oración y buenas obras [...] Meditando día y noche en la ley de Dios, comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su estudio y oración» POSIDIO, *Vida de San Agustín*, 3, BAC, Tomo I, Madrid 1994.

Al orar el hombre toma conciencia, de su realidad. «Cuando oramos somos todos mendigos de Dios; estamos de pie a la puerta del Padre; más aún, nos postramos y gemimos suplicantes, queriendo recibir algo, y este algo es Dios mismo» SAN AGUSTÍN, *Sermón*, 83, 2, BAC, Tomo X, Madrid, 1983.

Agustín nos enseña que, en la oración, lo primero es oír a Dios, recogerse, encontrarse; es la vuelta a la interioridad, donde nos espera el maestro interior. Allí está Dios, allí habita, desde allí nos conduce.

Lo interior está en contraste con lo exterior. Lo exterior tiene su importancia, pero las sensaciones y experiencias exteriores tienen que ser asumidas y asimiladas por el interior.

En la Regla encontramos siete veces este paso de la exterioridad a la interioridad: “el paso de la oración de la boca a la oración con el corazón; del hambre corporal al

hambre de la Palabra de Dios; del no querer agradar por la ropa, al agradar a Dios por una vida recta; de la mirada exterior al deseo interior; de una herida corporal a la herida del corazón; de la apariencia exterior, a la cualidad del buen carácter, de perdonar con palabras, al perdón del corazón” (T. VAN BAVEL, *Cuando tu corazón ora*, Chalma 2001, 51-52).

También debe estar claro que volver al propio corazón, no nos asegura, que allá descubrimos al verdadero Dios; bien podría ser que tropecemos con una imagen muy humana de Dios o con un dios hecho a la medida del hombre. El verdadero Dios siempre será incomprensible, sobrepasa todo pensamiento humano. Dios siempre nos sorprende con cosas nuevas.

b. La Palabra de Dios

Nuestras Constituciones dicen al respecto: “La vida cristiana se renovará en nosotros cada día y florecerá en la Orden, si cada uno “lee ávidamente, escucha con devoción y aprende con ardor” la Sagrada Escritura, sobre todo el Nuevo Testamento, ya que “casi en cada página no suena otra cosa que Cristo y la Iglesia”. Acuérdense además los Hermanos de acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se realice el diálogo del hombre con Dios” (Constituciones II, 19).

En el momento crucial de su conversión Agustín se encontró con la Palabra de Dios: «Como en pleno día, procedamos con decoro: nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revístanse más bien del Señor Jesucristo y no se preocupen de la carne para satisfacer sus concupiscencias» (Rom 13, 13-14).

En el proceso de la conversión de San Agustín se produce el encuentro con la Palabra de Dios, que le invita a un cambio y a una nueva forma de vivir. En última instancia la conversión de San Agustín se basa en la Escritura.

La Palabra de Dios es punto de partida y es meta. La Escritura es el libro de la espiritualidad, el espejo que permite tomar conciencia de la propia realidad. «Es como una voz que habla todos los días».

La Palabra de Dios es tan profunda como fascinante, «¡Asombrosa profundidad la de tus Escrituras! Ante nosotros se presenta su superficie que es atrayente para los niños, pero es asombrosa su profundidad, Dios mío, es admirable su hondura. Da vértigo asomarme a esa profundidad. Es un vértigo de respeto y un temblor de amor» (SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, Iquitos 1986, 12, 14, 17).

En las lecturas y las homilias de cada celebración litúrgica, escuchamos la voz de Dios día a día. La Palabra de Dios o de Jesús no es una palabra sin compromiso. No es algo que nosotros redactamos a nuestro gusto. Es más bien novedosa, penetra en nuestra existencia y ejerce fuerza sobre nosotros. Es exigente porque siempre nos llama a vivir según la Palabra; nos llama a la conversión, a un cambio de vida, a crecer día a día, a aspirar lo mejor.

c. La humildad

La humildad para San Agustín es una de las virtudes fundamentales, no es otra cosa que tomar conciencia de lo que somos en relación con Dios y con toda la creación. Es «el camino medio, verdadero y derecho, entre la desesperación y la presunción».

El fundamento y punto de partida de una vida humana y auténtica y de toda senda espiritual es la humildad, sin ella nada es posible. Sólo el humilde comprende la realidad y está en contacto con lo que es verdaderamente importante, da sentido permanente a la vida y es esencial. «El camino para alcanzar y conseguir la verdad es: primero la humildad; segundo la humildad; tercero la humildad y cuántas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo» (SAN AGUSTÍN, *Carta 118*, 3, 22, BAC, Tomo XI, Madrid 1987).

3.2 Vida Común:

“La comunidad es el eje en torno al cual gira la vida religiosa agustiniana: comunidad de Hermanos que viven unánimes en la casa, teniendo una sola alma y un solo corazón, buscando juntos a Dios y dispuestos al servicio de la Iglesia” (Constituciones II, 26).

A aquellos que quieren tomar parte en su experiencia de búsqueda de Dios, Agustín les propone el ejemplo de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, referido en los Hechos de los Apóstoles: “Todos tenían un solo corazón y una sola alma, todo lo tenían en común y a cada uno se le daba según su necesidad”.

Unidad de ideales y de proyectos, perfecta vida común, respeto por las necesidades y la dignidad de la persona: son las tres notas que caracterizan la comunidad agustiniana, la cual, en el pensamiento de Agustín, quiere ser en la tierra un signo de la ciudad celestial, imagen, aunque pálida e imperfecta, de la perfectísima comunión que se da entre las tres personas de la Santísima Trinidad.

Situada así la comunidad, la obediencia se convierte en colaboración, la pobreza en un compartir, la castidad en un medio que abre el corazón a la acogida y al sentido de la fraternidad universal; el peso de la vida común es superado con la amistad en Cristo que no sólo fortifica la personalidad, sino que acrecienta la verdadera libertad del individuo; la humildad, que es la base de la vida común se convierte en sentido de responsabilidad.

“La comunidad agustiniana está llamada a ser signo profético en este mundo, de modo que su vida fraterna sea fuente de comunión y motivo de esperanza” (Constituciones II, 33).

3.3 El servicio a la Iglesia:

“Siguiendo las huellas de san Agustín, el amor a la Iglesia nos lleva a mostrarle una total disponibilidad para socorrerla en sus necesidades, aceptando con prontitud las tareas que nos pide, según el carisma de la Orden. Recuerden los Hermanos que esta disponibilidad al servicio de la Iglesia constituye una de las características esenciales, que distingue nuestra espiritualidad. Además, estando abiertos al mundo, nos

sentiremos solidarios con toda la familia humana e implicados en sus avatares, atentos sobre todo a las necesidades de los pobres y de los que padecen gravísimos males, sabiendo que cuanto más estrechamente estemos unidos a Cristo, tanto más fecundo será nuestro apostolado” (Constituciones II, 35)

No puede tener a Dios por Padre quien no tiene como madre a la Iglesia, empujado por esta convicción expresada anteriormente por san Cipriano y habiéndola hecho propia, Agustín empleó todas sus energías en luchar por la unidad de la Iglesia y en salvar la integridad de la fe contra las herejías.

La comunidad agustiniana sirve a la Iglesia ante todo mostrándose como signo de unidad, promotora de comunión, maestra de interioridad y de contemplación; mostrando una especial devoción y fidelidad a la Iglesia y a los Sumos Pontífices, y esto también en gracia de la especial intervención de la sede Apostólica en la Constitución de la Orden, Promoviendo su doctrina con la enseñanza, la predicación, la actividad científica, en fin, con una pronta actividad apostólica, al servicio y de acuerdo con las necesidades urgentes de la Iglesia local y de la Iglesia universal.

Sin duda alguna Agustín amó tanto a la Iglesia de Cristo que comprendió las necesidades que tenía, él no era sacerdote, pero el pueblo lo eligió. Amó profundamente a la Iglesia que asumió el papel de un buen pastor a ejemplo de Cristo el Buen Pastor por excelencia que da la vida por sus ovejas.

Hermanos amemos a la Iglesia, no la destruyamos, no la debilitemos, preparémonos con mucho celo para seguir dando buen testimonio de la vida agustiniana donde nos encontremos, hoy se nos pide estar atentos a los signos de los tiempos, hoy urge entrar en el campo de las universidades, sin descuidar a los pobres, hoy tenemos que estar atentos a los nuevos areópagos que nos ofrece la cultura posmoderna como lo proponen nuestros pastores de América Latina en la Conferencia de Aparecida (DA 491-500). No nos olvidemos que en todo nuestro servicio debe reinar la caridad y la misericordia.

Preguntas para la reflexión y diálogo

1. A la luz de la Palabra de Dios que nos invita al crecimiento y al camino **¿Tengo la capacidad para reconocer con humildad algunos aspectos de mi vida que me han ayudado en el crecimiento?** También la Palabra de Dios nos muestra cómo muchos personajes de la biblia han puesto una barrera para el crecimiento **¿Cuáles son esas resistencias que ponemos en el camino para no crecer en mi vida personal y en la comunidad?**

2. La vida espiritual de San Agustín en clave de crecimiento, es una constante búsqueda de Dios por el camino de la interioridad, la conversión, la vida común y el servicio a la Iglesia; como agustinos de América Latina **¿Somos fieles a la tradición agustiniana? ¿Somos testimonio de la comunión en nuestras comunidades locales y en nuestros apostolados?** El crecimiento se muestra cuando damos

testimonio del carisma agustiniano **¿Somos fieles al carisma de la Orden de San Agustín o tratamos asumir otros caminos que no son propios de la Orden?**

TEMA 8:

CRECER EN EL CELO APOSTÓLICO:

¿Las Obras Pastorales como las llevamos responden a nuestro Carisma y Espiritualidad Agustinianas; y a las necesidades del mundo actual? Crecer en el compromiso personal con el trabajo pastoral, realizado comunitariamente, en Equipo, según el espíritu e impronta de San Agustín.

¿Cómo crecer en el celo apostólico en los tiempos actuales, a la luz de nuestra realidad latinoamericana? Esto representa un gran desafío que solo puede iniciar con una óptica de fe, que nos hace recordar palabras de esperanza de uno de los grandes padres del Concilio Vaticano II Cardenal Suenens:

Soy un hombre de esperanza porque creo que Dios es nuevo cada día. Porque creo que Él está creando el mundo en este instante. No lo creó en un pasado lejano y se ha olvidado de él. Lo crea ahora: hay que estar dispuestos a esperar lo inesperado de Dios.

Los caminos de la providencia son habitualmente sorprendentes. No estamos prisioneros de ningún determinismo, ni de ninguna estadística de los sociólogos.

Dios está aquí, a nuestro lado, imprevisible y amante. Por eso nuestra historia es historia de Dios y la historia de Dios es la historia de los hombres.

Soy un hombre de esperanza, y no por razones humanas o por optimismo natural, sino simplemente porque creo que el Espíritu Santo actúa en la Iglesia y en el mundo, hasta allá donde es ignorado.

Soy un hombre de esperanza porque creo que el Espíritu Santo es siempre Espíritu creador. Cada mañana da, al que lo sabe acoger, una libertad fresca y una nueva provisión de gozo y confianza.

En una carta de la Congregación de la Vida Consagrada en el Año dedicado a los religiosos, se explica que el Papa Francisco ofrece a los religiosos:

Una invitación fidedigna que nos inspira plena confianza, una invitación a renunciar a los razonamientos institucionales y a las justificaciones personales, una palabra provocativa que cuestiona nuestro vivir a veces adormecido, al margen, con frecuencia, del desafío si tuvierais fe como un grano de mostaza (Lc 17, 5). Invitación que nos anima a elevar el espíritu para dar razón al Verbo que mora entre nosotros, al Espíritu que crea y constantemente renueva la Iglesia.⁶⁰

Es una llamada a la alegría del evangelio y la necesidad de renovar nuestro celo apostólico para que seamos testigos de fe de la Buena Nueva de la Alegría:

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.⁶¹

⁶⁰ Carta 2 febrero 2014.

⁶¹ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 1.

El celo apostólico tiene que partir de esta alegría y tiene que insertarse en el mundo de hoy, para que el mundo se transforme y se hace más como la ciudad de Dios.

En su carta apostólica para el Año de la Vida Consagrada el Papa Francisco plantea el gran desafío:

"El Año de la Vida Consagrada nos interpela sobre la fidelidad a la misión que se nos ha confiado. Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy? ¿Hay algo que hemos de cambiar? ¿Tenemos la misma pasión por nuestro pueblo, somos cercanos a él hasta compartir sus penas y alegrías, así como para comprender verdaderamente sus necesidades y poder ofrecer nuestra contribución para responder a ellas?"

Somos llamados a "Despertar el Mundo" con nuestra vivencia como agustinos en el continente de la esperanza. Esto nos exige de tener una reflexión desde la más profunda oración personal y comunitaria para discernir sobre nuestras obras pastorales a la luz de la realidad de América Latina, y el carisma agustiniano. Es una tarea importante y a la vez difícil. Uno puede leer la realidad desde su propia perspectiva, desde nuestros propios gustos, temores o sueños y fácilmente poner el signo igual entre nuestro deseo y la voluntad de Dios. Nuestro Deseo = Voluntad de Dios. Así nos quedamos tranquilos, sin interpelarnos, sin incomodarnos, sin responder seriamente a la pregunta ¿si nuestros ministerios son "adecuados a la sociedad y a la Iglesia de hoy", si "hay algo que hemos de cambiar"?

¿Cuáles son unos de los aspectos que puede ayudarnos responder a este desafío? ¿Cuáles son unas perspectivas donde la realidad latinoamericana y el carisma agustiniano crucen para formar una esquina desde lo cual nuestra mirada puede ser renovada presentándonos nuevos caminos o nuevas interpelaciones? Usando la frase del *Capítulo General Intermedio* de 1998: "contemplando la realidad con ojos agustinianos" tenemos la posibilidad de encontrar nuestra vocación particular para la Iglesia de América Latina y el Caribe. Como dice este documento: *"Desde esta contemplación serena de nuestro tiempo y de nuestras culturas, es posible diseñar una aportación agustiniana a los rasgos y desafíos que el mundo presenta a la Iglesia"* (CGI '98, n. 25). Por lo cual, no debemos dudar del valor de poner los desafíos actuales bajo la luz que nos ofrecen San Agustín y nuestros raíces mendicantes, para descubrir nuevos aportes desde principios siempre antiguos y siempre nuevos.

Podemos ver unos elementos para formar estos cruces entre realidad (de América Latina) y espiritualidad (nuestro carisma) usando como base la perspectiva de la realidad de la Iglesia en América Latina y el Caribe como manifestado por nuestros obispos en sus Conferencias Episcopales (Medellín II, Puebla III, Santo Domingo, IV, Aparecida V), señalando 4 aspectos:

- 1) La búsqueda de la Verdad y la necesidad de una conciencia crítica.
- 2) La Dignidad Humana, reflejo de ser creado a imagen de Dios.
- 3) Los pobres: el rostro del Christus Totus.

4) La Iglesia, misterio de comunión.

1. La Búsqueda de la Verdad y una conciencia crítica

La búsqueda de la verdad es uno de los elementos más significativos de la conversión de san Agustín. Su conversión es multidimensional, y una de los elementos más importante es convertirse de ser un «mentiroso al servicio del emperador» a ser «un defensor de la verdad de Dios». Agustín, como un orador oficial del imperio, tenía que torcer los hechos en tal forma que la mentira apareciera como verdad para pintar una imagen buena del emperador, de modo que fuera presentado como un líder preocupado por el pueblo. Parte esencial de su conversión es ver la necesidad de dejar de lado este oficio de engaño y convertirse en un defensor de la verdad de Dios⁶².

Una tarea muy importante en san Agustín, dada su propia experiencia, es precisamente la de desenmascarar la mentira y el engaño del gobierno⁶³. Es lo que se refiere hoy con la palabra concientización y/o conciencia crítica. El invita a tener una actitud de conciencia crítica frente la realidad, sobre todo en lo que se refiere al modo como la pintan los gobiernos y los que controlan los medios de comunicación⁶⁴. La

⁶² En su defensa de la verdad llega a discutir incluso con san Jerónimo, que había sugerido en su *Comentario sobre Gálatas* que Pablo y Pedro estaban fingiendo sus desacuerdos. Agustín responde con una carta (n. 28) de protesta a Jerónimo y escribe una obra donde deja clara que no hay justificación ninguna por hacer falsedades. *De mendacio*, 17.

⁶³ Cf. PINHEIRO, L. A, «Una reflexión de san Agustín que puede iluminarnos sobre el tema de la conciencia crítica», en *El Mundo Político-Económico: Una Perspectiva desde San Agustín*, OALA, México1999, pp. 89-120. También DODARO, R., «San Agustín y la Ecoteología. Algunas claves de interpretación», en *La Ecoteología. Una perspectiva desde San Agustín*, OALA, México 1996, especialmente pp. 270-274. Igualmente RUBIO, P., «San Agustín: una conciencia crítica para hoy», en *San Agustín y la Liberación. Reflexiones desde América Latina*, OALA y CETA, Iquitos - Perú 1986, pp. 217-237, donde comenta: «San Agustín es, en realidad, una memoria subversiva para hoy» y ofrece una serie de citas que interpela la realidad y nuestra manera de comprenderla. MARKUS, R., *Saeculum: History and Society in the Theology of St. Augustine*, Cambridge University Press, London 1970, observa en su estudio sobre el rol de la historia y la sociedad, que la teología de Agustín «es una crítica a la teología del “establecimiento”» (p. 155); también comenta: «la “política agustiniana” es, por su naturaleza... constantemente crítica de todas y cada estructura humana, cualquier presente o imaginable forma de orden social... busca las oportunidades para protestar» (pp. 168-169). Robert Dodaro, haciendo referencia a Markus comenta: «Yo propongo una amigable enmienda a la posición de Markus: San Agustín no era un crítico político en el sentido de ser un revolucionario, un abogado de un derrocamiento violento o incluso no violento de un gobierno en particular, sino un crítico, de hecho, del sistema político, o para ser más preciso, como lo señala Markus, de la teología del sistema. Rowan Williams ha sugerido que la *Ciudad de Dios* revela a San Agustín como “un pervertidor de los valores de la esfera pública y política clásica”» (DODARO, R., «Mentiras elocuentes, guerras justas y la política de persuasión: Leyendo la Ciudad de Dios de San Agustín en un Mundo “Postmoderno”», 1, ponencia en el *Simposio de San Agustín y los Derechos Humanos*, México, enero 2002. Puede encontrarse en la página web de OALA.

⁶⁴ «Los agustinos debemos resistir a ser engañados por los emperadores cuando critican a los piratas. En el mundo moderno, la tecnología electrónica y los medios de comunicación

metodología Ver-Juzgar-Actuar tiene como uno de sus fundamentos esta idea de formar una conciencia crítica como nos dice en Aparecida: *"Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo."* Aparecida #19

Esta idea fundamental de san Agustín se encuentra en todos los documentos del Episcopado Latinoamericano⁶⁵. Par citar solo algunos ejemplos: En Medellín, la idea está claramente presente desde el primer documento sobre la justicia que se afirma que *"es indispensable la formación de la conciencia social y la percepción realista de los problemas de la comunidad y de las estructuras sociales"* (1, 17). Esta concientización está vista como una necesidad que la Iglesia debe promover para ayudar a tomar una actitud crítica frente a la realidad. En la medida que tomemos cuenta de la realidad social y que los implicados sepan que su situación es el producto de decisiones humanas, se puede despertar una inquietud para exigir el cambio social.⁶⁶

Los obispos de Puebla tomando como punto de partido el documento *Evangelii nuntiandi*⁶⁷, comienzan la sección sobre acción pastoral diciendo:

«La Iglesia colabora por el anuncio de la Buena Nueva y a través de una radical conversión a la justicia y el amor, a transformar desde dentro las estructuras de la sociedad pluralista que respeten y promueven la dignidad de la persona humana y le abran la posibilidad de alcanzar su vocación suprema de comunión con Dios y de los hombres entre sí (cf. EN 18, 19, 20)» (n. 1206).

Una de las condiciones necesarias para la transformación de estas estructuras es promover un sentido crítico, basado en los valores evangélicos, frente a la realidad y frente a las diferentes ideologías que proponen soluciones inhumanas a los problemas actuales (nn. 553-557). Como resumen de esto los obispos comentan:

«Es necesario crear en el hombre latinoamericano una sana conciencia moral, sentido evangélico crítico frente a la realidad, espíritu comunitario y compromiso social. Todo ello hará posible una participación libre y responsable, en comunión fraterna y dialogante para la construcción de la nueva sociedad verdaderamente humana y

social permiten a los emperadores crear imágenes revertidas» (DODARO, R., «San Agustín y la Ecoteología», p. 274. También DODARO, R., «Agustín, Promotor de la Justicia y la Paz», en *La Promoción de la Justicia y la Paz al estilo agustiniano*, Curia Agostiniana, Roma 1999, pp. 7-14).

⁶⁵ La expresión *conciencia crítica* no aparece en Medellín, pero sí en Puebla (n. 557) y Santo Domingo (n. 277) y Aparecida (n. 499 en referencia al arte). La idea está claramente presente con otras palabras en los documentos, a veces usa la palabra *conciencia*, *conciencia social* o *concientización*.

⁶⁶ Otras citas de Medellín, 1, 23; 2, 7; 2, 16; 7, 19; 8, 5

⁶⁷ En su discurso inaugural, Juan Pablo II recomendó un lugar especial de *Evangelii nuntiandi* en las reflexiones, ya que es un «testamento espiritual que la Conferencia habrá de escudriñar con amor y diligencia para hacer de él otro punto de referencia obligatoria y ver cómo ponerlo en práctica».

penetrada de valores evangélicos. Ella ha de ser modelada en la comunidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y debe ser respuesta a los sufrimientos y aspiraciones de nuestros pueblos, llenos de esperanza que no podrá ser defraudada» (Puebla n. 1308).

En su discurso inaugural en Aparecida el Papa Benedicto XVI menciona *"Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia..."* (n. 4; citado en Aparecida n. 508). Es un aspecto fundamental donde la búsqueda de la verdad, que impulsa la concientización y la formación de las conciencias con los valores del evangelio, nos llevan a cuestionar a nosotros mismos, nuestra sociedad y nuestra misión. Como dice el autor de la Carta a los Hebreos: *"En efecto, la palabra de Dios es viva y eficaz, más penetrante que espada de doble filo, y penetra hasta donde se dividen el alma y el espíritu, los huesos y los tuétanos, haciendo un discernimiento de los deseos y los pensamientos más íntimos."* (4,12).

2. LA DIGNIDAD HUMANA

En su carta conmemorando el 50º aniversario de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, el Prior General de nuestra Orden de San Agustín escribió:

«Naturalmente, sería anacrónico pretender encontrar en San Agustín una declaración de derechos humanos en los términos aportados por la modernidad y el magisterio eclesial de nuestros días. Pero sí se presenta ante nuestros ojos como un pastor de gran sensibilidad ante las realidades humanas de su grey, amante de la paz, defensor de la justicia, atento al clamor de los pobres. Para Agustín la igualdad entre los seres humanos está en el plan primitivo de Dios. Dice, en efecto, que Dios ha creado todos los seres humanos iguales. Las desigualdades y la esclavitud son fruto del pecado (cfr. De civitate Dei 19, 14-15).

La constante preocupación de Agustín por los más débiles, junto con su deseo de superar las lacras sociales que creaban estas situaciones, nacen de la misma raíz de donde surgen los derechos inalienables del hombre. Agustín reconoce y afirma la dignidad de la persona, como criatura e imagen de Dios, mientras que es la caridad, en la que se contiene toda la ley, el motor de su respeto y promoción. La solicitud por el prójimo es camino seguro para llegar a Dios: "Preocúpate de aquel que tienes a tu lado mientras caminas por este mundo y llegarás a Aquél con quien deseas permanecer eternamente" (In Io. 17, 9)»⁶⁸.

La historia de la Orden en nuestro continente seguramente sigue la historia de la Iglesia que Aparecida describe:

"La Iglesia Católica en América Latina y El Caribe, a pesar de las deficiencias y ambigüedades de algunos de sus miembros, ha dado testimonio de Cristo, anunciado su Evangelio y brindado su servicio de caridad particularmente a los más pobres, en el esfuerzo por promover su dignidad, y también en el empeño de promoción humana en

⁶⁸ ORCASITAS, M. A., *Los Derechos Humanos: Una Celebración y Un Reto Para La Humanidad y Para La Iglesia. Carta circular a los hermanos y hermanas de la Orden en el 50 aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos por la ONU*, 13 de noviembre de 1998.

los campos de la salud, economía solidaria, educación, trabajo, acceso a la tierra, cultura, vivienda y asistencia, entre otros." (n. 98)

En medio de nuestras luces y sombras, tenemos muchas personas en la historia de la evangelización de las Américas que han dado testimonio del profundo sentimiento de Agustín, Doctor de la Gracia, sobre la dignidad humana. Alonso de Veracruz, Luis López de Solís y Agustín de Coruña entre otros, se distinguieron por la valoración de los indígenas, reconociendo en ellos su dignidad humana y cristiana. Esta perspectiva evangélica, tan presente en el pensamiento agustiniano, ha marcado importantes reflexiones en los documentos de los obispos latinoamericanos que reflejan la base fundamental de la dignidad humana en la doctrina social de la Iglesia desde Juan XXIII⁶⁹.

Nuestro continente ha sido marcado por muchos años con una gran violencia contra el principio de los derechos humanos. Ciertamente el tema de los derechos humanos ha avanzado en la conciencia de los latinoamericanos, pero todavía nuestro continente está marcado por las huellas de un estado poderoso que puede aplastar en cualquier momento los derechos de los individuos. La doctrina de Seguridad Nacional, definido en Puebla como: una *"visión que podríamos llamar estatista del hombre... Pone al individuo al servicio ilimitado de la supuesta guerra total contra los conflictos culturales, sociales, políticos y económicos..."*⁷⁰ (Puebla, 314). Es una visión del estado y del hombre en contradicción con la visión cristiana (Puebla, 549).

Sin embargo, sería ingenuo creer que esta doctrina desapareció con la llegada de los regímenes democráticos. La filosofía que se mantiene detrás de la ideología de la doctrina de Seguridad Nacional todavía marca a nuestros pueblos. En una sociedad donde aumenta el crimen y de la delincuencia o reina todavía la guerra interna, el argumento de un estado poderoso que impone lo que llama la "seguridad nacional" tiene una cierta atracción. Pero es la atracción del engaño de las Sirenas, ofreciendo una visión falsa de seguridad al precio de los derechos fundamentales de la persona, al final causando daños profundos. Según la visión de la Iglesia, estos derechos no son violables bajo ningún pretexto.⁷¹

⁶⁹ De hecho la frase de Agustín: «Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Conf.* 1, 1, 1), está citada en *Pacem in terris* (n. 204) y *Gaudium et spes* (21) para enfatizar un cambio de enfoque de la doctrina social de la Iglesia desde la ley natural hacia la dignidad humana (cf. SZURA, J. P., «Una Metodología para la Promoción de la Justicia y la Paz», en *Agustín, el padre del activismo político cristiano*, Curia Agustiniana (Secretariado de Justicia y Paz), Roma 2001, pp. 85-87.

⁷⁰ "Las ideologías de la Seguridad Nacional han contribuido a fortalecer, en muchas ocasiones, el carácter totalitario o autoritario de los regímenes de fuerza, de donde se ha derivado el abuso del poder y la violación de los derechos humanos. En algunos casos pretenden amparar sus actitudes con una subjetiva profesión de fe cristiana." (Puebla, no. 49)

⁷¹ "La Iglesia, al proclamar el Evangelio, raíz profunda de los derechos humanos, no se arroga una tarea ajena a su misión, sino, por el contrario, obedece al mandato de Jesucristo al hacer de la ayuda al necesitado una exigencia esencial de su misión evangelizadora. Los

Aparecida nos ofrece una profunda reflexión sobre los que los obispos llaman "La Buena Nueva de la Dignidad Humana" (n. 104-105; Capítulo 8 titulado "Reino de Dios y Promoción de la Dignidad Humana".) La defensa de la dignidad humana es parte esencial de una Iglesia encarnada en la realidad de nuestro continente. Como se expresa en Aparecida: *"Nuestra fidelidad al Evangelio nos exige proclamar en todos los areópagos públicos y privados del mundo de hoy, y desde todas las instancias de la vida y misión de la Iglesia, la verdad sobre el ser humano y la dignidad de toda persona humana."* (n. 390)

Es desde esta perspectiva de la dignidad humana que los obispos proclaman nuevamente un tema que se inició en los documentos de Medellín y poco a poco fue confirmado en cada uno de los documentos episcopales, es decir la Opción Preferencial por los Pobres:

"Dentro de esta amplia preocupación por la dignidad humana, se sitúa nuestra angustia por los millones de latinoamericanos y latinoamericanas que no pueden llevar una vida que responda a esa dignidad. La opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña." (Aparecida n. 391)

3. La Opción Preferencial por los pobres (*Christus Totus*)

Para Agustín la identificación de Cristo con los pobres es un tema fundamental de su teología y forma parte de su doctrina sobre el «Cristo Total»⁷². Van Bavel comenta que por Agustín, «el sufrimiento y la pobreza de Jesucristo se refleja sin parar en la vida y en la historia del sufrimiento y de la opresión de los seres humanos»⁷³.

Agustín identifica a Cristo con sus miembros, usando como punto de partida de su reflexión la imagen paulina del *Cuerpo de Cristo*. «Entonces nosotros también somos él, porque somos sus miembros, porque somos su cuerpo, porque él es nuestra cabeza, porque el Cristo entero es la cabeza y el cuerpo»⁷⁴.

Frente a este sufrimiento histórico de los miembros de Cristo, todos han de ser solidarios con el padecer individual de cada uno, particularmente hacia los que son más pobres. La reflexión de Agustín amplía y desarrolla el pensamiento paulino, enfocándolo en manera especial hacia a los más pobres. La enseñanza agustiniana, bien arraigada en la pertenencia de los creyentes a la Cabeza, que es el Señor, nos lleva a sentirnos dolidos cada vez que una persona sufre por la causa de la pobreza. *"Amando, pues, a los miembros de Cristo, amas a Cristo; amando a Cristo, amas al Hijo*

Estados no conceden estos derechos; a ellos les corresponde protegerlos y desarrollarlos, pues pertenecen al hombre por su naturaleza." (SD, 165)

⁷² BAVEL, T. J. VAN, *La opción por los pobres de san Agustín: predicación y práctica*, Curia Agustiniana - Secretariado de Justicia y Paz, Roma 1992, pp. 18.

⁷³ BAVEL, T. J. VAN, *La opción por los pobres*, p. 19.

⁷⁴ s. 133. Mucha de esta reflexión se puede encontrar en el artículo de Gonzalo Tejerina, «Christus Totus-Cuerpo Místico De Cristo», en *El pensamiento de S. Agustín y la Sociedad Contemporánea*, Assembly of Augustinian Professors and Scholars in Theology and Philosophers: june 2001 (<http://www.aug.org/augustinianum/assembly/TejerinaS.htm>).

de Dios; amando al Hijo de Dios amas al Padre. Imposible, pues, dividir la caridad"⁷⁵. Y en el amor al prójimo, Agustín nos exhorta a prestar atención específica a los más necesitados, con la bondad más acogedora a los pobres, que son otro Cristo en la tierra: *"El Cristo en el cielo da, sobre la tierra, recibe. El mismo da y él mismo recibe"*⁷⁶. *"He aquí ya, Dios nos guarde, que ha llegado el invierno. Atienden a los pobres: ¿Cómo encontrar vestidos para el Cristo que está desnudo?"*⁷⁷. *"Reciba Cristo hambriento lo que el cristiano recibe de menos al ayunar"*⁷⁸.

Entre los muchos textos de las Conferencias Episcopales que hablan de esta vinculación entre Cristo y el pobre, quizás los más sobresalientes son los «rostros sufrientes de Cristo» mencionados en Puebla (n. 31-39), Santo Domingo (n. 178-179) y Aparecida (n. 402)

*"Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo"*²²⁰. Ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas. Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: *"Cuanto lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron"* (Mt 25, 40). Juan Pablo II destacó que este texto bíblico *"ilumina el misterio de Cristo"*. Porque en Cristo el grande se hizo pequeño, el fuerte se hizo frágil, el rico se hizo pobre." (Aparecida n. 393)

Vemos en estas descripciones una clara aplicación de la idea del *Christus-Totus* de san Agustín. La cultura de la indiferencia, lo que el Papa Francisco ha denunciado como la "Globalización de la Indiferencia",⁷⁹ tiene que despertar en nosotros la misma *empatía* que vemos en Agustín: *"Aunque ya en el cielo, sigue padeciendo aquí mientras padece la Iglesia. Aquí tiene Cristo hambre, aquí tiene sed, y está desnudo, y carece de hogar y está enfermo y encarcelado. Cuanto padece su Cuerpo, él mismo ha dicho que lo padece él"*⁸⁰. Sólo así habrá energía y la mística para asumir esta misión⁸¹.

4. LA IGLESIA, MISTERIO DE COMUNIÓN⁸²

⁷⁵ *ep. Io. 5, 8,*

⁷⁶ *s. 42.*

⁷⁷ *s. 25.*

⁷⁸ *s. 210, 12.*

⁷⁹ ver su mensaje por la Jornada Mundial de la Paz 1 enero 2016, "Vence la indiferencia y conquista la paz."

⁸⁰ *s. 137, 2.*

⁸¹ Son numerosísimas las veces en que Agustín aduce como prueba de este principio las palabras dirigidas a Pablo en el camino de Damasco: «Si este cuerpo no estuviera unido a la cabeza por el vínculo de la caridad, hasta el punto de no hacer más que una sola persona de la cabeza y del cuerpo, no gritaría desde el cielo a uno de sus perseguidores: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?... La cabeza grita por los miembros, la cabeza habla en nombre de los miembros» Ver Tejerina, «Christus Totus-Cuerpo Místico De Cristo», O.c. ¿Cómo sería el grito de Cristo frente al sufrimiento actual?

⁸² La Asamblea extraordinaria del Sínodo de Obispos reconoció en la «eclesiología de comunión» la idea central y fundamental de los documentos del Concilio (cf. «Relación Final»:

Los agustinos estamos muy acostumbrados a enfocar esta dimensión de comunidad, comunión, desde la espiritualidad del Santo Padre Agustín. La *Regla* indica claramente que esta es la razón de unirnos como hermanos. También nuestras *Constituciones* dejan claro este aspecto principal de la herencia espiritual de Agustín subrayando la importancia de la vida común:

"El fin de la Orden consiste en que, unidos concordemente en fraternidad y amistad espiritual, busquemos y honremos a Dios⁴⁷, y trabajemos al servicio de su pueblo. De este modo, participamos en la obra de evangelización de la Iglesia, llevando la Buena Nueva "a todos los grupos humanos, para que, al transformarlos interiormente por su propia eficacia, haga nueva a la misma humanidad". Éste es nuestro principal testimonio." (Constituciones n. 13)

Esta dimensión de la comunidad aparece claramente en los documentos episcopales al menos en dos temas:

- a) La Parroquia- una comunidad de comunidades: Las comunidades eclesiales de base
- b) Una Iglesia de comunión y participación.

Una Comunidad de Comunidades: Las Comunidades Eclesiales de Base (CEB)

Las CEB comenzaron en Brasil y al llegar la Conferencia de Medellín fueron vistas como una *nueva estructura* de Iglesia que podía renovar la vida eclesial en América Latina. En Medellín se llamaban «comunidades de base», ya que la palabra «eclesial» fue añadida por Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*.⁸³

Medellín manifiesta que las CEB son fuente de renovación pastoral y parroquial⁸⁴, sugiriendo también que sean la base para construir una comunidad parroquial.

La visión que se ha expuesto nos lleva a hacer de la parroquia un conjunto pastoral vivificador y unificador de las comunidades de base. Así la parroquia ha de descentralizar su pastoral en cuanto a sitios, funciones y personas, justamente para "reducir a unidad todas las diversidades humanas que en ellas se encuentran e insertarlas en la universalidad de la Iglesia" (15, 13)⁸⁵.

Puebla, con la experiencia de 10 años más de trabajo pastoral, concluye:

Las Comunidades Eclesiales de Base que en 1968 eran apenas una experiencia incipiente, han madurado y se han multiplicado, sobre todo en algunos países, de modo que ahora constituyen motivo de alegría y esperanza para la Iglesia. En comunión con el Obispo y como lo pedía Medellín, se han convertido en focos de Evangelización y en motores de liberación y desarrollo" (Puebla, n. 96)⁸⁶.

L'Osservatore Romano (10 de diciembre de 1985), 7. Juan Pablo II lo cita en *Ecclesia de Eucharistía*, 34.

⁸³ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 58.

⁸⁴ El título de esta sección de *Orientaciones Pastorales* es: «Renovación de estructuras pastorales: comunidades cristianas de base».

⁸⁵ Aquí Medellín cita el decreto *Apostolicam actuositatem*, n. 10.

⁸⁶ Hay 24 números de Puebla que se refiere a las CEB: 96, 97, 98, 105, 111, 119, 125, 156, 173, 239, 262, 262, 268, 462, 567, 617, 629, 643, 648, 672, 850, 952, 983, 1309.

También en Aparecida hay una valoración positiva de estas experiencias que permiten una experiencia más personal y fraterna entre los fieles:

La alegría de ser discípulos y misioneros se percibe de manera especial donde hacemos comunidad fraterna. Estamos llamados a ser Iglesia de brazos abiertos, que sabe acoger y valorar a cada uno de sus miembros. Por eso, alentamos los esfuerzos que se hacen en las parroquias para ser "casa y escuela de comunión", animando y formando pequeñas comunidades y comunidades eclesiales de base, así como también en las asociaciones de laicos, movimientos eclesiales y nuevas comunidades. (Mensaje Final, 3)

También observa Aparecida:

Las comunidades eclesiales de base, en el seguimiento misionero de Jesús, tienen la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad y la orientación de sus Pastores como guía que asegura la comunión eclesial. Despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres. Son fuente y semilla de variados servicios y ministerios a favor de la vida en la sociedad y en la Iglesia. Manteniéndose en comunión con su obispo e insertándose al proyecto de pastoral diocesana, las CEBs se convierten en un signo de vitalidad en la Iglesia particular. Actuando así, juntamente con los grupos parroquiales, asociaciones y movimientos eclesiales, pueden contribuir a revitalizar las parroquias haciendo de las mismas una comunidad de comunidades. (n. 179)

Esta expresión "comunidad de comunidades", nos ofrece como agustinos una meta para el pastoral parroquial. La frase está mencionado 4 veces en Aparecida⁸⁷, 2 veces en Santo Domingo⁸⁸ y también usado por el Papa Francisco donde en *Evangelii Gaudium* dice que la parroquia:

Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Pero tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión. (n. 28)⁸⁹

Ciertamente las CEBs son una de las formas más articulados en los documentos episcopales de lograr una "comunidad de comunidades", pero sin lugar a dudas no son las únicas formas de lograr la transformación de nuestros centros pastorales, como la cita arriba de Aparecida menciona.

Comunión y participación

La *espiritualidad de comunión*, que es básica para Agustín, conduce a la participación de los miembros en forjar la dirección y destino de la comunidad. *"En una buena orquesta hay muchos instrumentos diferentes. Pero todos están cuidadosamente*

⁸⁷ Aparecida 99e, sección 5.2.2, 179, 309.

⁸⁸ Santo Domingo 58, 142.

⁸⁹ también Juan Pablo II discurso a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos, noviembre 2004.

*afinados y entonados de manera que la audiencia oye una sola melodía. Este ha de ser nuestro ideal: el ser una orquesta para el Señor*⁹⁰. Quizás ningún tema es tan clave para la espiritualidad y teología de Agustín que la de la comunión o la unidad reflejada en su «cor unum et anima una» de la *Regla*⁹¹.

Comunión y participación son algo que tenemos que construir día tras día, con las opciones concretas de nuestra presencia y práctica solidaria. Los excluidos no pueden participar y por eso se les niega la comunión. La liberación de todo lo que oprime al hombre es condición indispensable para una visión agustiniana de la paz. Como dice en Medellín:

La "tranquilidad del orden", según la definición agustiniana de la paz, no es, pues, pasividad ni conformismo. No es, tampoco, algo que se adquiera una vez por todas; es el resultado de un continuo esfuerzo de adaptación a las nuevas circunstancias, a las exigencias y desafíos de una historia cambiante. Una paz estática y aparente puede obtenerse con el empleo de la fuerza; una paz auténtica implica lucha, capacidad inventiva, conquista permanente. (2,14)

La manera en la cual lo que se llaman «las estructuras de pecado»⁹² logran excluir a la mayor parte de la humanidad en la participación de forjar su destino es uno de los dramas de nuestros tiempos. Y como nos hace recordar Pablo VI, esta tarea no es ajena de la verdadera evangelización integral⁹³.

⁹⁰ en. Ps. 105, 8.

⁹¹ reg. 1, 1.

⁹² El tema de estructuras de pecado o pecado social se refiere a «la suma de factores negativos, que actúan contrariamente a una verdadera conciencia del bien común universal y de la exigencia de favorecerlo, parece crear, en las personas e instituciones, un obstáculo difícil de superar» (*Sollicitudo Rei Socialis*, n. 36). «Las decisiones, gracias a las cuales se constituye un ambiente humano, pueden crear estructuras concretas de pecado, impidiendo la plena realización de quienes son oprimidos de diversas maneras por las mismas» (*Centesimus Annus*, 38; cf. n. 75). Los obispos de América Latina comentan: «La Iglesia defiende los auténticos valores culturales de todos los pueblos, especialmente de los oprimidos, indefensos y marginados, ante la fuerza arrolladora de las estructuras de pecado manifiestas en la sociedad moderna» (Santo Domingo, n. 243). Medellín utilizaba el término «violencia institucionalizada» (2, 16). También Puebla, n. 28. Igualmente, cf., CONSEJO COR UNUM, «El Hambre en el Mundo», #25.

⁹³ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 30: «Es bien sabido en qué términos hablaron durante el reciente Sínodo numerosos obispos de todos los continentes y, sobre todo, los obispos del Tercer Mundo, con un acento pastoral en el que vibraban las voces de millones de hijos de la Iglesia que forman tales pueblos. Pueblos, ya lo sabemos, empeñado con todas sus energías en el esfuerzo y en la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales y, especialmente, en los intercambios comerciales, situaciones de neocolonialismo económico y cultural, a veces tan cruel como el político, etc. La Iglesia, repiten los obispos, tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, ente los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización».

El sistema actual de la economía global mantiene la situación de injusticia a un nivel que se puede considerar como la manifestación del *pecado social*. Dicho sistema está creando, en la frase de Papa Francisco, una "cultura del descarte"⁹⁴ tanto de personas como del medio-ambiente. Es un sistema basado en la visión puramente económica del hombre, donde el otro se convierte en instrumento de riqueza de uno y no es considerado como una persona, imagen y semejanza de Dios⁹⁵. En las palabras de Puebla:

Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos... (n. 28).

Esta observación encuentra su eco en Aparecida:

No hay por cierto otra región que cuente con tantos factores de unidad como América Latina –de los que la vigencia de la tradición católica es cimiento fundamental de su construcción–, pero se trata de una unidad desgarrada porque atravesada por profundas dominaciones y contradicciones, todavía incapaz de incorporar en sí “todas las sangres” y de superar la brecha de estridentes desigualdades y marginaciones. Es nuestra patria grande pero lo será realmente “grande” cuando lo sea para todos, con mayor justicia. En efecto, es una contradicción dolorosa que el Continente del mayor número de católicos sea también el de mayor inequidad social. (n. 527)⁹⁶

En su discurso para iniciar el Año de la Vida Consagrada el Papa Francisco puso frente a todos nosotros el gran desafío de la vida religiosa de hoy:

*¡Salgan de su nido hacia las periferias del hombre y de la mujer de hoy! Para esto, déjense encontrar por Cristo. El encuentro con Él los impulsará al encuentro con los demás y los llevará hacia los más necesitados, hacia los más pobres. Lleguen a las periferias que esperan la luz del Evangelio. Vivan en las fronteras. Esto les pedirá vigilancia para descubrir las novedades del Espíritu; lucidez para reconocer la complejidad de las nuevas fronteras; discernimiento para identificar los límites y la manera adecuada de proceder; e inmersión en la realidad, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo.*⁹⁷

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y/O COMUNITARIA:

Estos cuatro puntos donde la realidad y nuestra espiritualidad se encuentren nos ofrecen muchas oportunidades para responder al desafío lanzado por el Papa Francisco y hacer un verdadero examen de conciencia acerca de nuestros apostolados,

⁹⁴ Papa Francisco entre muchas posibles citas ver *Laudato Si*, n. 16, 22, 43.

⁹⁵ Para ver más sobre el particular, se puede confrontar la sección IV de *Sollicitudo Rei Socialis*.

⁹⁶ Aparecida cita Santo Domingo sobre las estructuras de pecado n. 532. También 92, 95.

⁹⁷ Citada en la página web de Radio Vaticano 01 diciembre 2014.

presencia y testimonio de vida. Entre muchas posibles preguntas para fomentar el diálogo se propone aquí algunas:

1. ¿Tenemos una conciencia crítica frente a nuestra propia vida o la vida de nuestra circunscripción que permite examinar si estamos donde el Señor hoy quiere?
2. ¿La gente alrededor de nosotros dirán que tenemos una opción preferencial por los pobres?
3. ¿Cómo fomentamos una espiritualidad de comunión y participación en nuestras comunidades locales y con los laicos?
4. ¿Cuál es nuestro testimonio en las periferias de hoy?

TEMA 9:

CRECER EN EL AMOR A LA IGLESIA:

Crecer como Agustinos, desde nuestro Carisma, en la Comunión con la Iglesia. Inserción en la Pastoral de Conjunto. Asistencia a las reuniones programadas por la Diócesis y a las Conferencias de Religiosos Locales. Participación en las estructuras Eclesiales.

OBJETIVO: Ayudar a todas las circunscripciones y a cada uno de los hermanos a revisar el servicio que prestan a la Iglesia, discerniendo si está de acuerdo con nuestro carisma agustiniano tanto en la teoría (sentido de comunión eclesial, espíritu de servicio, inserción en la Iglesia local) como en la práctica (relaciones fraternas con obispo y clero diocesano, incorporación a la pastoral de conjunto, participación activa en reuniones y estructuras, actitud de disponibilidad y colaboración)

I. ¿Unidos, reunidos o desunidos?

Quizás todos hemos oído alguna vez el chiste referido al mundo eclesiástico que recogería un supuesto comentario de un cura o un fraile: “Cuando venga el Señor no sé si nos encontrará unidos, pero seguramente nos encontrará reunidos”... Unas palabras que pueden significar una crítica legítima a la *reunionitis* exagerada que a veces padecemos en nuestras comunidades y en la Iglesia en general, pero en las que también asoma peligrosamente la tendencia al individualismo y la incapacidad de trabajar en equipo que con frecuencia nos amenaza y empobrece.

No es fácil vivir unidos cuando nunca nos reunimos, ni vivir la comunión sin potenciar estructuras concretas y eficaces de comunión. Lo que vale tanto para nuestra vida comunitaria (cuando ignoramos u omitimos el sentido y la práctica del capítulo local) como para nuestra vida y acción pastoral (cuando la realizamos desde la ausencia continuada y la cómoda ignorancia frente a toda estructura o norma de la Iglesia local).

En fin, que, si nunca nos reunimos para poder mantenernos unidos, lo lógico y normal es que estemos, vivamos y actuemos desunidos. Por desgracia, muchos de nosotros hemos experimentado alguna vez esta situación de soledad, “sálvese quien pueda” o “cada uno a lo suyo”. Lo que desde luego no tiene mucho que ver ni con el Evangelio, ni con la doctrina de la Iglesia, ni con la espiritualidad agustiniana, ni siquiera con las exigencias de una sana antropología.

II. “Verdad siempre antigua y siempre nueva”

Esta frase, que nuestro Padre aplica al mismo Dios, podríamos usarla también al tema que nos sirve de reflexión; en el sentido de que la exigencia de comunión y espíritu de pertenencia comunitaria y eclesial es realmente una verdad siempre antigua y

siempre nueva, una *doctrina siempre actual*, repetida en todas las épocas y enseñanzas de la Iglesia y la vida religiosa.

La base bíblica del tema está clara: el deseo de unidad como característica de los discípulos y condición de credibilidad en el evangelio que expresa Jesús en su oración sacerdotal (Jn 17, 11-23) y la *koinonia* de la primera comunidad cristiana de Jerusalén que inspiró al neoconverso Agustín para entender la vida cristiana (Hech 2,42-46) son textos elocuentes que es necesario meditar y aplicar a la realidad eclesial. Por no citar las frecuentes críticas de Pablo al individualismo y las divisiones en la comunidad (ver por ejemplo 1Cor 1,10-13) y su ideal de Iglesia-cuerpo, en la que todos los miembros unidos trabajan por el bien común (Rom 12,3-13; 1 Cor 12,4ss.). Sin olvidar el hecho de que Jesús no dejó ningún escrito, ninguna norma concreta, ninguna estructura canónica; única y simplemente dejó una COMUNIDAD de testigos unidos y fortalecidos por su Espíritu. Todo lo que se opone a la comunidad y rompe la comunión va contra la identidad de la Iglesia e impide que cumpla su misión en el mundo.

La época patrística es igualmente testigo del valor y la necesidad de la comunión eclesial y el sentido de pertenencia a la Iglesia que caracteriza al fiel cristiano. La pasión por la unidad de Ignacio de Antioquía, Ireneo o Cipriano son reflejo del axioma patrístico (atribuido a Agustín, pero presente en otros autores) “*no puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre*”.

Ya contemporáneamente, la renovación del Concilio Vaticano II tiene su centro y su hilo conductor en la llamada “**eclesiología de comunión**”. La Iglesia de Jesucristo no es simplemente una institución, ni una sociedad perfecta, ni mucho menos una empresa. Es un misterio, un sacramento, y un *sacramento de comunión*. Comunión con Dios y con los seres humanos entre sí; comunión de vida, de caridad y de verdad (*Lumen Gentium*, 1 y 8). Desde la comunión y en espíritu de comunión, la Iglesia está llamada a cumplir su misión de servicio y evangelización en el mundo (*Gaudium et spes*). Son los dos grandes ejes de la enseñanza del Vaticano II.

En el único Cuerpo de Cristo, todos los bautizados compartimos la misma vocación a la santidad, participamos de la misma misión, somos hermanos en el Señor Jesucristo y estamos llamados a su seguimiento. Este fundamental sentido comunitario, que Pablo expresaba al hablar del Cuerpo de Cristo y la Conferencia de Puebla formuló como “comunión y participación”, da sentido a todas las comunidades cristianas, pero no excluye desde luego el hecho de que en la Iglesia haya diversas *vocaciones específicas* (formas concretas de realizar y vivir la única vocación bautismal), diversos *carismas* (dones o cualidades que el Señor otorga a cada uno para el bien de la comunidad) y diferentes *ministerios* (servicios prestados a los demás miembros de la comunidad). Lo que sí excluye es el individualismo y el sectarismo, la ruptura de la comunión eclesial por las divisiones y los enfrentamientos, las actitudes excluyentes y elitistas, el olvido de que el amor fraterno es el mandamiento de Jesús, cualquier actitud contraria a la de caminar juntos con una sola alma y un solo corazón en el Señor (Hech 4,32).

La falta de comunión eclesial escandaliza, hace imposible el testimonio y estéril el esfuerzo misionero. En el mundo, la división entre los cristianos debe superarse por el ecumenismo. En la Iglesia católica, la falta de comunión y las actitudes antievangélicas deben ser un llamado constante a la conversión. Y en cada Iglesia local, la existencia y el funcionamiento de verdaderos modelos y estructuras de comunión es una exigencia fundamental para la autenticidad y la vitalidad de su vida y de su acción pastoral. Sólo desde la comunión es posible la misión.

El Documento de Aparecida contiene algunas referencias significativas a la espiritualidad de comunión y su relación con la misión :

- Los Obispos responsables de promover la espiritualidad de Comunión y de cultivarla para sí mismos: Nos. 181, 189.
- Todos los organismos han de estar animados por la espiritualidad de comunión misionera: Nos. 203
- La espiritualidad cristiana se funda en la Trinidad y la experiencia bautismal es el punto de inicio: No. 240.
- Necesidad de formar a los discípulos misioneros en la espiritualidad de la acción misionera, fruto del Espíritu: No. 284-285,
- Ha ido creciendo la espiritualidad de comunión en las pequeñas comunidades eclesiales: No. 307
- En seminarios y casas de formación se preparan para vivir una sólida espiritualidad de comunión: No. 316
- La conversión de los pastores nos lleva también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación: *“La conversión de los pastores nos lleva también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí, nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor (cf. Jn 13, 35” (No. 368).*

Y Francisco, en *La alegría del evangelio*, no cesa de denunciar en “la tristeza individualista” (n.2), “la crisis del compromiso comunitario” (50ss.) y “el individualismo posmoderno y globalizado” (67) que caracteriza la cultura actual y que amenaza también a los creyentes. Y nos exhorta a no dejarnos robar la comunidad y el amor fraterno por el aislamiento y el individualismo (87-92; 99), poniendo *todos los carismas al servicio de la comunión evangelizadora* desde la “eclesialidad” y superando “particularismos, exclusivismos” y divisiones (130-131).

III. El modelo y la actitud de Agustín

Como creyente, teólogo y pastor, Agustín fue sin duda ninguna *un hombre de Iglesia* (que no es lo mismo que ser simplemente una “persona eclesiástica”...). A raíz del proceso que le llevó a su conversión, entró en contacto progresivamente con la realidad de la Iglesia, que descubre como puerto de salvación, dispensadora de la vida divina, depositaria e intérprete autorizada de la verdad que tanto había buscado...La Iglesia *católica*, extendida por toda la tierra, una, santa, apostólica...

Ya ordenado sacerdote y en los primeros años de ministerio, fue profundizando teológicamente en el misterio de la Iglesia, centrando su reflexión y escritos en los temas de la *“Iglesia Madre”, “Virgen y Esposa”, “Cristo total”* (Cabeza y miembros). Y todavía, a través de su propia experiencia pastoral y del enfrentamiento con la herejía donatista, llegará a madurar su comprensión de la realidad eclesial, enriquecida con la dimensión histórica y escatológica, acuñando el concepto de *“Ciudad de Dios”* peregrina en el mundo.

No es fácil sistematizar la teología agustiniana sobre la Iglesia y no es este el momento ni el lugar para intentarlo...Pero sí podemos detenernos a exponer hasta qué punto la *eclesiología de comunión*, que caracteriza la teología sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, tienen hondas raíces en San Agustín, explícita y significativamente citado en la Constitución *Lumen gentium*, n.32: *“Si me asusta lo que soy para vosotros, también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel nombre expresa un deber, éste una gracia; aquél indica un peligro, éste la salvación”* (s. 340,1, citado en LG 32). Un buen ejemplo, ciertamente, de cómo entendía la Iglesia San Agustín en clave de comunión

Una imagen vale más que mil palabras...Agustín, experto orador y singular conocedor de los recursos del lenguaje, utilizará por eso en su predicación y escritos toda una serie de elocuentes imágenes para hacer entender el misterio de la Iglesia en clave de comunión. La mayoría son de origen paulino y algunas de las más expresivas son el *cuerpo*, el *templo o edificación*, el *pan y vino de la Eucaristía*, y el *coro o sinfonía*.

El cuerpo de Cristo:

El “Cristo total” (Cabeza y miembros) es la fórmula agustiniana para referirse al misterio de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. *“Nosotros somos la santa Iglesia”*, decía Agustín entusiasmado a sus catecúmenos: no sólo nosotros, sino todos los cristianos (s. 213,8). La Iglesia es el Cristo total, el cuerpo de Cristo dotado de diversos miembros unidos al Señor, su cabeza. Y la primera conclusión de la realidad de la Iglesia-comunión es para Agustín la participación de todos sus miembros en su vida, cada uno según la vocación recibida. Porque no han escuchado la llamada del Señor – dice- *“sólo las vírgenes y no las casadas; o sólo las viudas y no las esposas; o sólo los monjes y no los casados; o sólo los clérigos y no los laicos; sino que es toda la Iglesia, la totalidad del cuerpo, todos los miembros con sus funciones propias y distribuidas, la que ha de seguir a Cristo...Cada uno en su género, en su puesto, en su modo propio”* (s. 96, 9).

La edificación del templo:

En uno de sus más conocidos sermones, en la fiesta de la dedicación de un templo, Agustín explica que: *"Lo que acontecía aquí, cuando se levantaba este edificio, sucede ahora cuando se congregan los fieles en Cristo. El creer equivale, en cierto modo, a arrancar los árboles y las piedras de los bosques y montes; el ser catequizados y formados, se equipara a la tarea de tallado, pulido y alisadura por las manos de los carpinteros y canteros. Sin embargo, estas vigas y piedras no edifican la casa de Dios más que cuando se ajustan unas a otras mediante la caridad. Si estas vigas y estas piedras no se unen entre sí dentro de un cierto orden, si no se ajustan pacíficamente, si en cierto modo no se unen en un abrazo mutuo, nadie entraría aquí"*(s.336,1). El proceso de la iniciación cristiana, la exigencia de comunión eclesial y la constitución misma de la Iglesia quedan así bellamente ilustrados por medio de esta imagen, sobre la que Agustín continuará su reflexión en forma de alegoría para sacar conclusiones prácticas: *"Poned como cimiento en vuestros corazones, los consejos de los profetas y los apóstoles. Echad delante vuestra humildad, cual pavimento liso y llano. Defended juntos, en vuestros corazones, la doctrina saludable con la oración y la Palabra, cual firmes paredes. Iluminadlas con los divinos testimonios cual si fuesen lámparas. Soportad a los débiles como su fuerais columnas. Proteged bajo los techos a los necesitados, para que el Señor nuestro Dios os recompense los bienes temporales con los eternos, y os posea por siempre una vez acabado el edificio, construido y dedicado"*(s.337,5).

El pan y el vino de la Eucaristía:

En el mismo sentido que la imagen anterior, utiliza Agustín la del pan y el vino eucarísticos: *"Sé miembro del cuerpo de Cristo para que sea auténtico el Amén. ¿Por qué precisamente en el pan? No aportemos nada personal al respecto, y escuchemos otra vez al Apóstol, quien, hablando del mismo sacramento, dice: Siendo muchos, somos un solo pan, un único cuerpo. Comprendedlo y llenaos de gozo: unidad, verdad, piedad, caridad. Un solo pan: ¿quién es este único pan? Muchos somos un único cuerpo. Traed a la memoria que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos. Cuando recibíais los exorcismos, erais como molidos; cuando fuisteis bautizados, como asperjados; cuando recibisteis el fuego del Espíritu Santo fuisteis como cocidos. Sed lo que veis y recibid lo que sois. Eso es lo que dijo el Apóstol a propósito del pan. Lo que hemos de entender respecto al cáliz, aun sin decirlo expresamente, lo mostró con suficiencia. Para que exista esta especie visible de pan se han conglutinado muchos granos en una sola masa, como si sucediera aquello mismo que dice la Sagrada Escritura a propósito de los fieles: Tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios. Lo mismo ha de decirse del vino. Recordad, hermanos, cómo se hace el vino. Son muchas las uvas que penden del racimo, pero el zumo de las mismas se mezcla, formando un solo vino. Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros perteneciéramos a él, y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí."* (s. 272).

El coro:

Una imagen más original de la misma realidad de la Iglesia-comunión: *"¿Qué es una sinfonía? La concordia de las voces... Es la sinfonía a que se refería el Apóstol cuando*

decía: -Os ruego hermanos, que digáis todos lo mismo y no haya entre vosotros divisiones (1Cor.1,10). ¿A quién no deleita esta sinfonía santa, es decir, el ir de acuerdo las voces, no cada una por su lado, sin nada inadecuado o fuera de tono, que pueda ofender el oído de un entendido? La concordia pertenece a la esencia del coro. En un coro, lo que agrada es la única voz, resultado de otras muchas, que guarda la unidad sin disonancias ni tonalidades discordantes"(s. 119A,9).

Así podemos entender la “eclesiología de comunión” como clave de la doctrina y la praxis pastoral de San Agustín. No es necesario por eso insistir más en su servicio a la *koinonia* eclesial o vivencia comunitaria de la fraternidad, a ejemplo de aquella primera comunidad de Jerusalén que inspiró desde su conversión y siempre al pastor de Hipona. Él fue siempre consciente de que su primera responsabilidad era precisamente preocuparse de que la Iglesia fuera realmente *Iglesia*, es decir, el Cuerpo de Cristo en unidad, una comunidad cristiana capaz de vivir la comunión en todas sus dimensiones y convertirse así en imagen sacramental de la ciudad de Dios celestial y de la misma Trinidad. La forma de entender el ministerio jerárquico como servicio, el reconocimiento del papel de los laicos en la Iglesia y la exigencia de corresponsabilidad y participación activa en la comunidad son las tres consecuencias más importantes de esta visión eclesiológica agustiniana.

Servir a la comunión eclesial es el oficio básico del pastor es por eso llamar a todos sin distinción a la comunión eclesial en la autenticidad de la vida cristiana: “Yo abrazo una Iglesia llena de trigo y paja: con la palabra y la disciplina del Señor enmiendo a los que puedo y tolero a los que no puedo enmendar. Yo no quiero ser paja, pero tampoco abandono la era para que no sea nada” (Contr. Cresc. donat. 3,25; ver Cart.47,9). Una tarea nada fácil en la realidad de la “Iglesia permixta” africana, pecadora y dividida, pero consoladora al pensar que “muchos que no son nuestros figuran dentro y muchos que serán nuestros figuran como de fuera” (Cart. 106,14), ya que “es cierto evidentemente que las expresiones ‘dentro’ y ‘fuera’ de la Iglesia deben entenderse del corazón y no del cuerpo” (Sob. Baut. 5,28,39).

En el contexto de esta preocupación por la comunión eclesial debe situarse por supuesto la tarea apologética de San Agustín, especialmente en relación al Donatismo, el cisma que había desgarrado a la Iglesia africana y que el pastor de Hipona sentía muy realmente en su propia carne: allí había dos comunidades (católica y donatista), dos catedrales y dos obispos, dos cultos paralelos (con frecuencia simultáneos y rivalizando entre sí en el volumen de los cantos), y hasta los panaderos donatistas rehusaban vender el pan a los que pertenecían a la comunidad católica...Además de advertir continuamente en su predicación contra el cisma y la herejía, San Agustín no dudó en enfrentarse directamente con los líderes donatistas, continuando por escrito la polémica y animando el Concilio de Cartago (411) que rechazó definitivamente el cisma de Donato, la *pars Donati*.

Porque para San Agustín, la Iglesia está llamada a ser el único Cuerpo de Cristo, su Esposa fiel, el Templo del Espíritu Santo, que la vivifica y la mantiene en unidad por el amor. Es la túnica inconsútil del Señor: “Sus vestidos son sus sacramentos; pudieron

repartírselos los herejes, pero allí quedaba un vestido indivisible. Era la túnica, tejida desde arriba, dice el evangelio” (Com. Jn. 19,23), y esa túnica es la unidad de la caridad, que nadie puede dividir: “¿cuál es la túnica sino la unidad?” (Com. al s.21,19). “Como la división y la discordia hacen a los herejes, la paz y la unidad forman a los cristianos” (Cont. Cart, Pet. II,95,219), afirma Agustín: un buen principio para construir la comunión eclesial hacia dentro y hacia fuera de la misma comunidad cristiana. “*Sentire cum ecclesia*”, sentir con la Iglesia, y “no anteponer nunca los propios intereses a las necesidades de la Iglesia” (Cart.48) deberían por eso ser dos características básicas de la vida y la praxis pastoral de los agustinos.

IV. De la teoría a la práctica

Todo cuanto precede nos lleva a plantear uno de los temas centrales de Aparecida: la conversión pastoral.

“No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”. A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. (DA 12).

Queremos cambiar, convertirnos. El Evangelio no cambia, pero la pastoral evangelizadora sí puede y debe cambiar: **de acuerdo a los signos de los tiempos, de acuerdo a los nuevos problemas, de acuerdo a las necesidades de la Iglesia.** No podemos hablar de *nueva* evangelización y seguir encadenados a lo que siempre hemos hecho.

Para nosotros agustinos, por eso, es especialmente válido e iluminador todo lo que Aparecida plantea sobre la necesidad de *CONVERSIÓN PASTORAL Y RENOVACIÓN MISIONERA DE LAS COMUNIDADES (DA 365ss)*, con sus cuatro exigencias básicas:

1. Aceptar la necesidad de CAMBIAR, entrando en un proceso de conversión y renovación, superando la rutina y afrontando los nuevos desafíos (DA 365-367)
2. **Promover la espiritualidad de COMUNIÓN Y PARTICIPACIÓN, con todo lo que ello supone a todos los niveles (DA 368-69)**
3. Pasar de una pastoral de mera conservación a una PASTORAL MISIONERA, que la Iglesia “se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera” (DA 370)
4. Participar en las Iglesias locales en un PROYECTO DE PASTORAL ORGÁNICA Y DE CONJUNTO, camino necesario para la renovación (DA 371-372).

Conversión significa cambio. Quienes en nombre del Señor continuamos hoy llamando al pueblo a la conversión para entrar en el Reino, no podemos hacernos sordos a este mismo llamado. También para nosotros es urgente e indispensable la

conversión. Y en nuestro caso, no basta la conversión personal. Se requiere, por fidelidad a nuestra vocación de discípulos y misioneros en la Iglesia, la *conversión pastoral*. No querer cambiar es no querer convertirse! La rutina, el rechazo sistemático de toda renovación, el conservadurismo cerrado...son un pecado (personal y pastoral, porque así como hay un “pecado social” hay también un “pecado pastoral”).

Urge cambiar, convertirnos, pasar de una pastoral de simple conservación a una pastoral misionera, de una formación y una espiritualidad individualista a una formación y una espiritualidad de comunión y participación, de una opción por los pobres retórica a un compromiso real, de una pastoral de “francotiradores” o de “archipiélago” a una pastoral orgánica y de conjunto...

Desde nuestra realidad y nuestro carisma, es preciso **subrayar un aspecto muy concreto** que no podemos de modo alguno olvidar si queremos plantear seriamente la conversión pastoral de nuestra Orden en América Latina: participar generosamente en la elaboración y puesta en práctica de UN PROYECTO PASTORAL DIOCESANO como el principal camino de conversión pastoral y renovación eclesial. Algo que debería ser nuestra *especialidad*.

Hoy todo el mundo y en todos los campos planea, programa, busca estrategias, formas nuevas, mientras nosotros pensamos que podemos seguir en la pereza, la rutina, la improvisación y la descoordinación. Eso sería un pecado personal y pastoral. No hay conversión sin ascesis, y se ha dicho que **la planeación es hoy la principal ascesis**. El esfuerzo que supone planear y programar, ser fiel a lo programado, evaluarlo continuamente y estar siempre en actitud de autocrítica y renovación es el mejor sacrificio que podemos ofrecer al Señor y el principal camino para una auténtica conversión pastoral.

“El proyecto pastoral de la Diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy, con “indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura”⁹⁸. Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución”⁹⁹. Este proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante”. (DA 371).

Para lograr este deseo de Aparecida, es imprescindible asumir las exigencias de los métodos pastorales, metodologías, procedimientos.

⁹⁸ Cfr. NMI 12

⁹⁹ Cf. ChL 51

Todos los bautizados serán protagonistas de la renovación y evangelización de su Iglesia local, en la medida en que sus agentes usen métodos y técnicas comunitarias que permitan la educación, la participación, la corresponsabilidad, el diálogo en sus diversas formas, el discernimiento comunitario, la reconciliación permanente, la esperanza compartida de futuros mejores y la celebración gozosa de la vida y misión de la comunidad en la liturgia. **Sin métodos y técnicas adecuados, todos estos valores se convierten en aspiraciones frustradas.**

Precisamente aquí está la dificultad actual de los agentes de pastoral. Saben que la Iglesia es comunión y que debe construirse día a día. **Saben “qué hacer”, pero muchos no saben “cómo hacerlo”.** Una respuesta la encuentran en los proyectos de pastoral y en el proceso de espiritualidad comunitaria; pero, sin métodos y técnicas que los posibiliten, dichos proyectos y espiritualidad pueden quedar en el aire, y pretender ser una respuesta que, en la práctica, no es eficaz.

La poca participación de agustinos en comunidades eclesiales de base y en proyectos de pastoral de conjunto debería seguramente hacernos reflexionar y cambiar.

Para la reflexión personal y el diálogo comunitario

1. ¿Somos “hombres de Iglesia” como Agustín o simplemente personas o funcionarios “eclesiásticos”? ¿Por qué y en qué aspectos de nuestra vida y acción pastoral?
2. ¿Cómo son nuestras relaciones con los respectivos Obispos, el presbiterio diocesano, la CLAR, el CELAM? ¿Vivimos la eclesialidad o estamos encerrados en nuestro individualismo?
3. ¿Sabemos y aceptamos realmente lo que es la espiritualidad de comunión y la pastoral de conjunto? ¿En qué cosas concretas podríamos y deberíamos mejorar personal y comunitariamente en estos aspectos tan importantes de la conversión pastoral?

TEMA 10:

CRECER EN EL COMPROMISO SOCIAL:

Crecer como Agustinos, desde nuestro Carisma, en el compromiso con las necesidades de la Sociedad y del Mundo actual. El compromiso con el sufrimiento del ser humano que vive en las periferias existenciales. El compromiso con el cuidado del medio ambiente, con la Justicia y la paz.

“SPLAGNIZOMAI”: DIOS ES “ESTREMECIDO EN SUS ENTRAÑAS”, SU MISERICORDIA ENTRAÑABLE LO IMPULSA A SALIR, EN JESÚS, AL ENCUENTRO DE SU CRIATURA.

Objetivo: Juzgar nuestro compromiso social.

Introducción

La experiencia de seducción por la misericordia entrañable de Dios, en Jesús, clave para salir a la misión solidaria de la Iglesia y de la vida consagrada; única motivación para ir a servir al prójimo, *“sin importar la situación moral en que se encuentre”* (Santo Domingo).

El primero en practicar el compromiso social de solidaridad entrañable (parresía), propia de un ser humano con corazón sensible al dolor, a la experiencia de ausencia de amor, fue Jesús: “Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que estaban enfermos” (Mateo 14,14).

¿Alguna vez te has preguntado cómo el Señor Jesús podría entender tu sufrimiento humano, si te han enseñado que él es un “ser divino”, como si te dijeran él no fue humano, no tuvo entrañas humanas?.

El texto habla de la compasión divina, yo lo ampliaría así, Jesús tuvo compasión humano-divina que sólo la experimentan los que tienen “entrañas de madre-humano-divina”, como los santos y santas. Jesús se compadeció de la multitud en Cafarnaúm, y se compadece también de ti y de mí, hoy. Pero, esa compasión no es pena. Jesús no siente pena de ti ni de mí: la “compasión” mencionada aquí es, más bien, empatía, la capacidad de entender el drama del ser humano. La palabra, en el original griego, es **splagnizomai**, que literalmente significa *“estremecerse en las entrañas”*. Esto es, los sentimientos de Jesús fueron movidos como por un remolino, al observar el dolor de las personas.

Jesús tiene la capacidad de entender tu dolor y el mío, porque un día se hizo uno de nosotros. No se disfrazó de ser humano: se volvió semejante a nosotros. Cargó, en su cuerpo, la naturaleza física deteriorada por el pecado; sintió dolor, soledad, abandono, hambre, frío, sed y calor. Fue rechazado, traicionado, despreciado y, al fin, muerto injustamente. ¿Por qué no podría, entonces, entender el dolor que siente la mujer y el hombre en este momento de la historia? Dios no es indiferente al sufrimiento que se

apodera de nuestro corazón cada vez que nos menosprecian, que nos tiran a la periferia del desamor, de la indiferencia, del no reconocimiento.

La emoción fluye cada vez que pensamos en el amor misericordioso de Dios, en Jesús-Humano, por la humanidad, por cada hombre y mujer en su circunstancia. Somos frágiles, como una vasija de barro, y Jesús entiende las actitudes de nuestros corazones y extiende su mano amiga a cada uno de nosotros cada vez que nos sentimos solos.

El problema de nuestra vida humana y, más aún, de consagrados con conciencia de ser “mediadores” de la misericordia de Dios, es que no conocemos a Jesús que habita en el que sufre el desamor de nuestro egoísmo. Y no es posible conocer a Jesús sufriente si no intentamos salir de nuestra “zona de confort” y convivir con el hermano tirado a las periferias de la soledad y el rechazo, de la indiferencia y la condena injusta.

Convivir con Jesús en el camino de la Humanidad esa es la clave de una vida feliz de compromiso con el hermano, no importa la condición moral en que se desenvuelva. Y, ¿Cómo se convive con Jesús en el hermano? Rompiendo las barreras de nuestro egoísmo que pone fronteras físicas, religiosas, psicológicas y sociales para estar lejos del hermano y no oír ni ver su dolor. Nos parecemos al “sacerdote y el levita” que bajan satisfechos de cumplir lo mandado con un “dios inexistente” en el “templo” de nuestro acomodo, seguridad y bienestar, y preferimos “dar un rodeo” antes que detenernos ante el dolor del hermano caído en el “camino” del abandono, la indiferencia y la irracionalidad.

Es necesario salir, “parresía”, para ver a la multitud y practicar la compasión con ellos y sanar a los que sufren la peor de las enfermedades: la ausencia del amor de quienes nos gloriamos, auto-referencialidad, de nuestra satisfacción de no necesitar nada porque nuestro egoísmo nos satisface.

Nuestra razón de ser “consagrados”, es decir, Pastores dedicados con exclusividad a servir por amor, es ser testigos para un mundo que padece la ausencia de Dios, el desamor, que lanza a la mujer y al hombre a la periferia de la experiencia de abandono y soledad. Nuestra misión es acercar, hacer creíble, la compasión de Dios con el hermano que sufre nuestro desamor y lo hace “invisible”.

Ser Evangelio de la Misericordia

El Evangelio de Lucas, identificado como el Evangelio de la misericordia, usa el término griego “**splagnizomai**” que significa “*desgarro visceral; dolor entrañable; estremecerse en las entrañas*”, para referirse al Amor entrañable de la misericordia de Dios, de la compasión infinita de Dios por su creatura, por ti y por mí.

En la experiencia de la compasión, el splagnizomai de Lucas, no se trata de una simple emoción pasajera, de pena o de piedad por quien sufre, sino que afecta, en las

entrañas, a la persona que la experimenta y se convierte en eficacia liberadora hacia quien vive una experiencia de debilidad y de impotencia.

La misericordia entrañable es reacción a la vulnerabilidad ajena. Entraña solidaridad histórica con el dolor humano (Luc. 10, 29-37: Parábola del Buen Samaritano), generando modos inéditos de humanidad.

Este sentimiento nace del seno mismo del Padre-Dios, donde se albergan la ternura y el amor que provocaron el envío de su Primogénito, el Hijo, para que hiciese de todos los hombres y mujeres una familia de hermanos y de la tierra una casa común.

La experiencia de misericordia entrañable implica caminar con los ojos abiertos traduciendo las respuestas compasivas en formas históricas adecuadas a las situaciones concretas de despojo. La prueba de verdad de la experiencia de misericordia entrañable es la prioridad que se dé a los últimos de los últimos, los esclavizados por el poder egoísta (Ex. 3,1ss), los excluidos del templo por infligir las “normas religiosas” de los dominadores (ejemplo de excluidos: Zaqueo, Mateo, la Magdalena, la Samaritana).

El camino misericordioso iniciado por el Maestro-Jesús es el único existente para la Iglesia, para la vida consagrada, en el seno de la Iglesia, que peregrina tras sus mismas huellas. Su acción liberadora nace y se desarrolla a partir de las entrañas misericordiosas de su Padre-Dios. Por ello, más que una alternativa histórica, su compromiso adquiere los rasgos de una nueva creación.

A la luz de **splagnizomai**, toda la existencia de Jesús adquiere una nueva claridad. Creemos que ahondar en esta expresión permite abordar un aspecto de la persona de Jesús poco estudiado y, por otra parte, subrayar desde este ángulo de visión, aspectos presentes en otras expresiones y experiencias de Jesús.

En síntesis, la misericordia entrañable de Dios ocupa un lugar destacado en la llegada del Reino de amor que Jesús hizo palpable para nosotros y nos adentra en la profundidad de su compromiso en favor de la familia de hermanos, la Humanidad entera.

La salvación, la libertad del hombre y la mujer de hoy sólo es posible en el amor y a través del amor misericordioso e infinito del Padre-Dios. Solo Dios satisface la sed, las ansias de plenitud del ser humano, que padece hambre de Dios y que, los “consagrados para ser Pastores”, muchas veces nos negamos a satisfacer.

Sedientos de Dios viviendo en el desierto de nuestro egoísmo

Toda persona está llamada a una experiencia de fe que la lanza a la aventura de “buscador de la Trascendencia”¹⁰⁰, “buscador del Dios-Vida”, para al final llegar a

¹⁰⁰ **PRONZATO**, Alessandro. *La seducción de Dios*. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1983.

descubrir que, en realidad, es uno el “buscado” por Dios, que El ha tomado la iniciativa desde la eternidad. Dios es un Padre que espera a su hijo en el camino (el Padre Misericordioso de Lucas) y espera se deje encontrar. Hay muchas y muchos (los *anawin* de Dios) que anhelan encontrarse porque lo esperan todo de Él.

La incesante actividad del amor de Dios en favor de su criatura se muestra en la obstinada actitud de importunarla: *“Yo soy el Señor que viene a importunarte”*. La vocación cristiana consiste en “dejarse importunar por Dios” que desestabiliza la pasividad del corazón y el acomodo de la voluntad a lo establecido: *“Bienaventurados los que se dejan importunar por el Señor”*.

La vida religiosa hoy como ayer está destinada a desempeñar en el mundo, oportuna e inoportunamente, la misión de desestabilizar la “tranquilidad” de conciencia de la humanidad, los corazones aletargados por el “bienestar del egoísmo” que transforma a los seres humanos en “autistas” en medio de la multitud. Somos “signos de contradicción” frente a lo establecido como “normal” en una sociedad de “poetas muertos”.

Sólo los mendigos tienen el porvenir asegurado

¿Todavía hay espacio para la vida religiosa en el mundo en que vivimos? Sí, hay mucho espacio disponible y sólo lo llenan los “mendigos del amor de Dios” que desafían la soberbia del egoísmo humano. Los mendigos del amor de Dios son los “buscadores libres del Dios-Amor” en el corazón del mundo que, seducidos por El, desafían la intolerancia y la condena del corazón aletargado por los placeres pasajeros.

El mendigo se caracteriza por una sola virtud que lo cualifica: ser un buscador incesante, inagotable de lo necesario, lo cual lo mantiene siempre activo. La vida consagrada debe mostrar esta única virtud, única cualificación exigida: ser apasionados, incansables “buscadores de Dios” en la historia concreta. Lo dejamos todo, lo que todos buscan, tómenlo si lo desean; nosotros nos contentamos con el resto, lo que pocos buscan, el tesoro que sólo las minorías que se exigen pueden encontrarlo.

Bienaventurados los mendicantes del Espíritu

Dice el Señor: *“bienaventurados los pobres en espíritu”* (Mt 5,3). El espíritu de la pobreza está en “sentirse necesitado”; la satisfacción y la no necesidad es propio de la soberbia. *El espíritu de pobres nos hace buscadores del único bien que satisface: Dios.* Lo único digno de buscarse y que llena toda necesidad es Dios. Sólo Dios basta; sólo Dios es capaz de llenar el ansia de felicidad del corazón del hombre. La vida religiosa se acepta sólo desde la conciencia de “mendicidad”, de la conciencia de “pobreza” en el espíritu. Para los satisfechos de egoísmo, la vida consagrada es una contradicción ante tanto halago de lo pasajero.

La búsqueda de Dios es la riqueza de los hombres y mujeres nobles y libres, intactos y desprendidos de cualquier ilusoria fascinación de los fugaces placeres de lo exterior.

Los mendigos de Dios no tienen avidez de poseer cosas, de los primeros puestos, de mandar tratando a los demás como sus esclavos. Poseen el claro conocimiento que separa el tener del ser, el obrar del ser. Los mendigos de Dios descartan aquellos conocimientos o poderes conquistados que los podrían convertir en maestros y taumaturgos aplaudidos. Tienen los labios sellados y su palabra resuena solamente cuando es requerida por una verdadera necesidad de luz y de verdad. *¡Felices los mendigos de Dios porque solamente ellos tendrán siempre algo para ofrecer a los demás!.*

Es necesario ponerse en Camino

El religioso se convierte en “buscador de Dios” porque se decide a “partir”: *“Sal de tu tierra y de tu patria y de la casa de tus padres hacia la tierra que yo te mostraré”* (Gen 12,1). *“Maestro, ¿dónde vives?”. “Vengan y vean”.* Es necesario partir. La cita es siempre en otra parte. No hay un lugar predeterminado para el encuentro. No hay plazos fijos. Dios es imprevisible. Puede sorprendernos de un momento a otro: *“¡Moisés! ¡Moisés!. No te acerques. Y descálzate, porque el lugar donde estás es sagrado”* (Ex 3,4). La fe es la única guía para hacer el Camino, pues la fe significa aventura, riesgo. Tener fe significa simplemente saber que otro conoce el camino y sabe donde esperarnos. En la “búsqueda de Dios” no hay “seguridades”. Determinados momentos oscuros de nuestro caminar hay que vivirlos lúcidamente, dolorosamente, en actitud de fe. Es necesario confiar en el Dios de las largas noches, en el Dios de los días negros. Este Dios, en la encrucijada más oscura, te toma de la mano y te dice: estoy aquí.

Quien tiene fe está siempre expuesto a la intemperie. Se hace experto en lo provisional. Es alguien que se encuentra a gusto entre dificultades e incomodidades. Es todo lo contrario de un “instalado” en la cómoda seguridad.

De todas maneras, la fe ofrece “certezas”. Pero las certezas que da la fe no se guardan en la “caja fuerte”. Se gastan en el choque, en la lucha cotidiana con una realidad que nos desorienta, nos despoja, nos aturde y parece desmentir nuestras aspiraciones. Y al finalizar la jornada no sobra ni siquiera un céntimo para el día siguiente. No se puede reservar “ahorros” en previsión de momentos difíciles en el futuro.

La única señal: la de partir

“Sal de tu tierra y de tu patria y de la casa de tus padres a la tierra que yo te mostraré” (Gen 12,1). De parte de Dios no hay otra indicación ni seguridad anticipada, pero sí estará visible en la cita, donde y cuando crea oportuno. Para el “buscador de Dios” no hay duda que el “encuentro” con el Dios vivo se realizará si perseveramos en el caminar animados por la Palabra empeñada de parte de Dios: *“Tu Palabra es lámpara para mis pasos, luz en mi sendero”* (Salmo 118,105). La fe es garantía de lo que se espera. *“Por la fe Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó por la tierra prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas”* (Heb 11,1.8).

La aventura de Abraham es una paradoja: Dios lo desaloja de su tierra y de su casa (de su comodidad y seguridad). Abraham parte y no sabe a dónde va. Camina hacia la tierra prometida, la recorre a lo largo y a lo ancho, pero se experimenta en ella siempre en situación de extranjero. Es llamado a tomar posesión de la tierra prometida, y, sin embargo, se ve obligado a vivir en tiendas pues al día siguiente hay que volver a partir otra vez.

¿Y tú? ¿Estás convencido de que cuando Dios llama, cuando ordena partir, tiene la costumbre de arrojar a la persona a la oscuridad? ¿Tu fe, ante el llamado, está marcada por el riesgo o esperas el confort?. ¿Te fías verdaderamente de su Palabra o vas más bien en busca de cómodos refugios que te sirvan de defensa? ¿Aceptas el hecho de que sea Dios el que sepa el camino y no tú? ¿Qué sea Dios el que conoce el término del viaje y no tú?. Piensa que Dios no da otras indicaciones más que esta: *El se dejará encontrar en alguna parte del camino*. Pretender saber más, por adelantado, tener más explicaciones anticipadas quiere decir faltar a la primera cita: *la cita de la fe*. Con todo esto, ¿estás dispuesto a partir?

Ligeros de “equipaje”

Los “buscadores de Dios” hacen su elección definida entre *lo esencial* y lo accesorio; entre *lo que sirve* para el viaje y lo que es superfluo; entre *lo indispensable* y lo ornamental; entre *lo que favorece* la marcha y lo que la obstaculiza. Una decisión así requiere de lucidez, coraje. Una valoración realista unida a un valiente desapego de las cosas innecesarias: *“Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”* (Mt 19,27).

¿Qué es lo que estamos dispuestos a abandonar a fin de que nuestro caminar hacia Dios sea más expedito? No son los lazos de parentesco lo que Dios corta. Esto sería un juego humano. Dios no corta los lazos, sino que corta el corazón: *“Les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo, quitaré de ustedes el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en ustedes”* (Ez 36, 26-27).

Todo desprendimiento conduce a una adquisición, a una mayor libertad de movimientos, a una recuperación en un plano más alto y más profundo. Toda pérdida es ganancia. El morir es para vivir, el perderse es para encontrarse, el desaparecer es para una manifestación más grandiosa y evidente: *“Todo aquello que en nosotros rehúsa morir es indigno de vivir”*. Es necesario convencernos de que en la búsqueda de Dios, el problema inicial es el de “perder”, no el de adquirir.

Dios quiere a su criatura, no una “máscara” de ella

En el camino de la búsqueda de Dios es preciso ir uno mismo, no un “disfraz”. Dios te quiere a ti como eres, no lo que “aparentas ser”. No hay que olvidarse de sí mismo, ser auténtico. A Dios se va con la realidad concreta de uno mismo, no con una personalidad “artificial”.

El “buscador de Dios” va con toda la realidad propia, nada menos y nada más. Me conozco y me acepto y así parto. De lo contrario, sería una partida en falso, pues, sería mandar el “fantasma” de sí mismo, un retrato idealizado. No hay que partir siendo ya una “especie de santo artificial”, un personaje construido a base de tratados de perfección.

Al partir, es necesario cargar con “el propio yo”: el propio cuerpo-espíritu-alma. Es preciso cargar con todo: con las grandezas y con las debilidades, con el pasado de pecado y las grandes esperanzas para el futuro, las tendencias más bajas y violentas... con todo, puesto que todo debe pasar a través del fuego. Todo debe ser integrado, a fin de lograr hacer de sí un ser humano, capaz de entrar total en el camino del conocimiento de Dios. Dios quiere para sí un ser humano real que sepa llorar y gritar bajo la acción de su gracia purificadora. Quiere un ser que conozca el precio del amor humano y la atracción del otro sexo. Quiere a un ser que sienta también el deseo violento de resistirle ¿por qué no? Es un ser humano real y verdadero lo que quiere ver delante de sí, sin lo cual su gracia no tendrá nada que transformar.

¡Cuidado! Muchos de los que se “entregan” a Dios, han ofrecido a la tarea divina una “personalidad tomada a préstamo”. No hay que asombrarse si un día advierten que ellos están hechos para otra cosa. Pero ¡ojó!, los responsables no son siempre los que se ponen en camino, sino aquellos que conducen y guían por estos caminos. Insistiendo sobre el “formalismo pietista” de la entrega a Dios, impiden que la persona se comprometa del todo en la búsqueda de Dios. En el débil y desmedrado personaje a que se suele reducir a la persona, Dios no encuentra ya aquella fuerza de vida y de actividad que él puso en su creación. Se quiere hacer jugar a Dios con “santos de yeso” a los que Dios a lo sumo podrá decorar el rostro. En el camino de la búsqueda de Dios esta ¡prohibido mandar una copia de la persona!

Sinceridad, honestidad, para con uno mismo

No hay que asombrarse si un día se dan cuenta de que están hechos para otra cosa. Muchos derrumbamientos, muchas decepciones se explican fácilmente si se tiene en cuenta la ambigüedad inicial de que hemos hablado. Cuando se parte a la aventura con una personalidad prestada, falsa, improvisada, el caminar irá develando paulatinamente el engaño a sí mismo y la insatisfacción de no encontrarse en la ruta adecuada. En cualquier momento del viaje caerá la máscara, se derrumbará la personalidad prestada, y vendrá la sensación de desencanto, de fracaso.

¿Pero quién ha fracasado? ¿La persona real o la personalidad prestada? Seguramente, la personalidad prestada, porque la persona real aún está en el punto de partida; la experiencia de búsqueda de Dios por parte de la persona real no se ha intentado todavía. Es preciso volver a comenzar con los pies puestos en la tierra del “yo mismo”, no podemos mandar a la aventura a otro. Dios espera a la persona real no su máscara. Cristo, el compañero de viaje, prefiere a la persona real. El la irá transformando por el camino. Si queremos convertirnos en “otros” comencemos por ser nosotros mismos.

Una transformación radical

El encuentro con Dios es “peligroso”. Nunca es cosa inocua. Es siempre un acontecimiento desconcertante. Chesterton expresaba: *“Después de haber visto a Dios, el hombre puede morir”*. “Mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo” (Ex 33,20). *“¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios viviente!”* (Heb 10,31). Dietrich Bonhoeffer afirma: *“Cuando Dios llama a un hombre, le ordena ir a la muerte”*. Una experiencia sincera de Dios es un auténtico terremoto para el hombre, o como expresa Sören Kierkegaard: “una cura radical”.

Un camino sorprendente

“En cualquier parte encontrarás a Dios, a condición de que no te detengas en ninguna”, expresa Thibon. En la búsqueda de Dios, el caminante debe mantener la disponibilidad para el encuentro que siempre está bajo el signo de la sorpresa desechando toda organización (estancamiento). Es necesario estar atento, mirar con agudeza y vivir el sentido de lo provisional. Es necesaria la puntualidad y la actividad incansable en la búsqueda. Estar dispuesto a vivir el estupor frente a lo imprevisible del encuentro, y mantener la insatisfacción que empuja siempre a buscar más allá. La tentación de fijar un lugar obligado para el encuentro y la pretensión de instalarse allí, representa la descalificación para un “buscador de Dios”.

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar. En la búsqueda de Dios, el caminante debe mantener la disponibilidad para el encuentro en cualquier lugar y en cualquier circunstancia, aun en las desfavorables, pues Dios no sigue itinerarios obligados; Dios no se hace anunciar. La búsqueda de Dios no es cuestión de mero “conocimiento”, es reconocimiento (contemplación) de Dios, para lo cual se necesita la calle, el sol, el aire libre, todas las personas con que nos encontramos en el camino.

Dios no es una idea que se encuentre descrita en los libros. Dios es una persona, y a una persona se la encuentra en el camino de la vida. A Dios se lo encuentra no al cabo de un docto razonamiento, sino al final de un camino recorrido con los ojos y el corazón bien abiertos.

Atenágoras expresaba: *“el cristianismo es la religión de los rostros”*. Exacto. El buscador de Dios es aquel que sabe reconocerlo a través del rostro de quien tiene hambre, que tiene sed, que está enfermo, que está solo, que está harapiento, que es un desconocido, que está en la cárcel. La atención es una cualidad esencial en el buscador de Dios.

¡Él es el Señor!

“¡Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor!” (Sal 4,7) *“¡Yo busco tu rostro, Señor!”* (Sal 27,8) *“¡No me escondas tu rostro, Señor!”* (Sal 27,9) *“¡Cuándo iré a ver el rostro del Señor!”* (Sal 42,3) *“¡Que brille tu rostro y nos salve!”* (Sal 80,4). *Dios no está en “lugares demarcados”*. *“No podemos decir que cuando vamos al templo viene también Dios con nosotros”*, advierte Noordmann, teólogo alemán. Es verdad. Si te has distraído

fuera. Si no has querido o sabido reconocer a Dios por la calle. Si te has mostrado indiferente cuando él te ha llamado porque tenía necesidad de ti ¿cómo va a sentirse complacido de encontrarse o estar contigo en el templo físico si lo ignoraste en el templo de la vida?.

¡Queremos ver a Dios!

Es la exigencia, la demanda más urgente que el mundo de hoy hace a la vida consagrada. El deseo de Dios está en lo más íntimo de cada ser, es necesario cultivarlo para no morir de soledad. El mundo necesita de testigos que muestren cómo se nutre el deseo de buscar a Dios, cómo se lo encuentra, y cómo se permanece en él. Los “buscadores de Dios” deben estar dispuestos a mostrar lo encontrado para que los demás también se decidan por esta aventura, para que el mundo crea.

La vida consagrada o es una epifanía, manifestación de Dios, o se convierte en una pobre academia espiritual, miserable cadena de montaje de obras. Si la búsqueda exclusiva de Dios constituye la razón de ser de la vida consagrada, es preciso compartir lo “encontrado” a los demás, al mundo. Quien ha encontrado el “tesoro” debe darlo a conocer, pues hay un mundo que espera respuesta a sus preguntas por el sentido de existir. ¡Queremos ver a Dios!.

El ser humano sólo se satisface con eternidad

El hombre de hoy se siente orgulloso de sus “conquistas”, se jacta de haber alcanzado tanto “progreso”. “Progreso” significa hacer un largo camino, correr, andar cada vez más de prisa, acortar las distancias. El hombre de hoy corre mucho, anda devorado por el vértigo de la velocidad. Pero en esta carrera ha abandonado realidades muy importantes: *el cultivo de lo espiritual, la búsqueda de Dios*, la práctica de la oración como diálogo con el Creador, la contemplación del misterio de la vida, la atención a los detalles que dan sentido al existir entre otros.

El hombre de hoy se ha olvidado de sí mismo, ha perdido su propia identidad, ha perdido el “sentido” de su carrera en la historia, ya no sabe a dónde va y por qué, pero sigue sintiéndose *insatisfecho*. El hombre de hoy lo tiene todo... y nada más. El hombre de hoy se experimenta *frustrado*, pero nadie parece preocuparse de recordarle que es porque ha sofocado el “instinto de buscar lo divino”, lo trascendente. *“El corazón del hombre ha sido creado lo suficientemente grande para contener a Dios mismo”*, afirma Nicolás Cabasilas. El desafío de la vida consagrada hoy es procurar hacer consciente, despertar, en el hombre de hoy la nostalgia de lo que ha perdido. Es decir, se trata de devolverle el deseo de buscar a Dios. El hombre de hoy debe volver a sentirse “criatura de deseo”.

Narrar una “experiencia vivida” en carne propia

La experiencia de búsqueda de Dios en la historia, no se enseña, se narra: *“Cuando un monje habla de Dios, es un viajero que cuenta”*, expresa O. Clément. *A Dios no se lo*

enseña, se narra la experiencia de él con la competencia, el entusiasmo y el estupor de un explorador. A Dios no se lo demuestra, se lo muestra. La virtud principal de la vida consagrada, la prueba de su autenticidad, es la transparencia: *“Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”* (Mt 5,8). La pureza del corazón no tiene que ver solamente con la castidad del cuerpo, sino con la castidad de todo el ser. Es decir, con la limpieza, la transparencia de toda la persona, que ha eliminado todas las escorias, las sombras, la opacidad, y se vuelve cristal que refleja la imagen auténtica de Dios: los santos.

Vivir en comunidad los valores del Reino

La comunidad es para los valores. Es un lugar que sirve para mejor interiorizar los valores del Reino que son los que justifican y fundamentan el estar juntos. *La comunidad debe ser lugar de trascendencia.* El objetivo de la comunidad no consiste únicamente en estar juntos, sino en estar juntos para profundizar el compromiso vocacional y construir el Reino visible de Dios. La comunidad es lugar de trascendencia, porque estimula a las personas a amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente y con toda la voluntad, y a comprometer en ello el propio yo. La comunidad es eficaz en la medida en que favorezca la consistencia interna de construirse a sí mismo para darse libremente a Dios. La comunidad es matriz de identidad. La comunidad debe ayudar a las personas a saber quiénes son y cuáles son los objetivos hacia los que hay que tender. La comunidad es válida cuando permite a sus miembros conocerse realmente y conocer los valores por los que merece la pena perderse a sí mismos.

Bibliografía Mínima:

Luis Alonso Schökel. *La Biblia de Nuestro Pueblo.* Editorial San Pablo, 2010.

Regla y Constituciones. *Orden de San Agustín.* Curia Generalizia Agostiniana. Roma, 2008.

Víctor E. Frankl. *El hombre en busca de sentido.* Herder, 2008.

Elisa Estévez. *Significado de “Splagnizomai” en el NT.* Estudios Bíblicos 48. Madrid, 1990.

PARA LA REFLEXIÓN COMUNITARIA: Conversar sobre el Compromiso Social de nuestra comunidad ¿Tenemos entrañas humanas, de compasión, de misericordia, hacia todo el que sufre? ¿Nos comprometemos con ellos, a la manera de Jesús, el Señor?

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LOS AGUSTINOS EN AMERICA LATINA

Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu Pueblo.
Danos tu Espíritu de Comunión y participación
para convertirnos en hermanos entre nosotros,
y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípulos
y trabajamos como misioneros.

Jesús, Hijo amado del Padre,
que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio
como una instancia de poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.

Jesús, Buen Pastor, Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan
pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.

Espíritu Santo, ayúdanos en nuestra conversión personal,
a ser dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús y el Rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal;
realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;
danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;

auxílianos en la tentación
y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.

María, Señora de América Latina,
Madre de la Consolación y Madre del Buen Consejo,
intercede por nosotros ante Jesús
para que todos tengamos Vida y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias,
misiones, colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo. Amén.

